



NOSOTROS

GROUSSAC Y EL METODO

Il faut toujours écrire comme si l'on
devait être compris.

(ex *Groussac*).

Reimpresas las monografías que hoy constituyen el volumen «Mendoza y Garay», aparecen, como retoños del añejo tronco, notas sobre notas, agudezas tras agudezas, más o menos certeras y eficaces. Los que conocen el modo literario de Groussac saben cuanta pulcritud emplea en la persecución de solecismos, dignificación del período, etc. Declaramos que esta labor tiene un mérito extraordinario, y que, francamente, envidiamos el dominio gramatical y lexicográfico que Groussac tiene de nuestro idioma. Aún más, somos sus partidarios en la lucha entablada contra los diccionarios y las etimologías. Confesaremos, como es justo, que tan sólo nos apartamos de la imitación, cuando olvida su animadversión contra tales preceptos como los que los tratados gramaticales suministran, desdiciéndose a fin de usarlos como palmeta para invehir al prójimo iliterato.

Confieso humildemente que tengo culpa cuando por «trasmano» del linotipista resulté autor de una expresión que suena *Monu-*

mentae Germaniae historiae, en lugar de *Monumenta Germaniae historica*... A la verdad que ambos solecismos afean enormemente la frase, y demuestran (apartada la responsabilidad del operario) mi ignorancia del latín, tan supinamente probada como el conocimiento que del alemán tiene el erudito bibliotecario mayor.

Pero vayamos al bulto, quiero decir, al grano. ¿Cuál es el motivo de estas líneas? Pues ha de saber el lector que lo que me obliga a redactarlas es el señor Groussac en persona. No porque quiera demostrar su carencia de información en algún asunto (cosa que tengo hecha en otra parte) ⁽¹⁾, no porque quiera defenderle de un modo antidiluviano, excusando sus yerros de hoy, por sus aciertos de ayer ⁽²⁾, sino, simplemente, para iluminarle sobre el correcto sentido gramatical y lexicográfico de ciertas expresiones mías que le han manifestamente herido. Con sinceridad confieso que no tengo el menor deseo de que la posteridad me crea irreverente, para con un señor tan lleno de méritos como nuestro bibliotecario; tan suave en sus modos, tan amable para sus contrarios, tan noblemente despreocupado de sus enemigos exteriores!

Cierta vez dije: *Groussac es el padre de nuestra historiografía crítica*... y nada contestó. Por supuesto, la justicia hecha a su causa no le ha conmovido, y con razón. Por nada, como aconseja Platón, comenzara a estudiar filosofía recién a los treinta años. — Es decir, sí que contestó, pero en una nota semi-póstuma, donde quiso dejar sentado que «la confusión entre *historiador* con *historiógrafo*, que no existe modernamente en otras lenguas, tampoco debe prosperar en castellano, aunque por ahora la tolere la Academia». — He aquí el primer rasgo genial de su método: acudir a los diccionarios, históricos, geográficos, biográficos, genealógi-

(1) Apenas circuló el tomo X de los *Anales de la Biblioteca*, en los primeros días de mayo del corriente año, puse manos a un estudio crítico sobre dicha obra. Un fragmento del mismo fué incluido en los *Anales de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales*, tercera serie, tomo primero, primera parte, con el título: *El «Gobierno del Perú»*. Cumple a mi honestidad decir que estaba totalmente impreso, cuando a primeros días de septiembre circuló el *Mendoza y Garay*. Ni una coma fué añadida o quitada, debiéndose aceptar dicha tarea como completa, antes de que a mí llegaran las equitativas apreciaciones de nuestro bibliotecario.

(2) La modalidad homeopática de este género de crítica explícate claramente en el artículo *Groussac*, por W. W., aparecido en *NOSOTROS* de julio de 1916.

co, etc. Nadie podrá negar la utilidad de las enciclopedias, ni tampoco discutir conmigo y con el bibliotecario mayor, la eficacia con que en la cultura se desempeñaron los Larrousse, Salvá, etc.

Como no soy amigo de elogiar incondicionalmente, agregué «...su labor, aunque en muchas partes flaquea, quedará como el primer vigoroso llamamiento a la duda de los testimonios, hasta hoy aceptados, de nuestro pasado». Por supuesto la afirmación en *muchas partes flaquea* había sido debidamente comprobada, pues el erudito bibliotecario mayor empleó para el tema indicado toda su biblioteca (y en este caso bien pobre), olvidando manejar su erudición (en este caso ninguna). Pero, confieso que a pesar de ello persistí en el tratamiento de *mayor*. Así decía: ...[*uno de*] *nuestros dioses mayores...* (1)

Apareció el tomo X de los Anales, y con sorpresa, explicable por mis años y mi admiración hacia el héroe, (nunca sin embargo tan emocionante como la que predicara Groussac con respecto de Taine en cierta dedicatoria), encontré un mea culpa entonado en más de una de sus páginas: *han tenido que deslizarse algunos errores, fuera de las inevitables lagunas y omisiones;... nadie, pues, está menos dispuesto que el autor de estas páginas a creer que con ellas quede llenado el vacío y cerrado el certamen biográfico...* etc.

Pero donde mi sorpresa alcanzó su límite extremo, vale decir, donde mi candoridad quedó desbaratada, fué al ver escrito (ex propio tipo y papel de Coni hermanos)... *En lo que a mí respecta, confieso que, por falta de tiempo y de real afición a materia tan ajena de mis primeros estudios, me he limitado a cumplir...* Pero ¿dónde quedaba la obra de Groussac, entonces? ¿qué era en definitiva Groussac?— Desde mi infancia oía hablar de Groussac *historiógrafo*, y siempre le había asociado a nuestra historia incipiente. Claro que luego percibí que su labor era algo flaca, y así, como sabemos, lo había publicamente expresado, pero nunca creí que confesara su *falta de tiempo* (treinta y un años son que dirige la biblioteca) y, lo que es más sorprendente, su *real afición a la materia*. Y yo que creía que el erudito bibliotecario mayor era un *historiógrafo*!

(1) Porque seguía estrictamente a Mitre y López, y éstos a Manuel Moreno. Por supuesto, la diferencia estaba en el léxico y en la información. Aquél porque era más rico, ésta porque era más pobre. Véase en el número 71 de *Nosotros*, correspondiente al mes de marzo de 1915, un artículo mío: *Carta abierta al señor I****.

¿Querrá fincar méritos en la literatura? Aunque poco hemos oído hablar de él en este sentido, algo recordamos respecto de sus críticas literarias, viajes y novelas... sobre todo *Amparo*, que fué escrita en francés del mediodía. Fouché-Delbosq recordaba en cierta ocasión, de ingrata memoria, que Groussac era un «français déraciné», y esta expresión cuyo autor no era el que la citaba, pinta muy al vivo la personalidad de nuestro sujeto. Ahondando el escudriño, hallamos un discurso en inglés... ¿será traductor? preguntábamonos. Caímos en cuenta de que no eran estos sus *primeros estudios*, pues un bienintencionado nos aseguró que, en la juventud, Groussac había sido marino: por eso es que discute siempre sobre la ignorancia náutica del consejo de Indias, y mide los perímetros de las lagunas y la distancia de grados...

De desear sería, en vista de una reimpresión menos defectuosa de este trabajo, que tampoco faltara esa utilísima colaboración de los estudiosos, formulada, para el bien común, en observaciones meditadas y justas, tan distantes de la alabanza superficial como de la sistemática detracción... Tomé al pie de la letra la indicación: Groussac no quiere ser elogiado superficialmente; tampoco maliciosamente invehido... Pero la lectura de su obra prueba que él empleó siempre este procedimiento, correlativo necesario de su eventual erudición, su pública librería, y su malevolencia sistemática. Sobran los ejemplos, y son demasiado notorios para que los recordemos. Algo más tarde, cuando publicara sus lineamientos de método (alegato de sus yerros) decía candorosamente: [*ha de ser*] *equitativo y sin pasión declamatoria el juicio pronunciado sobre hombres y cosas...* ¡Oh Pacheco de Narváez!

La injusticia evidente de ciertos juicios, la incorrección de los procederes intelectuales, y tantos *rótulos nuevos de cosas viejas*, como la obra de Groussac contiene, me llevaron *la mano a la espada*, y rápidamente esboqué un trabajo, donde frente a frente con el que confundió *magisterio con maestría*, procuré probar la bondad de sus preceptos. He sido un discípulo tan obediente que me dí a cazar comas, puntos y comas, yerros, faltas de erudición, ignorancia del asunto, etc.; pero no en la indefensa obra de los muertos (terreno baldío sin retajo, o seto vedado con portillo fácilmente traspuesto por el salteador literario), sino en el creído impecable *jubón del profesor*.

La farsa de los congresos, llenó el mes de julio de 1916. Para uno que no era ni *eucarístico* ni *heurístico* tracé unas pocas líneas,

cumplideras de mi misión dentro de la república de las letras. Y digo que no era ni eucarístico, ni heurístico, porque mi intención iba dirigida al espíritu con *dotes de inteligencia, discernimiento crítico y sagacidad*, eterno congresal de las tareas verdaderamente intelectuales.

Groussac debía estar entre ellos. Desprovisto (preceptualmente) de pasión declamatoria, y llevado a la equidad en el juicio, comprendería lo que yo había escrito. ¿No son tuyas estas palabras: *Il faut toujours écrire comme si l'on devait être compris?*

Léase, por vía de ilustración, todo el folleto causa impensada de este vigoroso ataque en forma de *prefacio sin pasión declamatoria y juicio equitativo*. ¿Qué se pretendió decir? Pues las reglas de edición que sigue la sección de historia. ¿Qué interpretó Groussac? Pues una reseña compendiada del mal compendio de vulgarización (por supuesto francés!) que él recién ahora acaba de leer. Corre mucha distancia entre enumerar ciertos cánones críticos y dar preceptos para construir historia, o historiar. La afirmación de Groussac en este sentido es absolutamente falsa.

Pero ¿qué es lo que determina a nuestro erudito bibliotecario para reaccionar en forma tan poco de acuerdo con sus preceptos, aunque absolutamente de acuerdo con su práctica inveterada? El siguiente juicio mío:

«Y aquí nos hacemos cargo de un deseo por ciertas personas inopinadamente expresado: *todas las ediciones de documentos deben ser críticas, como las que publica el señor Groussac*. Pero en nuestro entender, las veces que Groussac editó documentos (entiéndase *documentos*), no tuvo en cuenta los cánones críticos del *higher* ni del *lower criticism*. No da fe de autenticidad; no indica el lugar, —topografía del archivo— donde se hallan; no enmienda, ni reduce fechas; no dispone en orden serial, etc. La labor de Groussac consiste en ilustrar cierta construcción, mediante documentos particulares, pero no dar *todos* los documentos *indispensables* para una tarea que no sea la suya».

Como notará el lector, mi intención al escribir estas líneas era rebatir el criterio de un extraño que a cada rato atormenta nuestra existencia, con el inoportuno recuerdo de las hepáticas emociones del bibliotecario terrorista. Pero como sabemos bien que *el palo de ciego concluye en garrotazo dado al aire*, poco nos atemoriza la presencia de un erudito irritable y enciclopédico, que posee en su cartera un precepto tan evangélico como el por Groussac expresado: *juicio equitativo*

«El único ejemplo aducido no llena los requisitos que los amantes de las ediciones críticas (a estilo de los *Monumenta Germaniae Historica*) desearían obtener».

Veamos como nuestro benevolente maestro nos llena el júbón de botonazos:

«Recientemente uno de nuestros jóvenes habladores por boca de loro, leyendo sin duda en el manual de Langlois, que también la sociedad de los *Monumenta Germaniae Historica* (cuyo título transcribe a razón de dos solecismos por tres palabras latinas), había organizado comisiones de rebuscas, declara doctoralmente, trocando los frenos, que a estas ediciones «críticas» (de cronistas y legistas medievales) deberían amoldarse nuestras publicaciones ocasionales y ejemplares de los documentos de Indias!»

A primera vista salta la enormidad de una interpretación forzada. Creyó Groussac que le denegábamos el ansiado título de editor crítico (veremos como luego reniega de él) y ofuscándose nos aplica la lindeza de *joven hablador por boca de loro*. Esto no nos interesa por el momento. Veamos cuál es la interpretación que debemos dar a mis palabras, y cuál el alcance de las del erudito bibliotecario.

Como dije (y aquí va lo que denominan interpretación auténtica), mis expresiones iban dirigidas contra cierto importuno metodologista de última hora, que tenía un terror pánico a las suaves y dulces insinuaciones del hepático bibliotecario. A cada instante le cita como un modelo, y recuerda otras ediciones críticas de tal o cual cuerpo de documentos, al que debiera imitar la sección historia. Esta no hace sino editar documentos según cierto criterio, que serenamente examinado viene a ser el mismo que el que sirvió de modelo al bibliotecario, nada erudito para estas cuestiones. Por lo tanto debía quitarme de encima a ese moscardón impertinente que molestaba mi tranquila admiración por Groussac: yo le admiro y elogio, sin superficialidad, como él no hace con los demás, y le critico, con el mismo procedimiento que emplea para con los demás.

Dije que Groussac era tal o cual cosa, y Groussac se irrita porque cree no serlo. Pero vayamos a los cargos y descargos respectivos, para ver si realmente tiene razón uno u otro, *sin reparar en que nuestras ideas resulten conformes o contrarias a las que sobre el mismo asunto y con igual, pero no superior derecho, han sido por otros emitidas*, pero cuidando mucho que los hechos no sean desfigurados:

CARGOS

no da fe de autenticidad
no indica lugar
no enmienda ni reduce fechas
no dispone en orden serial.

DESCARGOS

En suma, puede decirse que la crítica externa de las fuentes, aplicada a la documentación indiana, no presenta en general mucho interés ni gran dificultad; y es así como los documentos justificativos, adjuntos a la primera publicación de estos ensayos en los *Anales*, han podido ser utilizados directamente y sin más aparato crítico que algunas notas aclaratorias o rectificativas.

Benone! De manera que estamos perfectamente concordes en calificar su edición de documentos como piezas justificativas, en que ninguna *persona sensata* debe ver una tentativa de publicación sistemática, como dice Groussac, confirmando mi anterior juicio sobre que su labor consiste en ilustrar cierta construcción, mediante documentos pertinentes, pero no dar *todos* los documentos *indispensables* para una tarea que no sea la suya.

Claro que hay una enorme diferencia y contradicción entre estas y aquellas palabras del ya mencionado prefacio:

DICE

De ahí, lo extravagante del «método riguroso» que, según los tratadistas, exigiría del historiador el estudio directo de las fuentes o sea previa lectura de todos los documentos existentes sobre el asunto.

CONTRADICE

Con admitir plenamente, pues, que la historia tiene, como razón de ser, la investigación de la verdad, y por consiguiente, la necesidad de *fundar en sólida base documental* sus ulteriores deducciones e inferencias, etc.

Admitida sin hesitación posible la necesidad de rehacer desde los cimientos nuestro edificio histórico, *prescindiendo casi en absoluto de los relatos antiguos o modernos*, y acudiendo por materiales de buena ley, etc.

Nada puede darse de más enorme que la negación del estudio directo de las fuentes (que es cosa bien distinta de la lectura de *todos* los documentos), para de inmediato negar casi en absoluto los relatos antiguos y modernos. ¿Dónde la continuidad, base de nuestra cultura?

Observaciones profundas pudieran menudearse sobre el nihilismo metodológico del erudito bibliotecario mayor, quien, ya en la edad de los arrepentimientos, quiere eliminar la palabra *historiógrafo* porque los franceses así no le pueden denominar, ⁽¹⁾ y cavar un abismo entre los eruditos y los historiadores: él quiere ser solamente historiador y nos cuesta creerlo, porque le falta tiempo y real afición para serlo, como en otra parte declara.

Y recién ahora, por respeto a Groussac, nos hacemos cargo de las invectivas personales con que nos obsequia. Recuérdanos aquello del *Per finire* humorístico de diarios ultramarinos, que sólo se traen a colación como motivo de sonrisa. Busquemos la sagacidad y el discernimiento del *good olde man*. Como puede haberse visto, nombro al pasar los *Monumenta Germaniae Historica*. Tiene razón, repito, cuando me observa los solecismos (desde hoy corro a colocarme de aprendiz linotipista). Pero donde se equivoca de medio a medio es cuando dice que los citara ex Langlois y Seignobos. En efecto, cualquier catálogo trae el título *Monumenta Germaniae Historica*, ¿por qué no dijo que lo tuviera de Hiersemann? Habría aumentado en probabilidades de acierto. Así me habilita para preguntarle a mi vez ¿y usted dónde lo ha consultado? No existe en Buenos Aires, a mi entender, ninguna colección de los *Monumenta*, y por supuesto, menos aún en la Biblioteca Nacional, que es la particular del señor Groussac.

Vea el lector como aprovecha a Langlois, y eso que no se trata de los *Monumenta*:

(1) La diferencia que encontramos entre *historiógrafo* o *historiador*, es que el primero repite lo que los documentos dicen, el segundo construye sobre lo que los documentos significan. Groussac, siempre siguió la trama conducente de los papeles, que ahora desprecia. Todo su método, en lo que a construcción atañe, consiste en seguir la pauta narrativa impuesta por los hechos mismos. Cuando hay una laguna, la llena con imaginaciones. Y cuando se presenta un problema, lo resuelve en un fas-tras, inspirándose en el arte, que según él tiene derechos tan amplios, como para desconocer los datos fehacientes y las circunstancias naturales en que se encuentran. Nunca le vimos llegar al centro de las cosas, como probamos todas las veces que el mismo punto estudiáramos. En cambio siguió el plan editorial de De Angelis, o añadió sabrosos comentarios a la obra de sus antecesores, llenos de unción picaresca. En esto consiste su fuerte; a pesar de que por momentos nos abrumaban sus injusticias, o nos amentaban sus *glossae Cervottinae*.

GROSSAC

hasta el buen yanqui H. H. Bancroft que, para allegar material a su californica recopilación, mantuvo movilizadas durante años, en las bibliotecas y archivos de ambos mundos, cuadrillas de rastreadores y *note takers*.

LANGLOIS, etc.

H. H. Bancroft, qui s'est trouvé, à cet égard, vers 1860, en Californie, dans la situation où les premiers chercheurs se sont trouvés, autrefois, dans nos contrées, s'en est tiré comme il suit. Il était riche: il a râflé, à n'importe quel prix, tous les documents à vendre, imprimés ou manuscrits; il a négocié avec des familles et des corporations dans la gêne, l'achat de leurs archives ou la permission d'en faire prendre copie par des copistes à ses gages, etc.

Nada difícil es establecer la filiación siguiente:

GROSSAC

la sociedad de los *Monumenta Germaniae Historica*... había organizado comisiones de rebuscas.

LANGLOIS, etc.

La Société des *Monumenta Germaniae historica* a institué depuis longtemps de vastes enquêtes du même genre, etc.

Por supuesto, como que Groussac sigue casi literalmente a Langlois, cree que los demás le han seguido: *sin duda*, exclama pontificalmente, para nuestro mayor placer. Porque la duda es tanto más grave cuanto que le vemos perder el tiempo en lucha fratricida con un manualito francés, en lugar de arremeter contra el texto alemán, que parece no conocer muy bien (y que, por supuesto, tampoco existe en la biblioteca nacional) (1).

En efecto, he aquí como se corrige Groussac por Bernheim:

(1) Parecería ocioso afirmar que porque no está en la biblioteca nacional, Groussac no lo posee. Pero remítome a los que conocen la biblioteca particular del mismo. — Otra prueba de que no ha leído Bernheim, consiste en que, creyendo a pie juntillas la afirmación de Langlois y Seignobos, asegura que el manual de éstos es un compendio de Bernheim. Pero señor, ¿en qué se funda para ello? Semejante afirmación bastaría en Europa para desacreditar a cualquier erudito. Entre nosotros, aun subsiste el criterio «hispano-colonial», y así Groussac afirma imprudentemente lo que no puede probar, ni otros discutir. *Fatum est consulere contra glossam*, dirá para su colete, recordando la omnipotencia de sus ataques en forma de notas marginales. *Somniare dicuntur doctores volentes infringere opiniones glossarum!*

GROSSAC

la sociedad de los *Monumenta Germaniae historica*.

BERNHEIM

Bekanntlich war es der Freiherr vom Stein, der den alten Gedanken einer umfassenden Sammlung der Quellen zur deutschen Geschichte von neuem aufnahm und die Gründung der «Gesellschaft für ältere deutsche Geschichtskunde» zu dem Zwecke 1819 bewirkte.

Lerhbuch, etc., Leipzig 1903, página 215.

Si no hubiese hablado por boca de Langlois, vería que la expresión, correcta en aquél por el giro de la frase, tornábase incorrecta cuando él la empleaba para otro fin. Es un simple caso de aplicación de la regla del contexto, que convierte *la sociedad de los Monumenta Germaniae historica* en la *Gesellschaft für ältere deutsche Geschichtskunde*, editora de los *Monumenta*, etc.

había organizado comisiones de rebuscas.

Die Reise, welche Georg Heinrich Pertz in Auftrag der Gesellschaft durch Italien und Österreich von November 1821 bis zum August 1823 unternahm, ist in dieser Beziehung von Bedeutung. Pertz war es dann, dem die Leitung der *Monumenta* übertragen wurde. etc.

loc. cit., pág. 216.

Groussac quiso mejorar a Langlois. Donde éste dice *des vastes enquêtes du même genre*, enmienda *comisiones de rebuscas*. Ahora bien, estrictamente, la sociedad antedicha comisionó a Pertz, luego a otros, individualmente.

Las *comisiones* suponen varios individuos, y éste es, en el buen castellano de Groussac, el significado de dicha expresión; absolutamente inexacto, para los comienzos de la empresa, aunque luego así aconteciera.

de cronistas y legistas medievales.

Im ursprünglichen Plan der grossen Edition lagen fünf Abteilungen von Publikationen: Scriptores, Leges, Diplomata, Epistolae, Antiquitates.

loc. cit., pág. 235.

Groussac olvida decir que son cronistas y legistas, pero además *Diplomata*, *Epistolae* y *Antiquitates*. Corre una gran diferencia, entre el contenido de una afirmación y la enumeración de otra. ¿Cómo es, señor latinista corrector de solecismos, que decís *legistas* donde solamente hay *Leges*?

Las inexactitudes corren aparejadas a las falsedades: *declara doctoralmente, trocando los frenos, que a estas ediciones «críticas»... deberían amoldarse nuestras publicaciones ocasionales y ejemplares de los documentos de Indias!*

Suponiendo que lo de *nuestras* refiérase a los documentos publicados por Groussac en sus libros *Anales* (y que no son *ejemplares*, si recordamos lo que más arriba dice) ¿dónde he dicho que sus ediciones deberían amoldarse a los *Monumenta*, etc.?

Afirmé que no llenaban los requisitos de las ediciones críticas: y en esto está concorde. Pero en párrafo aparte, citando los *Monumenta*, hacíalo yo sobreentendiendo que el ejemplo aducido no servía de caso ejemplar, para quien nos exigía la edición documental sobre el mismo pie que aquellos. Y esto encárgase de demostrarlo Groussac, trastrocando lastimosamente el sentido de la frase, y arguyendo sabiduría sobre una colección que ni por asomo ha entrevisto, ni por las tapas conoce.

Nada nos extraña su impertinencia fundada en la tergiversación del texto, y la falsedad de su cita. ¿Quiere decirme el señor erudito donde consultó los *Beiträge zur Psychologie der Aussage*; o *Lanz, Correspondenz des Kaisers Karl V?* — En las bibliotecas que frecuente no están; donde, pues, hallarlas en Buenos Aires, porque me temo que sus citas son de segunda mano, sino falsas?

Humo persistente de una antorcha apagada... Hermosa imagen de nuestro bibliotecario mayor, síntesis expresiva de lo que significa el ocaso de su vida. Y ella fué como un rosal, lozano y fragante, pero rodeado de espinas; las flores caen con el pasar de las horas, las espinas quedan como testimonio mudo, perenne defensa inútil de un tesoro efímero, o como recuerdo melancólico de la flor que protegían.

DIEGO LUIS MOLINARI.

4 Septiembre, 1916.

ANTE UNA PAGINA QUE ESPERA

¡ Oh, terrible poder de la palabra,
que nuestra suerte o nuestra muerte labra!
Magnífico poder, ante esta muda
página en blanco como alma desnuda,
yo te veo surgir y te veo crecer...
Fuerza leve y divina
que ciega e ilumina,
brotarás de este blanco papel que el hierro toca
como brotara el agua de la bíblica roca,
y vendrás a inundarnos el cerebro de ideas
y el corazón de afanes,
a desatar recónditas mareas,
a apagar astros o a encender volcanes...

Verbo, gran taumaturgo;
supremo demiurgo;
luz presente y remota,
Espíritu que flota
sobre ondas de silencio y de tinieblas;
chispazo y llamarada;
el vago espacio pueblas
de tus sonos profundos,
y haces brotar omnímodo los mundos,
como un dios, de la nada.

¡ Voz de dios, dios tú mismo;
alto como una cima, hondo como un abismo;
voz del hombre infinita;
la humanidad entera vive, alienta y palpita
en ti, mágico aliento
que une los siglos, las generaciones
y tiende inateriales puentes de encantamiento
entre los mundos y los corazones!

Olímpico poder,
yo te veo surgir y te veo crecer
— como un sol que se eleva en el diáfano cielo —
de la cuartilla virgen sobre la tersa arena,
aun cuando intacta, llena
del reflejo ideal de un infinito anhelo,
o de una expectativa
enorme... Llama viva
que abre una inmensa perspectiva
al alma con sus altos resplandores,
descubriendo paisajes múltiples e interiores.
Genio sutil y suave
que vuela como un ave;
fuerza ruda y siniestra
que se encarna en la diestra
del Obrero; ala y puño;
espíritu hecho música o verdad hecha cuño;
instrumento, herramienta, sublime centelleo;
tal vez la misma llama que robó Prometeo;
relámpago del hacha que esgrime un leñador
abriendo su camino en la selva interior.
Grito del pensamiento; flor de las reflexiones;
vibración del silencio de las meditaciones;
íntimo sonajero de ese gran cascabel
que es el cerebro humano; eternidad en el
aire o en el papel.
Palabras! Incoercibles
manos con que la idea
sale a la superficie de su propia marea
y agitándolas llama hacia sí la atención,
o con las cuales hace su gloriosa tarea,
o se agarra a la vida, o ahorca una ilusión.

¡Oh terrible poder de la palabra,
que nuestra suerte y nuestra muerte labra!

EMILIO FRUGONI.

DON JOSE ORTEGA MUNILLA

Su personalidad literaria

(Conferencia en el Consejo Nacional de Mujeres, el 7 de septiembre último)

Señoras, señores:

Apresúrome a hacer a este gentil auditorio el acatamiento acostumbrado. Imposible me ha sido resistir a las razones de señoras tan amables y discretas como lo son las que dirigen el meritísimo Consejo Nacional de Mujeres, que es ya una institución sin la cual no se puede pasar la sociedad nuestra; por otra parte, esta tribuna ha alcanzado gran fama y honra con verdaderas eminencias, y a mucha alteza levanta el ser requerido a ocuparla, siquiera sea durante los brevísimos instantes de una cuasi innecesaria presentación, como la que se pone ahora en mis manos, dándome comisión de tan grande confianza. Afortunado soy al deber ser tan breve, de modo que no habré menester captar benevolencia ni buscar preámbulos, porque todos los presentes deseosísimos están de oír al ilustre académico español, honra y prez del periodismo de la madre patria, encantador escritor de viajes y novelista sugerente: a las veces, lleno de plácida alegría; otras, por el contrario, implacable analista de no pocos casos criticables o de intrincadísima psicología, cuando no prefiere satirizarlos con esa su suave y amable ironía, que no deja bonete ni velo que no salga a la plaza, pero que tanto seduce en su estilo elegante, terso, de una naturalidad tal que no es fácil caer en sospechas de que, entre líneas, guarda retirada en el secreto de sus raíces la honda experiencia de quien mucho ha vivido y luchado, participando como el que más de los goces efímeros y de los pesares, demasiado duraderos, de esta existencia que — malgrado todo ello —

siempre es tan llena de interés fascinador en tanto que se acaba su sempiterno torbellino. . .

Sacar a plaza a Ortega Munilla, pues, parece hartamente inoficioso: le tenéis ante vosotros la cara descubierta. No se trata de contaros el nuevo aparecer de una alma nueva: el orador que va a deleitaros tiempo hace que está a la vista del mundo entero. Porque es, ante todo y sobre todo, periodista, y no cabe imaginar a un periodista escondido y puesto debajo de la tierra. Para él ha corrido el tiempo, si bien no con la ligereza que él quisiera: nacido después de la mitad del siglo anterior, en los periódicos madrileños comenzó pronto su personalidad a ser tan grande, que se levantaba — por sobre todos — de los hombros arriba, hasta que, en las postrimerías de aquél, se fija definitivamente en *El Imparcial*, con el cual se identifica, virtiendo en sus columnas todo su agudo ingenio, hasta hermanar y adunar de manera tal su vida con la de dicho reputadísimo diario, que es imposible hoy representar a la imaginación el uno sin la otra.

Es un caso típico de vocación periodística: no cupo en su deseo el tomar la redacción de diarios como pasadizo para ir a parlamentos, ministerios o embajadas, como tantos otros a quienes se les van los pies muchas veces; ama el diario en sí mismo, y por él siente gran fuego en el corazón, tanto que busca solamente la vida gloriosa escribiendo desde las columnas de un periódico, y sabe y siente que el público lo comprende, lo alienta, atiende sus indicaciones, y que de esa guisa puede, hora tras hora, arrojarlo de unas a otras manos, haciendo a la vez vibrar el alma de centenares de miles de lectores. Tan enamorado anda del diarismo, que considera visiblemente al cuarto poder del estado como el poder supremo por antonomasia, y le ha parecido siempre inferior al mismo cualquiera de esas posiciones políticas de relumbrón, que tanto suelen fascinar a la generalidad amorfa de las gentes, no pocas de las cuales crecen sin término más que la espuma, ahitas de importancia tan sólo porque es importante la función que transitoriamente desempeñan, como si el cargo honrara por sí solo al hombre, cuando es siempre éste quien enaltece al puesto que ocupa. El periodista se le antoja superior, y más poderoso, que un presidente de consejo de ministros; de ahí que haya desdeñado figurar en la política militante y convertirse en funcionario: jamás ha querido desaparecer dentro de alguno de esos uniformes recamados de oro y cubiertos de

condecoraciones, que el vulgo suele admirar sin percatarse a las veces de quien los lleva, como cuando las señoras quedan árrobadas y fuera de sí contemplando, en los salones de cualquier «modisto» a la moda, la elegancia de las vestiduras y ropajes con que se exhibe ataviada una modelo, sin detenerse a observar a esta misma. Ha preferido que pase por su mano la historia, en vez de pretender dirigirla desde palacios ministeriales, tribunas parlamentarias, o salones diplomáticos. Y a fe que ha tenido razón, pues la palabra de Ortega Munilla ejerce un influjo innegable en su patria: «puede crear y destruir reputaciones, y así como en política eleva a veces a sus favoritos hasta los más importantes empleos, así en literatura, ciencias y artes, concurre a preconizar como sabio, poeta y artista, a los sujetos que logran su aplauso». Tal se le dijo alguna vez, cara a cara, en una ocasión solemne de su vida, al envidiar un tanto su poder grandísimo, reconociendo sin embargo que las doctrinas que sostiene, las soluciones que pide para los más difíciles problemas, el juicio que forma de las cosas, y la estimación y fama que a las personas concede, se apoyan siempre e infaliblemente en el consenso público y cuentan, por ende, con el voto de los que leen y el aplauso de los que piensan.

Pues bien: al trabar amistad con él, jamás hace con uno del grave; goza de la plática y habla con todos, tanto que no se sospecharía que dispone de tan terrible poder; huelga decir que, hecho a las mallas, se ha empleado siempre en servir a su patria, a cuya adoración se aplica, idolatrando su grandeza, sin desviar un punto los ojos de su culto, y ofreciendo sacrificio: si menester fuere, aun el holocausto de su propia gloria literaria, que es sangre de su sangre!

Ha pasado ya del medio siglo; vale decir, está en el apogeo de la vida y en plena madurez, en esa edad deliciosa en que el hombre se convierte en filósofo involuntario, aplacadas las pasiones, ecuaníme el espíritu, agudísimos los ojos y oídos para sentir hondo, pensar alto y apreciar mejor. Ha conocido a todos los personajes importantes de su época, dentro y fuera de su patria, porque ha corrido mucho el mundo; y en sus *Viajes de un cronista*, en *Vinietas del Sardinero*, en *Mares y montañas*, ha mostrado, ante los ojos atónitos de sus lectores, al extranjero y a su propio país palpitantes de vida, llenos de color, de exactitud y de brillo, en descripciones que — como ciertas páginas dedicadas a París, Berlín y Roma — son realmente inimitables.

No quiere eso decir que, en momento alguno, haya dejado de escribir en su periódico, pero si bien, por despuntar de agudo, no ignora que el diario tiene un público jamás alcanzado por el libro, el cual debe forzosamente contentarse con menor número de lectores, en lo íntimo de su ser ha tenido siempre ante sus ojos a los «pocos pero selectos» del poeta clásico, y es así como ha recogido en volumen no pocas páginas brillantísimas aparecidas anónimamente en las columnas de *El Imparcial*, sobre todo en sus «lunes» celebrados.

Pero es su idiosincrasia personalísima como cuentista y novelador lo que más ha hecho conocer su nombre en los demás países de habla castellana; es eso, para mí, lo que más al vivo lo pinta, pues sin pensar en sí se dibuja al natural; amo representármelo como gran novelador más que como periodista insigne y se me ocurre que, en el fondo de su alma, tiene puesta su voluntad y rendido el corazón a sus cuentos y novelas, y no a las toneladas de diarios que ha llenado, hora por hora, con su pluma infatigable, porque a ojos vistas le seduce más el ahondar el alma humana que el fustigar politiquerías o engolfarse en los acontecimientos fugacísimos de la vida diaria, olvidados mañana y cuyo rastro pronto se borra... Realista de la mejor cepa, español hasta la médula de los huesos, en sus novelas no se nota el influjo extranjero ni en ideas ni en estilo. A las veces, como en *La viva y la muerta*, entona un himno a la familia como base de la sociedad, y pone en tal perfección el desenlace que aun las matronas más exigentes quedan satisfechas; pero en otros libros es pesimista en extremo, gustando entrar en detalles de crudo naturalismo, como en *Cleopatra Pérez* o en *Panza al trote*. Ciertamente la vida no es siempre dulce y suele, por el contrario, ser bien amarga: falso novelista sería quien sólo viera y discurriera acerca del buen lado de las cosas y omitiera deliberadamente ocuparse de las negruras de la existencia. El novelista de verdad no debe jamás ser empresario de alguna bien intencionada *Biblioteca rosa*, destinada exclusivamente a proporcionar a las jóvenes pudorosas e inocentes la lectura—más inocente aún—de esa especialísima literatura que algún descreído ha calificado como de azucarillo dulzón... No me figuro a Ortega Munilla, por otra parte, aun en el supuesto de que su vocación literaria lo hubiera llevado a producir piezas de teatro, escribiendo alguna de esas que, en sociedad, se denominan «de repertorio blanco»: se me

antoja que ve el mundo con otros ojos y que no habría jamás sentido inclinación a ser cultor — en el teatro o en la novela — del género pseudo literario de cualquier impecable madama de Genlis, o simplemente de escribir *ad usum delphini*. . . Y ya que esta reflexión me ocurre, no puedo menos de recordar cierto delicioso cuento de nuestro autor, *Fifina*, cuya lectura me permitiría recomendar muy especialmente a las amables damas y encantadoras niñas que me escuchan: trátase en esas páginas de cual sea la educación que más convenga dar a las niñas en el seno de la opulencia, a fin de impedir convertirlas exclusivamente «en manequí para ostentar galas o colgar dijes», prefiriendo preocuparse de su corazón y entendimiento.

Si me dejara llevar de mi admiración por sus escritos, casi tendría que referirme a cada una de sus novelas, y la última tan solo — *El paño pardo* — daríame tema para una elaborada conferencia. Tengo sobre mi mesa de trabajo, en este instante, sólo parte de la producción libresca de nuestro huésped, a saber: *Inés, La cigarra, Sor Lucila, Lucio Trelles, El tren directo, Don Juan Solo, Panza al trote, Viñetas del sardinero, El salterio, El fondo del tonel, El fauno y la dríada, Orgía de hambre, Los lunes del Imparcial, Pruebas de imprenta, Mares y montañas, Idilio lúgubre, Viajes de un cronista, La viva y la muerta, Cleopatra Pérez y El paño pardo*. Como véis, mi colección es muy incompleta, pues contiene principalmente los libros de su primera época — los 15 años que siguieron a su entrada al *Imparcial* (1879) — y en la cual año hubo en que publicó la friolera de 6 libros diversos; me faltan, pues, casi todos los del período posterior, quizá porque la índole de mis estudios durante ese tiempo me alejó un tanto de la novela: pero la última suya que he leído con motivo de su llegada, me lo pone delante tan vigoroso e incisivo a los 60 años como lo era de los 25 a los 40, con más el aditamento de un hondísimo surco en su observación realista de la vida. Debo, pues, confesar que no conozco muchos de sus libros, y sólo por referencias podría recordar los cuentos rurales de *Los leñadores*, el cuento pastoral *Doro en el monte*, las novelas *Sorela* y *Frateretto*, y sus viajes por Marruecos, titulados *Del Manzanares al Lucus*: la lista no está agotada, pues entiendo que aun tiene otros; como se ve, el catálogo es largo: son las *mille e tre* de Leporello, en la deliciosa partitura de *Don Juan!* Anuncia ahora dos libros próximos a aparecer: *Tres dceenios*

de España alegre, que a la cuenta debe de ser una historia anecdótica contemporánea; y *La señorita de la Cisniega*, novela cuyo solo título no permite sospechar si se tratará de alguna nueva Cleopatra Pérez o quizá de otra Fifina, o de nuevas y deliciosas «páginas infantiles», como denominó a su *Viva y muerta*. De aplicarse a estudiar ahora esa estupenda producción, menester sería quebrarse la cabeza discurrendo sobre la mayor parte de los problemas de la vida, y tal cosa nos llevaría de la mano a discutir con el novelista el modo como los encara y juzga, porque es favor y preeminencia de quien escribe novelas el de transformarse, de claridad en claridad, en el más atrayente de los escritores, el que es leído con más fervor, va más recto al corazón y apasiona más el alma. Analizar, pues, todas esas obras sería imposible en este momento: ante la sola insinuación de que tal cosa me hubiese ocurrido, paréceme que se le ha estrechado el alma a la presente concurrencia y que se le ha puesto un nudo en el pulso...

Siento, sí, que el tiempo escasísimo que me ha sido concedido no me permita recordaros, como—cuando tomó posesión del sillón de Campoamor en la Real Academia de la lengua,—le salió a la cara la alegría a nuestro ilustre huésped, al hacer ver más claro que el mediodía el alma españolísima del poeta de las *Doloras*, uno de los hombres más encantadores entre los que me hayan admitido en su conversación: pero si me dejara llevar de los propios recuerdos, creo que las horas volarían fugaces sin lograr ponerles término, ya que a los que descendemos la pendiente de la vida no nos va quedando más que el dulce y tibio placer de recordar. Y eso que Campoamor, a quien nadie ha superado en el ahondamiento del amor y en el «sondeo maravilloso del alma femenina», ha interpretado como ninguno «las ansias, las pasiones, las tristezas y los júbilos de la mujer, en sus diversas edades, en sus distintas situaciones, esposa y madre, niña y anciana, cuando habla con su amante, y cuando, al lado de la cuna, ve que agoniza su hijo; siempre con ternura apasionada sigue el poeta el vario y caprichoso volar del espíritu femenino, y nos interesa y nos conmueve con las cosas inesperadas que de él nos cuenta.» Tal dice Ortega Munilla y va exhibiendo, al través de los versos delicadísimos de aquél, todas las fases del corazón de la mujer: lástima grande que no se le ocurriera—precisamente en este recinto, consagrado a enaltecer al bello sexo y

por sus más descollantes representantes sostenido, y en el cual respiran siempre sus obras y sentimientos el perfume misterioso del alma femenina — que no se le viniera a la boca, decía, mostrarnos el corazón íntimo del poeta favorito, sin duda, de la mayoría quizá de tantas bellas y soñadoras concurrentes a estas fiestas de la inteligencia. No dudo que Ortega Munilla causará maravilla hablándoos de la «energía de la debilidad» con «retratos de mujeres», pero tengo la plenísima seguridad de que a ninguna de las damas que me escuchan habría desagradado, sino antes bien — sobre todo a las niñas que comienzan a vivir, y aman soñar más quizá que pensar demasiado — seguramente habría encantado que el insigne autor de *La cigarra* les hubiera hablado de cómo concebía el amor y cómo analizaba el corazón de las jóvenes, el poeta inmortal de las *Doloras*.

Séame, pues, permitido redimir el tiempo y acelerar la ejecución del encargo recibido: pido a las distinguidas damas que con él me honraron que cesen de afligirse por la dilación, pues voy a poner punto final a mis palabras, desde que comprendo la impaciencia de los que en este instante me escuchan y no ven la hora en que me reemplace en este sitio nuestro admirado huésped. Es cierto: el celebrado novelista y escritor, el insigne periodista, está ahí listo para deleitarnos, tiene su conferencia pronta, todos se deshacen con el deseo de oírle, y esta forzada espera pone en el querer más vivos acicates... Pero yo debía subordinarme en todo a la voluntad de las señoras, que me han impuesto este ingrato papel de sacarle a vistas a quien todos ya conocen y celebran, de modo que la presentación se vuelve superflua, tanto más cuanto que, por sus interesantes correspondencias a *La Nación*, no hay una de las personas presentes que no esté familiarizada con su estilo y con sus ideas. Por eso me concretaré a deciros que tenéis ante vosotros a uno de los literatos más ilustres de España, a la vez que al príncipe de sus periodistas, y, con todo eso, el hombre más simpático que pueda imaginarse. Tal es el señor don José Ortega y Munilla.

ERNESTO QUESADA.

TRES ENSAYOS

Florentino Ameghino

Nació Ameghino en 1854 y murió en 1911. Era un chiquillo todavía y ya mostraba especial dilección por el estudio de las ciencias naturales. A las barrancas de Luján — su patria — se iba todos los días a rebuscar huesos fósiles entre las rocas, mientras los demás muchachos de la villa se entregaban a las distracciones propias de la edad. Cundió por esto bien pronto entre sus coetáneos la fama de su dedicación, y los compañeros — chicos y grandes — que le creían trastocado, o cosa así, dieron en ponerle motes graciosos para ridiculizar su extraña manía; pero él, que era bien nacido y tímido (le faltaba esa viveza de los niños atrevidos que emboha a la sociedad), hacía oídos sordos, generalmente, a toda clase de burlas. Más tarde, cuando en 1883, ya hombre hecho, había de recordar él estas andanzas de la niñez, pudo afirmar sus primeras inclinaciones, de las cuales participó francamente hasta su muerte. Pocos hombres, pues, de vocación más temprana que Ameghino. Cincuenta y siete años de vida fueron los suyos, dedicados por entero a la ciencia. Crudezas, sinsabores, estrecheces económicas, de todo conoció en vida, si no es la gloria, que sólo después de desaparecido se le concedió, y eso no sin cierto regateo aún. Actualmente, la admiración por él en nuestro país es grande; pero — debemos confesarlo — esa admiración se llama simpatía, en gran parte, y no propiamente admiración. Falta conocimiento; se juzga la obra de Ameghino por lo que dijeron que otros habían dicho, y lo que habían dicho otros no era siempre verdad. Así, por ejemplo: es creencia común que nuestro sabio fué opositor de las teorías transformistas de Darwin; Darwin afirmaba que el hombre descendía del mono, y Ameghino corrigió: el mono desciende del hombre. La enseñanza de los profesores en las escuelas y la biografía del sabio escrita bellamente por Leopoldo Lugones, darán fe de esa opinión. Nada, sin embargo, más inexacto (y esto bien lo saben aquellos pocos que conocen la obra de Ameghino). He aquí, para verdad, las

propias declaraciones del supuesto enmendador del transformismo: «Antes de avanzar en este camino» — dice Ameghino en la introducción a *Filogenia* — «debo dejar sentada aquí una protesta contra la masa de declamadores antitransformistas, que en su afán de combatir la nueva teoría e impedir que gane prosélitos, divulgan falsedades absurdas como aquella corriente entre nosotros de que los darwinistas hacen descender al hombre del mono; los asiáticos braquicéfalos, del orangután; los negros dolicocéfalos, del gorila, y los pigmeos de Africa Central, del chipancé. Tales pretensiones, diré con ellos, son absurdas; pero agregaré que es poco caballeresco atribuir disparates a quien no los ha enunciado. Ni Darwin, ni su predecesor Lamarck, ni sus discípulos Huxley y Haeckel (en paréntesis: cuando Ameghino escribía esto no había leído aun a Haeckel, pero le intuía, como se ve), ni ningún naturalista transformista ha dicho que alguna de las razas humanas actuales descienda de alguna de las especies de monos actuales. Lo que afirman los transformistas es que los seres en general, y cada especie en particular, no ha aparecido así no más porque sí, de sopetón, de la noche a la mañana; que nada se forma de la nada, y que, por consiguiente, todo debe tener antecesores, y concretándose particularmente a las formas superiores de la animalidad, cuya cúspide somos nosotros — los hombres — lo que sostiene dicha escuela es que el hombre desciende de una especie inferior extinguida; que los monos antropomorfos actuales descienden de otro tipo también extinguido, que a su vez tuvo, sin duda, por origen un tipo primitivo del cual se separaron igualmente en épocas sumamente remotas, las formas precursoras del hombre. Ya véis — concluye — que estamos bien lejos de la pretendida descendencia del gorila o del orangután, que tan descomedidamente se afirma defendemos». Esta declaración poco concisa, pero clara, del mismo Ameghino, suple cualquier otra explicación nuestra. José Ingenieros, por otra parte — en su *Psicología Biológica*, pág. 165 — trae idéntica aclaración. (Y es de notarse que el libro del doctor Ingenieros ha sido publicado algunos años antes que el *Elogio de Ameghino*, del señor Lugones, a que hemos aludido). Equivocación notable también es aquella en que incurre don Leopoldo Lugones cuando dice que Ameghino demostró la insuficiencia de la embriología como recapitulación de la filogenia. La verdad sobre este punto es, por el contrario, que Ameghino afianzó la teoría de Haeckel con el testi-

monio de los desdentados por eliminación. Pero no hemos de hacer hincapié en estos errores que se corregirán fácilmente a medida que la curiosidad espiritual se eleve en nuestro ambiente apocado, y los escritos del verdadero y único sabio que ha tenido hasta ahora la Argentina sean más conocidos. Muchos escritos componen la obra de Ameghino; su número se eleva a 179 (algunos más o menos), distribuídos en folletos, libros y artículos de revista. Parte de ellos está realizada en francés y en colaboración con Gervais, a quien nuestro autor conoció en su viaje a Europa, por el 1880. De todos, *Filogenia* es el más completo como obra de teorización y exposición sistemática de conocimientos generales en biología. En *Filogenia* se propuso por primera vez Ameghino ensayar una clasificación de los mamíferos, basada — como dice él mismo — en conocimientos naturales y con exclusión de todo lo que fuera sentimiento (quería decir: pura imaginación), o fantasías literarias. Aquí se registran, asimismo, las proposiciones de zoología matemática que constituyeron la más alta preocupación científica de Ameghino. Elevar la zoología al rango de ciencia exacta, como la astronomía; este era su propósito. Nada decimos con esto, empero, en mengua del resto de sus escritos; al contrario: en toda obra de ciencia, el trabajo especializado cobra, por así decirlo, un mérito superior al de aquel que tiende a lo general. Es menos brillante, pero más seguro. Lo opuesto, precisamente, a lo que sucede con el valor de toda obra estética, que — como dice Menéndez y Pelayo, aceptando el precepto horaciano — no admite medianías. Podemos, por tanto, llegar a la conclusión de que el verdadero mérito de nuestro naturalista (hoy no nos atrevemos a llamarle biólogo — no está — principalmente, al menos — en sus teorizaciones; obtuvo, es cierto, en este terreno brillantes resultados — la predicción de formas intermedias, contando con los caracteres de la anterior y la posterior, por ejemplo; — pero no llegó nunca a formular grandes concepciones a la manera de la evolución, de Lamarck; el origen de las especies, de Linneo; la selección sexual, de Darwin; la ontogenia, de Haeckel (o de Fritz Müller, su creador), en fin. Más positivo valor encierran las adquisiciones materiales que hizo para la ciencia, y en esto sí que podemos decir que no le iguala ningún naturalista del país ni del extranjero, incluído Cuvier. El total de las formas extinguidas que juntó en sus rebuscos de las pampas — en las pampas hizo también Darwin sus más importantes descubrimientos paleontoló-

gicos, y lo mismo otros naturalistas europeos;—el total de las formas extinguidas, o fósiles, decimos, que Ameghino reunió alcanza a un millar. Testimonios fueron éstos, con los cuales y mucho de su omnicomprensión, llegó nuestro sabio a proponer el gran ciclo de la evolución de la especie humana que arranca de los mamíferos primitivos del continente subtropical austral (correspondiente a la parte sudeste de la actual América del Sud) y comprende las cuatro emigraciones en distintas épocas: a Australia, una, dos a Africa y la última a Norte América, para terminar en una reemigración al Sud a poco de comunicadas ambas Américas por el istmo de Panamá (hoy dividido). Esta es, tal vez, su teoría más arriesgada — la del origen americano del hombre — que presenta muchas probabilidades y no pocas dudas. La exposición de paleontología argentina que hizo, por primera vez también (Muñiz la había intentado débilmente antes que Ameghino), es otro de sus principales méritos como obrero de la ciencia, y por igual los estudios sobre geología, paleogeografía y antropología argentinas, de los cuales no se ha sacado aún el provecho que pueden rendir para nuestra enseñanza. De todos sus escritos excluimos, desde luego, el *Credo filosófico* (Mi credo), obra ingenua, casi primitiva, de escasísimo o ningún valor. Leyendo el *Credo filosófico* de Ameghino, imaginamos que así debieron ser las obras perdidas de los filósofos jonios, con la diferencia de que éstas cuentan veintiséis siglos o más de anterioridad. No fué nunca muy vasta la cultura de Ameghino. Para el objeto que se propuso sobrábanle conocimientos e intuición —¿qué hombre inteligente de verdad no es intuitivo?— a pesar que ignoró durante largo tiempo una obra capital, la de Haeckel, con la cual concuerda grandemente; pero fuera de las ciencias naturales (esta definición de ciencias naturales es un poco arbitraria), su instrucción es escasa. De tal manera que aún la química le era desconocida en gran parte, con todo y ser ésta una ciencia a cuyo dominio pertenecen los más recios problemas de la biología. Su sensibilidad, por lo demás — así se expresaría Azorín — anduvo un poco extraviada. Verdad que, como quiere don Ramón y Cajal, el hombre de ciencia ha de orientar su obra en horizontes limitados para llegar a buen fin. Sin embargo, hoy nos resulta tan poco loable — instintivamente, más que por raciocinio — que los especialistas de laboratorio desprecien al artista, como que éste caiga en diletantismo por pereza mental. Los primeros pertenecen al siglo XVIII y buena parte del

XIX y representan el «cienticismo», según feliz definición del latino glosador, Xenius; su peligro es el del mandarinismo y la pedantería; los segundos — los renacentistas — nos traen recuerdo de épocas esencialmente curiosas que siguieron a la escolástica; su peligro — la idea es de Xenius también — es el del diletantismo, como llevamos dicho. El mismo profesor español que compone su *Método*, es a la par que un hombre de ciencia, un espíritu amplio de la más moderna sensibilidad; y de aquí su novocentismo que no era cualidad del sabio argentino. No se ha de inferir de esto, sin embargo, que Ameghino fuera un espíritu estrecho cerrado a toda emoción estética, a la emoción del Juego, a la curiosidad. Siempre hay en esta hosquedad de los encastillados mucho más de forzado que de sentimiento. Ameghino vuelve y revuelve fósiles y pedernales sobre el alféizar de una ventana en la trastienda de su pequeño comercio de La Plata (esta trastienda era su laboratorio, y en los estantes del establecimiento, cuando no había mercadería guardaba fósiles); pero desde aquel mismo lugar que hoy nos representamos como la cueva de un alquimista, deja escapar a menudo algunas notas líricas inconscientes, y es cariñoso en extremo. Con una iniciación cultural más amplia, quizá hubiera podido llegar, como William James, a sentir preocupación por el problema religioso, después de pasados los primeros furores de «cienticismo»; hubiera sido un filósofo.

Agustín Alvarez

De Agustín Alvarez pudiéramos decir cabalmente que fué el arquetipo del hombre de sentido común; de ese sentido común que predominó en todos nuestros escritores del pasado siglo y subsiste aún hoy en muchos de los que nos rodean. Fácil es expresar el carácter de su obra en pocas palabras: sumisión completa a la ciencia positivista, al «cienticismo» que ha definido Xenius, y un odio atroz a todo lo que trae deijos de religión. Religión y ciencia; he aquí las solas palabras que constituyen su vocabulario; la primera como centro objetivo suyo, su centro de acción; la segunda, su idea motriz, su subjetividad, por decirlo así. Religión — nos dice Alvarez — es atraso, religión es atavismo, religión es enemiga del progreso humano; hay que exterminar la religión. ¿Cómo? Ciencia es progreso, ciencia es el camino de la verdad, ciencia es amiga del hombre; impongamos la ciencia: queda así

— concluye — suplantada la religión. ¿Acude ya al entendimiento la idea de una mentalidad muy siglo XIX? Pues esta es la de Alvarez, un espíritu ochocentista, del más puro ochocientos, como los discípulos de Comte, como Comte mismo, como Littré y más que Renán. (Evitemos, sin embargo, las comparaciones; nada ganaría nuestro escritor.) En los afanes de nuestro impaciente — e incipiente — nacionalismo, no podía faltar quien le elevara a la categoría de gran pensador y se le expidió la patente de filósofo. Filósofo, sí — decimos nosotros — pero de esos filósofos que sanciona el vulgo leído; de los filósofos verdaderos juzga Platón, y Platón no admite a Alvarez en la Academia; a menos, naturalmente, que el señor Besio Moreno interponga sus buenos oficios de canchales y logre el milagro poco probable de demostrar a Platón el «Sistema filosófico de Alvarez». Pero seamos más indulgentes con nuestro autor. ¿Cuál es el propósito de su obra antirreligiosa? El propósito se deduce de la misma antirreligión; más bien: ¿cuál era su motivo principal? Algunos han reprochado a Alvarez esta especie de obsesión suya por el problema religioso en un país como el nuestro, donde — dicen — no preocupa mayormente. Algo hay de verdad en esta observación. Tomó Alvarez por punto de partida, en su obra antirreligiosa, la España católica, la España intolerante del siglo XVII y aún anterior: la España de la conquista, y dedujo de ella nuestra crianza, el estado nuestro hasta 1900. Hemos dicho, la España católica, la España intolerante, y debemos advertir que el autor de «¿Adónde vamos?», no vió otra España, ni en aquellos siglos ni en el XIX. La deducción que sacó del pueblo visto por él en la península con prejuicios, con desamor y con intolerancia — ¿qué diferencia hay, inquirimos nosotros, de la intolerancia religiosa a la intolerancia laica? —, la deducción, decimos, que sacó del catolicismo español para con nuestro pueblo, no nos es favorable. Por ser católicos e intolerantes — supone Alvarez — los españoles no corrieron parejas con la civilización; por ser descendientes de ellos, nosotros pertenecemos todavía a una categoría secundaria en el mundo superior. Ya se habrá echado de ver que en esto, Alvarez, como muchos, padeció notable error: los españoles no fueron atrasados por ser intolerantes en materia de religión; fueron intolerantes porque estaban rezagados en cuestiones de saber (y aún esto es bastante caprichoso, por cuanto falta por averiguar si la religión hispana no fué una modalidad carac-

terística de la raza, lo cual explicaría en gran parte el rico esplendor de su literatura). Es, volviendo a lo de Alvarez, tomar efecto por causa, o, cuando menos, entrar en un círculo vicioso; porque ¿no es, acaso, una adquisición del pensamiento moderno el que la religión subsistirá mientras no progrese el nivel de la cultura general? Y aun así, religión y ciencia no andan, finalmente, tan reñidas como se cree. Pero es que Alvarez había formado opinión por lecturas extremadamente materialistas (sus únicas fuentes de cultura), y con escaso esfuerzo mental, y éste fué el prisma a cuyo través vió él la religión. En una palabra: por vivir atrasado, por ser posterior a su época — siempre las corrientes ideológicas de Europa llegaron como rezagadas a estas playas —, nada entrevió del verdadero giro que tomaba la cuestión religiosa en el último vintenio del ochocientos. De aquí el motivo de su obra pontifical, irrespetuosa, y la parte fundamental de la crítica aludida. Quisiéramos que hubiera abordado el problema de un punto de vista más moderno, novecentista, mejor: más filosófico, como Janet, como Boutroux, como William James, que es lo que rehuyó precisamente. A más, pudiera observársele lo que Azorín a Leopoldo Alas: no tuvo conciencia de la síntesis artística del buen escritor; todo lo que dijo en varios volúmenes — «¿A dónde vamos?», «La creación del mundo moral», «Historia de las instituciones libres» — cabe sin mengua en media docena de artículos breves, concisos, que tendrían la ventaja de no causar fatiga al lector. Presenta, no obstante, su cariz de injusticia, la crítica precipitada, y es en cuanto se refiere a la preocupación en sí, de Alvarez por el problema. ¿Cómo y cuándo — podríamos preguntar nosotros a los que nos censuraran por igual motivo —, cómo y cuándo la cuestión religiosa ha quedado resuelta en nuestro país, para que no merezca atención? No ya del punto de vista espiritual, que es mentar utopías, ¿material, siquiera, en su aspecto práctico? Una cosa es que no preocupe y otra del todo diferente, que no deba preocupar. En Europa, en los países más adelantados y en Norte América también, el problema religioso es actualmente (dos años ha, si se quiere, porque la guerra ha paralizado toda corriente de ideas filosóficas), es de los más arduos y preocupa hondamente a las mentalidades superiores. Y si Alvarez creyó que a nosotros debe preocuparnos también, estuvo muy en lo cierto; más, desde luego, que sus contrarios, porque a la falta de atención para con los problemas que tenemos a

la vista, débese de ordinario el atraso nuestro en tales o cuales órdenes de la actividad. Su error estuvo — lo repetimos — en el modo como encaró la cuestión; más claramente: en que no aportó nada nuevo, ni al conocimiento del problema ni a los medios elegidos para resolverle (lo cual puede calificarse de otra manera que de error, si se quiere, que no nos opondremos). Con lo dicho, queda patente el hombre de sentido común, o medianía intelectual, si place, porque tampoco en esto hemos de reparar mayormente. Un aporte, aún, para mejor definir a este Alvarez de sentido común: «El sentido común — dice nuestro muy admirado glosador, Xenius — es la socialización de un sistema de defensa contra la turbación biológica producida por el misterio.» Misterio fué, en efecto, para Alvarez la religión, y sistema de defensa socializado, para defenderse de aquella turbación biológica, su sentido común. Podríamos agregar ahora, que su obra encara también los aspectos morales de la sociedad y la educación, y todo sin mayor elevación de pensamiento. Las rutinas mentales, por un lado, y las deficiencias de cultura, por otro, son perceptibles aquí como en lo anterior. Moral y pedagogía reducidas al «cienticismo» con algunos aciertos prácticos — claro está — pero con mayor número de errores. Y de todo esto, hoy que ya Emerson — más romántico, sin embargo — ha bajado del pináculo en que se le subió a fin de siglo, ¿qué puede quedar? Otra rama aún del laicismo de Alvarez encontramos en sus ideas políticas, hijas siempre de aquel «cienticismo» de que hablamos. Su libro «Patogenia Política» es una especie de manual de doctrina democrática que no interesa nada al curioso escritor. En esto de política, los hombres — así los llamados «oportunistas» como los «idealistas» — giran en torno de premisas tan ficticias, tan convencionales, que no podríamos juzgar las cuestiones que les ocupan en relación a los demás órdenes de la actividad mental. Sería necesario disponer para ellos de un particular cartabón y sancionar después. Este nuestro modo de ver nos exime de entrar en juicios acerca de la «Patogenia Política», de Alvarez. En cuanto al aspecto puramente externo de la vida del autor, algo diremos. Nació en Mendoza, al 1857 y murió en Buenos Aires, a los 57 años de edad. Fué soldado, cursó Derecho en la Universidad porteña, ejerció de juez civil en su ciudad natal y ocupó una banca en el Congreso, aparte de otros cargos públicos de consideración que desempeñó con alto honor y competencia. De

sus prendas personales dicen muy bien todos los que le trataron habitualmente. Joaquín V. González, grande amigo suyo, ha descrito en bellas páginas este aspecto de la personalidad de Alvarez, más atrayente, por cierto, que la obra misma del escritor. Sostuvo con su vida el ejemplo de las teorías que le fueron caras en su estrecha visión.

José M. Ramos Mejía

Con Ameghino, Ramos Mejía ocupa un lugar prominente entre los nombres que merecen recordación especial de aquella generación de intelectuales que ha dado en decirse del 80. Nació en Buenos Aires, en 1849, y se doctoró en medicina a los treinta años, al tiempo que componía su primer obra, «Las neurosis de los hombres célebres», publicada de 1878 a 1882. Con este libro introdujo a la Argentina las doctrinas psiquiátricas nacidas en Europa a comienzos del siglo XIX, e intentó dar explicación de la modalidad natural de algunos personajes de nuestra historia, sometiéndola a un estudio meramente «cienticista» que para nada tiene en cuenta la psicología introspectiva, o pura psicología del espíritu, por mejor decir. Así, por ejemplo, para Ramos Mejía, Rosas no es más que un enfermo de lo físico, un neurótico, y de aquí deriva aquella condición del tirano que le llevó a someter el país a su despotismo. Aldao, Monteagudo, Francia y Brown, tampoco son para él otra cosa que simples neuróticos, sin que, por eso, llegue a darnos razón en ningún momento, de cómo pobres enfermos de instintos canallas y negros atavismos lograron abrirse paso en la vida y ocupar sitio preferente entre lo mejor. Es aquello de Carlyle: si admitimos que Mahoma fué un embaucador, un imbécil — como quieren muchos — ¿qué pensaremos de la condición humana, de los que se dejaron guiar y aun dominar por el fundador del Islam, durante tantos años?... El «cienticismo» estará siempre expuesto a observaciones así. Bien puede ser que Ramos tenga gran parte de razón en lo que dice; sus personajes no son tipos del todo normales; algo hay en ellos que los diferencia del común de los seres; pero, a pesar de todo, ¿eran, en efecto, tan miserables como los califica la psiquiatría? «El sabio que no ha practicado otra forma de experiencia que la experiencia física — dice Boutroux — imagina fácilmente que esa es la sola forma posible.» Así, los psiquiatras, los antropó-

logos, los sociólogos, los psicólogos experimentalistas, y con los primeros (y un poco de los demás) nuestro autor. En Ramos Mejía prendió la ciencia con todo el exclusivismo que fué lema de los «cienticistas» del siglo XVIII y parte del XIX. Tiene su explicación este dominio del positivismo. La verdad es, no sólo un deseo, sino una ansiedad en las mentalidades superiores; es necesario desentrañar el misterio, explicar, con la acepción que esta palabra tenía entre los griegos: registrar las pilas de pergamino, donde está la verdad; pero explicar lo más pronto posible y en formas simplistas que satisfagan nuestra curiosidad. Ni la filosofía griega, ni la neoplatónica, ni la Escolástica, ni la del Renacimiento habían colmado este deseo de verdad. (Hablamos de los «cienticistas» del siglo XVIII, desde luego, porque los novecentistas estamos más cerca de Platón que de Comte, sin excluir a Comte por eso). Las explicaciones teológicas y teológicas de los pueblos primitivos y de los padres de la Iglesia, eran también, cuando no infantiles, deficientes. Surgió, por tanto, el estudio científico, el estudio positivista que traía a la mente formas nuevas, sencillas — más fáciles de pensar; este es el concepto — y amenazó de pronto con someter la filosofía a su dominio. En Europa, sin embargo, las ciencias fáciles perdieron campo casi con la misma prisa que le habían ganado; a mediados del ochocientos (o poco más tarde) quedaban ya reducidas a la situación de ciencias auxiliares, con lo cual se las despojó de aquella altanería suya con que nacieron: querían ser guía exclusiva del pensamiento. Mas he aquí que a nuestro país llegaron aún con cierta lozanía (la lozanía en este caso es subjetiva: está en quien las contempla, no en ellas mismas), y como el ambiente era propicio — un ambiente inculto — prendieron en él. Se comprenderá ahora la dedicación de Ramos Mejía. Un hombre de ciencia que quiere alcanzar por métodos experimentalistas (un poco de exageración hay en esto de «métodos experimentalistas», que no siempre lo son), que quiere alcanzar, decimos, verdades tan confusas y tan discutidas como la de la personalidad de Rosas, verbigracia. El método era traicionero, y buena prueba de ello es que el mismo Ramos Mejía, cuando estudia por segunda vez al tirano, con menos «cienticismo» y mayor esfuerzo mental, arriba a conclusiones no tan exclusivistas. Rosas — ha dicho el doctor Veyga — conquistó a Ramos, y esto es lo cierto. Quizá le hubieran conquistado del mismo modo, Brown, Aldao, Monte-

agudo, con sólo que hubiera puesto él al estudiarlos un poco más de cariño; porque el cariño, ante todo, es lo que ha de ponerse de propia parte cuando se estudia la personalidad, que puede ser discutible, pero que es personalidad, al fin. *Las Neurosis* es, por lo que llevamos dicho, una obra mediana (en nuestra opinión, naturalmente), y siendo de la misma índole *La locura en la historia* (de 1895), cumplimos con dar igual juicio de ella. Una y otra son, empero, obras que no carecen de méritos, y mucho menos si se tiene en cuenta el ambiente en que germinaron y vieron la luz. Más interesante obra de Ramos Mejía nos resulta aquella en que estudia cierta clase de individuos que él clasificó muy bien como simuladores del talento. Son los que, faltos de aptitudes para la lucha superior, quieren surgir a toda costa (por vanidad, por necesidad) y usan de cualquier maña hasta conseguir el triunfo; se arrastran, adulan, mendigan, no vacilan en apelar á este o a aquel expediente, si les viene bien; engañan y llegan, por fin, como los demás. Claro que una objeción cualquiera a gentes de esta calidad trae aparejada consigo la clásica duda sobre si no es, acaso, talento, el saber simularlo; pero esto en nada amengua el valor de la obra de Ramos, que descansa principalmente sobre una base de ingenio y de muy fina observación. *Las multitudes argentinas*, otro de sus mejores escritos, está calcado del molde de los de Le Bon, acerca de la psicología de la multitud, vale decir, sobre base poco consistente. La psicología de la multitud es una faceta de los métodos experimentalistas, y como tal, desprovista de firme autoridad. Se trata de una de las tantas conclusiones a que han arribado los pseudo-filósofos, después de conocidas las formas simplistas de la biología. Los organismos — enseña la biología — están constituidos así y así; funcionan de esta manera, evolucionan de esta otra. La sociedad es también un organismo que tiene su morfología y su fisiología y su evolución eónica; pues ¿por qué — se preguntan los pseudo-filósofos —, por qué no ha de adoptarse el mismo método de estudio para este organismo que es la sociedad, y aquel otro organismo que es el hombre, que es un pez, que es un amibo?... Y en todo esto siempre queda latente, como una negación, la «lucecita» de Ribot que está en nosotros, que es la armonía de nuestro ser y nos permite mover un músculo, pero que no es el músculo mismo... Una expresión feliz de Vicente Fidel López resume en pocas palabras el juicio que cuadra exactamente a toda la obra

de Ramos Mejía: en sus fines, en estilo, en su plan y en sus doctrinas, es una obra de ciencia pura. López dice: «es un libro de ciencia pura»; pero es que él se refiere sólo a las Neurosis. Nosotros extendemos, pues, ese juicio a los demás escritos del mismo autor y definimos así, su obra, como de ciencia pura, de ciencia en sí, cerrada a toda especulación metafísica, como hija que es, al fin, del siglo positivista. Un poco atrasadas—ya lo dijimos—llegaron al Plata las doctrinas que nos importó de Europa; casi cuando ya habían revelado a todas luces que no eran sino andamiaje con muy poco de fundamental. No obstante, siempre le quedará el mérito de haber sido uno de los que mejores servicios prestaron a las ciencias médicas cuando éstas daban aún sus primeros pasos en el país; él las alentó y les dió la orientación que aun conservan generalmente. Sus estudios científicos, por otra parte, dieron gran estímulo a nuestra juventud aplicada, lo cual es un mérito más que asignar a su haber. Descolló también como hombre de acción, y bajo esta faz de su actividad, Buenos Aires le debe la creación de su Asistencia Pública, el Círculo Médico Argentino y la cátedra de enfermedades nerviosas de la Facultad de Medicina. Ocupó, además, diversos cargos públicos de importancia, entre ellos la presidencia del Departamento Nacional de Higiene y del Consejo Nacional de Educación. Y no es que se distinguiera mayormente en esto de la administración pública, a la verdad. José Ingenieros — su discípulo predilecto — cuenta, que las oficinas a cargo de Ramos Mejía se convirtieron más de una vez en cenáculos literarios y lugares de reuniones de artistas, ajenos, desde luego, al acomodaticio burocrátil. Es de imaginarse, por tanto, el desquicio en que andarían las cosas allí, si tan recta se portaba la dirección; pero estaba visto que no cabía en su natural esto de someterse a la disciplina administrativa, y así fué mal gobernador de la misma institución que él había fundado: la Asistencia Pública. Con todo, no desdeñó, en 1888, una banca en el Congreso y fué diputado nacional hasta 1892. Odiaba por norma a los extranjeros, y se reía de esos «gringos» que venían a darnos conferencias a nosotros, que sabíamos más que ellos... Hasta en esto tiene su hechura personal en José Ingenieros... Murió en 1914.

JOSÉ GABRIEL.

Buenos Aires. Marzo de 1916.

INACCESIBLE

Del próximo libro *Elevación*.

Dios es inaccesible al instrumento científico, al crisol, a la retorta...
Pero es siempre accesible para el alma.

Nunca despejarán su inmenso enigma la suficiencia y el orgullo humanos, cual si fuese ecuación. El telescopio no habrá de sorprenderle entre los orbes ni la lente del ultramicroscopio le encontrará en las células.

El dió su ley al universo, y calla recatando su faz en lo absoluto.
Pero que el triste y conturbado espíritu le busque como al summum de los bienes, y allá en lo más profundo de sí mismo, la voz maravillosa del *abismo*, le dirá con amor: *¡aquí me tienes!*

AMADO NERVO.

Madrid, 1916.

POR EL FOLK LORE

Nuestro patriotismo, sumamente objetivo, y nuestra ansia, harto precipitada, por crear una tradición, nos ha hecho glorificar a todos los próceres y pseudo-próceres que hemos tenido; actitud muy laudable, por cierto, en cuanto a los primeros se refiere, pero que no basta para cimentar el espíritu de nacionalidad en el pueblo argentino, desde que la inmortalización de gloriosos advenimientos y de los prohombres que los inspiraron o presidieron, solamente se dirige a ciertas y determinadas actuaciones de la raza, pero no abarca todas las vibraciones de su alma.

A la par de las glorias militares, de las grandes obras políticas, educacionales, financieras, cuyo recuerdo es patriótico sacar del olvido, existen manifestaciones menos brillantes pero tan fecundas, que también pueden contribuir con eficacia a la formación de la personalidad colectiva de que carecemos, pero que hasta hoy no han merecido la atención de nadie, ya a causa de su modestia, escasamente propicia para halagar la vanidad y el exhibicionismo imperantes, ya debido a que se ignoran muchos de los factores que intervienen en la orientación espiritual de un gran pueblo, ya porque el orgullo de hombres «civilizados» y «superiores» al ambiente, hace despreciar lo que es aborigen, por más que muchas de las cosas que con tan poco interés se tratan aquí, suelen llamar la atención de los europeos. Verbigracia: las alfarerías calchaquies, cuyas más completas colecciones se exhiben en los museos alemanes, porque las sociedades científicas y artísticas de aquel país, consideraron de gran interés lo que dejábamos destruirse en nuestro propio territorio.

Muchos casos como éste podrían citarse.

El objeto de este artículo es referirse únicamente al folk lore argentino — sudamericano sería más justo, puesto que en el continente la raza es una y en arte las fronteras no existen —, al

tesoro poético y musical ignorado por la casi totalidad de nuestros compatriotas, más sensibles a una inepta romanza de café concierto que a un canto popular, y que, a pesar de la gran belleza y originalidad de sus canciones, danzas, leyendas, no inferiores a las europeas o asiáticas — pese a los snobs — es despreciado y de día en día desaparece de nuestro suelo, perdiéndose así para siempre las más hermosas y emotivas manifestaciones de la América precolombiana y colonial.

Nada importa que por petulante vanidad, las personas cultas (?) prefieran los paisajes «truqués» y diminutos del viejo continente a los grandiosos y variados panoramas que ofrece nuestro país, que haya quien evoque al Rin, los Alpes, los bosques de Fontainebleau y si más no viene las cascadas del Bois de Boulogne, ante el Paraná, los Andes, las selvas chaqueñas y el Iguazú, dado que estos estupendos y únicos espectáculos naturales son perennes y ya llegará el día en que haya seres con suficiente sensibilidad y sentido de la belleza para darles su justo valor; pero como con el folklore no acontece así, porque el olvido, por parte de los campesinos, de una tradición, de un canto, de un baile, es irreparable, desde que la raza y el ambiente creadores se ven sumergidos por el caos actual, caos infecundo espiritualmente, sin que quede ningún rastro de lo que fueron las ingenuas pero admirables manifestaciones de arte de los aborígenes, es necesario evitar su pérdida.

No hay duda de que las personas atacadas del mal nacional que se llama *seriedad*, de esa seriedad que tan bien se acomoda con el tapete y el hipódromo, pero que se ruboriza ante una posible admiración artística o literaria, mirarán con sonrisa de misericordia un proyecto que tenga por fin coleccionar leyendas y cantos populares, y lo que es mucho más triste, serán acompañadas en sus burlas por un crecido número de intelectuales, que ignorando la belleza y originalidad de aquéllos, pregonan por doquier, que en Sud América no hay nada, absolutamente nada que pueda inspirar una obra de arte.

A los primeros se les podría recordar que los gobiernos más *serios* de Europa, los de Francia y Alemania, entre otros, no sólo han dedicado partidas del presupuesto para sufragar los gastos ocasionados por dichos estudios en su propio país, sino que han enviado a distinguidos musicógrafos a comarcas extranjeras con el mismo objeto, y que han llevado su alto concepto artístico hasta

sufragar los gastos de publicaciones, para que compositores, poetas, aficionados, pudieran aprovechar sus resultados.

En efecto, en Francia, además de los completos y eruditos trabajos hechos en Basconia, Bretaña, Lorena, Languedoc, Auvernia, etc., que tan bien han sabido inspirar a la moderna escuela musical, Foudrault Ducoudray, fué enviado a Grecia, Pierre Laloy al Extremo Oriente (Siam, Anam, China), Tiersot a Norte América y países escandinavos, para coleccionar temas populares.

A los segundos, sería menester advertirles que para juzgar una cosa es necesario conocerla y que el folk lore sudamericano no se concreta a la vidalita, la décima de Pavón, los estilos criollos, el pericón y el gato, que aparecen en casi todas las composiciones de tendencia argentina y que, a pesar de su gran belleza, carecen de la originalidad que se nota en los cantos indígenas.

Años ha, el abnegado y talentoso compositor peruano maestro Robles, que se internó en las grandes selvas del centro de América, vivió largos años entre los últimos descendientes de los Incas y logró reunir, después de privaciones y peligros, la más rica colección de cantos y danzas incásicas que existe en el mundo, vino a Buenos Aires para hacer oír esas maravillosas — el término no es excesivo — creaciones del alma indígena. Pues bien, a un concierto realizado en el teatro Odeón, solamente asistieron dos compositores argentinos, y, prueba de la trascendencia artística de la velada, ellos son los que con más entusiasmo y talento han emprendido la magna obra de dotar a nuestra América con una música genuina.

Si en vez de negar «a priori» la existencia de un gran folk lore continental, los incrédulos intelectuales hubiesen concurrido a dicho concierto, se hubieran convencido de las múltiples y nobles cualidades de esa música popular; del profundo misticismo de los himnos religiosos, de la delicadeza, elegancia y frescura de las danzas; de la sombría, subjetiva dramaticidad y del intenso dolor que surge de la evocación de la muerte de Atahualpa, esta última casi una escena de drama musical; hubieran palpado la riqueza de matices, de ritmos, de colorido, que hay en ella, dejando ya de negar la existencia de una música, que sólo se niega por ignorancia o pedantería.

Si para Sud América sólo hemos podido citar un nombre, el del maestro Robles, para el norte del continente no acontecería

así, pues en él existen más preocupaciones por el arte que las que suponen nuestros europeizantes «a outrance». En efecto, *The wawan Press*, asociación que desde varios años brega en pro de una música nacional a base del folk lore, ha emprendido profundos estudios entre los indígenas de Estados Unidos, Canadá y Méjico, siendo sus más talentosos colaboradores: Mr. Arthur Farewell, que se ha dedicado a las tribus navajos, y Mr. Carlos Troyer, a las zúñis; además de los concienzudos trabajos de miss Natalie Curtis en su «*The Indians Book*», de miss Alice Fletcher, en *The Hako*, y de muchos otros que sería ocioso enumerar; la existencia de una publicación como *The Journal American of folk lore*, evidencian el interés y el éxito que han tenido esas investigaciones artísticas en la gran república del norte.

Las pruebas que trajo a Buenos Aires el maestro Robles, como la actitud de los gobiernos europeos y norteamericanos, nos señalan la ruta a seguirse, desde que la existencia de una enorme cantidad de música indígena no puede negarse ya y que la utilidad de su conservación y estudio, no puede ponerse en duda.

La realización de esta obra, sólo exige que se envíe a las regiones más apartadas del país y por ende menos contaminadas por el cosmopolitismo, a músicos, para que en las fiestas populares, en los bailes, el hogar criollo o indígena, anoten cuidadosamente, fielmente, sin agregar o restar nada, sin horrorizarse de las faltas técnicas, cuantas danzas o canciones existan, y que después, como complemento, se hagan publicaciones oficiales de los resultados de esas jiras de investigación artística, transcribiendo, claro es, todos los temas recogidos, para que nuestros compositores puedan aprovechar ese caudal de música para sus obras.

Este estudio debe ser emprendido cuanto antes. Cada día que pasa significa la desaparición de algún tema, pues nuestros campesinos en sus frecuentes estadas en ciudades y pueblos, oyen las canallescas canciones de café concierto, harto difundidas en el interior, tan fáciles de pegarse al oído y tan apropiadas para despertar en el hombre el bajo instinto de sensualismo y mal gusto que en él dormitan, y, al retornar a su rancho, las canta, las ejecuta en la guitarra, olvidando las que mecieron su niñez. De ese modo, el habitante de nuestra campaña desorienta su intuición artística, puesto que es manifiesta la inferioridad de las canzonetas bajamente eróticas y alegres — fruto del vicio y del comercialismo — en relación a los nobles y melancólicos cantos del pueblo que tra-

ducen en su infinita desesperanza las ansias, los anhelos del alma humana primitiva, libre de los prejuicios, del intelectualismo, del amaneramiento inherentes a lo que llamamos civilización.

Los beneficios que reportará esta obra pueden preverse estudiando lo que hasta hoy se ha hecho en música americana.

Sabido es que años ha la creación de un arte musical continental, por su espíritu, su colorido, sus ritmos, su escala, su emoción, hubiera parecido una utopía, un sueño irrealizable, indigno de merecer la atención de compositores *serios*; pues casi nadie concebía que de los despreciados estilos criollos y de los ignorados cantos indígenas, pudiera surgir algo más que una u otra pieza para canto o piano, sin más valor que el exótico. Sin embargo, a pesar de las sonrisas despreciativas e incrédulas de insensibles y mediocres, nuestra música ya no es una poética aspiración sino una realidad; ahí están para probarlo las obras de los maestros Williams, de Rogatis, Aguirre, Pedrell, que bajo la forma de sinfonías, poemas sinfónicos, drama lírico, fantasías, suite, música de cámara, etc., cuentan con un respetable número de composiciones, que a un elevado mérito artístico unen una indiscutible originalidad y una emoción bien nuestra.

Sin embargo, es necesario reconocer que la mayoría de nuestras obras tienen un defecto, la carencia de variedad, debido esto a la constante repetición de temas—los pocos que se conocen—los que ya han dado lo que podían dar; estando, pues, amenazado el desarrollo de nuestra música, si no se le proporcionan nuevos cantos originales, por lo que prosaicamente puede llamarse materia prima.

El estudio del folk lore conjuraría este peligro y daría nuevos impulsos al arte nacional, pues tenemos el convencimiento que ante la belleza, originalidad y variedad de aquél, la mayoría de los que hoy dudan de la posibilidad de un arte genuino, se convencerían de su craso error y engrosarían las filas de los compositores nacionalistas. Además, la difusión y divulgación de esos estudios, las piezas menores y fáciles que de ellos surgieran, prepararían en el público un ambiente propicio, sin el cual, como dice Wagner, no hay obra de arte posible. La opinión del gran genio alemán, no puede ser discutida, después que luchó toda su vida, en su patria, en favor de un arte nacional y humano, de un arte para todos, igual al que anhelamos para nuestro país, que imperiosamente lo reclama como constructor de su unidad espiritual, único signo

éste, que evidencia una nacionalidad y una civilización digna de todo hombre.

«El artista, dice el autor de «Parsifal», no es un bólido caído del cielo, pero sí el producto de su época... La obra artística sólo puede ser concebida como expresión de una necesidad común entre el creador y el pueblo, de cuya necesidad común resultará para ella una común simpatía. Cuando una u otra de esas condiciones no existe, aquélla es innecesaria y es un producto accidental.»

Muchos dirán, al parecer con razón, que esa «necesidad común» no existe en el país. Nada más falso, sin embargo; cierto es que ella flota en el ambiente en estado embrionario, que el anhelo popular es aún inconsciente, que no ha llegado a concretarse, pero su existencia se revela por el agrado con que se oyen melodías nacionales y sobre todo por el éxito, inexplicable para muchos, de ciertas obras dramáticas de nuestro teatro, que manifiestamente inferiores a otras, consiguen, a pesar de ello, permanecer largos meses en el cartel. Los descontentos achacan ese favor público a la incultura reinante, sin advertir que las obras que tanto agradan, son las que con sinceridad y realismo, descubren alguna modalidad del ambiente no tratada hasta entonces y que las que fracasan, no obstante sus valores escénicos y psicológicos, son las que inspiradas en casos pasionales o sociales europeos, pretenden aplicar y resolver en América problemas que solamente existen en la imaginación de los autores, obsesionados por los dramaturgos del viejo continente.

Dos objeciones más suelen hacerse a la utilidad del folk lore para nuestro arte. Estas son: que siendo el pueblo argentino, en su mayoría, de origen europeo, debe desecharse todo lo que sea indígena, a causa de su inadaptabilidad a nuestra civilización, y que las manifestaciones de razas primitivas no pueden emocionar a seres espiritualmente superiores.

En el campo material estamos de acuerdo, por más que preferimos los cántaros usados por las mujeres calchaquíes a las latas de kerosene que los han reemplazado... pero en arte disentimos en absoluto, porque, como está probado que el clima y la topografía del suelo habitado por una raza, son dos factores importantes en la formación de su espíritu, es indudable que una leyenda o un canto, emanaciones directas de un estado de ánimo influenciado por la luz y el panorama, emocionarán con mayor fuerza, independientemente del grado de cultura y de cuestiones étnicas,

a un morador de la región donde surgieron aquéllas, que a un forastero.

En cuanto a la «aristocracia» o «civilización» en arte, nos parecen pretensiones ridículas, fruto de la insensibilidad, desde que el arte — considerado en su esencia íntima, la emoción — es dolor, y éste es tan noble y seguramente más sincero, más original y más espontáneo en un ser primitivo que en un super-civilizado, que mide sus sensaciones, las pule, las analiza, les quita todo sello individual, sacrificando todo en aras de la elegancia, la esquisitez, la moda, y demás parásitos, que en el exceso de cultura, desnaturalizan las manifestaciones emotivas de la humanidad. Tanto es así, que la influencia del arte popular sobre el mal llamado de «élite» ha sido enorme en todos los tiempos; ya al dar nueva vida a las fórmulas académicas, con su sincera pasión; ya inspirando formas nuevas calcadas sobre las suyas; ya siendo la base de escuelas, que surgieron merced a la originalidad, como aconteció en Noruega, Rusia, Bohemia, España y está aconteciendo en nuestro país.

Hemos enumerado las ventajas que reportará a la patria y al continente, un prolijo estudio del folk lore y tratado de contestar a las objeciones que pueden hacerse a ese proyecto.

Es con el convencimiento que sin él no habrá arte nacional, que hemos escrito este artículo, pues es innegable que las tres corrientes musicales que imperan hoy en el ambiente, la italiana, la francesa y la alemana, carecen de punto de unión, separadas como están por cuestiones de temperamento, de tradición y de herencia atávica en sus admiradores, y que seguirán viviendo en constante antagonismo, desorientando al público, oponiéndose a la creación de un arte propio, desde que los compositores argentinos tendrán que plegarse a una de ellas, con desmedro de su originalidad, mientras no exista una tendencia suficientemente fuerte para absorberlas, apropiarse de sus cualidades, desechar sus defectos y dar así nacimiento a un arte más perfecto y más nuestro. Esta tendencia, que no puede venir de afuera, es, a nuestro juicio, la que surgirá del folk lore, cosa que aconteció en Rusia.

Las condiciones actuales de ambiente en nuestro país tienen muchas semejanzas con las que imperaban en aquél setenta años ha; pues si bien existía una unidad étnica de que carecemos — unidad étnica hasta cierto punto discutible, en lo que a las clases elevadas se refiere, pues el elemento germano ha sido y es aún

preponderante en la corte de los zares —, en cambio, el público estaba embanderado en una de las tres escuelas, tenía escasa fé en el arte nacional, hasta el día en que Glincka y luego el grupo de los «cinco», le probaran su belleza y originalidad. Debemos agregar, en favor de nuestra tesis, que ese arte ruso es menos eslavo que oriental, — mogol, persa, turcomano — no obstante lo cual ha podido popularizarse en una raza étnicamente tan alejada de la semítica y amarilla, como la nuestra de la indígena.

Sólo el gobierno nacional puede realizar este proyecto. El asunto ya fué tratado, años ha, por el Consejo Nacional de Educación, que pensó enviar al interior del país a varios miembros de la Inspección de Música para que recogieran cantos populares; desgraciadamente, la idea no prosperó.

En ocasión de los festejos del Centenario, el ministerio de Instrucción Pública hubiera podido ocuparse de este estudio, en la seguridad de ser más útil para la patria y más grato a los manes de nuestros próceres, que los fuegos artificiales, los faroles chinoscos, que se brindaron durante la semana de Julio al pueblo de la República.

No hay duda de que quien haga suya esta idea, no atraerá la atención de sus contemporáneos, poco sensibles a la música popular, ni merecerá el elogio y el aplauso del pueblo, pero como hay obras, al parecer modestas, que tienen mayor trascendencia futura que otras más deslumbrantes y efectivas, es una honra emprenderlas confiando únicamente en el porvenir. Hacemos votos para que en nuestra época haya quien sea capaz de iniciarla.

GASTON O. TALAMON.

POETAS GIBELINOS (1)

Carducci.

— Duro es dejar, marqués, cuando ya el arco
de la vida doblégase y la mente
sobre las blancas urnas se recoge
de nuestros padres en los viejos templos,
oh muy duro, marqués de Malaspina,
dejar la patria entonces! A quien ríele
dentro del pecho y en los fuertes miembros
la juventud, una aventura, un juego
de la vida que se abre a nuevos casos,
párecle el cambiar por el destierro
la mansión de sus padres. Mas yo nunca
volveré a contemplar desde Apparita
mi ciudad floreciente. ¡Ay! y largos
corren dos lustros ya que espero y lloro.
¡Oh, cuán serena entre las negras torres

(1) Este admirable poema, el n.º XIV del libro *Levia Gravia*, se titula en italiano *Poeti di parte bianca*, y lleva la siguiente nota de Carducci: «Esto es como un idilio histórico crítico en el cual se quiso representar ciertas maneras y tendencias de la poesía italiana a fines del siglo XIII. Escena: Mulazzo de Lunigiana, castillo de Franceschino Malaspina, huésped de Dante y de los poetas toscanos de facción blanca. Tiempo: poco después de la muerte de Enrique VII. De los dos poetas, uno es Sennuccio del Bene, desterrado florentino que escribió una canción en ocasión de la muerte del emperador, precisamente dirigida a Malaspina, y quien de veras pasó a Provenza, donde murió anciano y amigo del Petrarca; el otro es un imaginario caballero gibelino de las familias feudales. ¿Quién sabe si en la balada puesta en boca de Sennuccio y en los versos que siguen a ésta, no tiene alguna participación la teoría de Rossetti, para quien la *mujer* de los poetas del siglo XIII y XIV es la idea imperial y también el mismo emperador?»

se eleva y cuanto ya del aire toma
Santa María del Fiore! La miraba
desde los montes jubilosos donde
dejé mi corazón, y toda entera
a mis ojos el alma se asomaba,
cuando sitió a Florencia con la hueste
el magno emperador. Yo lo seguía
y encontré mi ciudad abandonada
por Carlos de Valois; y los usados
sitios no conocí, ni conocióme
a mí la nueva gente. Ahora el justo,
el magnánimo Arrigo ha muerto; y yace
muerta con él toda esperanza nuestra. —

Así hablaba Sennuccio, un emigrado
de Florencia, poeta, mientras fosco
batía el turbión la roca de Mulazzo,
y la tristeza del muriente otoño
húmeda y gris llenaba los salones
del caballero Malaspina. Aguda
a los truenos ladraba una lebrera
estirando el hocico, con los ojos
centelleantes y enhiestas las orejas,
sin apartarse de la verde saya
de la noble marquesa. A los dos lados
de la dama, sentadas, se veían
otras señoras y doncellas, flores
de femenil beldad, altivas flores
de guerreras prosapias gibelinas.
Ardía no lejos el hogar, llameando
entre ramas y troncos olorosos,
y de pie, descollando por encima
de los demás barones, tú, el amigo
de vates y proscriptos, toda entera
erguías la cabeza, oh Malaspina!
Posaba del marqués sobre una mano
un bello halcón ya manso, y cuando vario
con el viento saltando se estrellaba
el granizo en los vidrios y un relámpago
hacía blanquear las armas fulgurantes

colgadas de los muros, sacudía
las alas, alargando
el serpentino cuello, y daba gritos
roncos de gozo: ardía en sus rapaces
pupilas el amor de las abruptas
cimas natías, libres: en deseos
ardía, noble pájaro,
de volar entre nubes y relámpagos.
Y un paje contemplábalo, sentado
a los pies del señor: también huía
en las alas del viento su deseo
trasponiendo los montes y las selvas
que azotaba el turbión, y entre el confuso
y hondo fragor de las lejanas aguas,
el estruendo del río distinguía
en cuyas ondas la cabaña pobre
de su madre vasalla se retrata.

Pero no al paje, ni al halcón, juguete
de sus ocios, volvía la mirada
el marqués Malaspina, tan suspenso
se hallaba de la suave
palabra de Sennuccio, en quien veía
de un su amigo muy grande la semblanza,
de Gualfredo Ubaldini. Y luego, cuando
aquel calló, dijo el marqués:— ¡Oh, cómo
semeja que hasta el cielo se entristece
y llora de Toscana en los umbrales
cuando se aleja algún poeta! ¡Oh, ciega
y desierta Florencia!, ¿qué te queda
si ya no albergas más que mercaderes
y frailes? Los caminos
del destierro florecen de laureles
al pasar los poetas fugitivos,
y protección y ayuda les prodiga
cada ciudad, cada castillo. Oh, cuando
a la dulce Provenza hayáis llegado
y os compense de vuestros sinsabores
señorial cortesía y la belleza
de gentiles mujeres,

no maldigáis, por Dios, de aquesta Italia,
 viuda doliente, cada vez más magra
 de buenos y de bien. Mas si el castillo
 de Mulazzo no os fué desagradable,
 ni el castellano, si de amor la gracia
 vence la angustia de la dura vía,
 ¿no nos consolaréis, Sennuccio, ahora
 con un canto amoroso? Y aun callado
 seguía el marqués pidiendo: un murmullo
 de aprobación, de ruegos y de espera
 alzóse en torno. Se inclinó el poeta,
 y — Tristes — dijo — serán las rimas, como
 el tiempo las requiere y nuestra suerte. —
 Dijo: y entonaba conmovido el canto.

Considero imposible — o poco menos — trasladar al castellano esta balada escrita toda ella con las imágenes y alegorías del «dolce stil nuovo», tan distante ya de nuestra lengua poética. Me limitaré por eso, a referir su argumento, siguiéndolo en los pensamientos esenciales. Para su total comprensión conviene recordar lo que Carducci insinúa en la nota antes transcripta: que aquí la mujer es la alegoría de la idea imperial y del mismo emperador.

Dice el poeta que Amor le obliga a cantar y a lamentarse en esta balada; refiere cómo descendió una angélica criatura del tercer cielo, la cual doquiera se hallase y mirase, allí hacía florecer el amor, la primavera, la virtud, la dulzura de la vida; cómo, por ser celestiales su voz y su figura, recordaban la dulcedumbre del cielo y a él hacían aspirar.

Implórala el poeta suspirando: — Tarda en volver a la esfera en que naciste, permítete adorarte, oh criatura elegida! —

¡Ay! el ángel cuya vista consuela al poeta, poco se complace con el amor mortal; y, doliente de su destierro, sólo ansía volver a la celestial morada. Y así partióse pronto, y con él, de nuestro mundo, Amor y la poesía.

Desde entonces, concluye, en vano voy tras la Alegría; la hermosa mujer que me fué arrebatada, vuelve de continuo a mi mente y sólo vivo en el dolor; llamo su nombre, y me responde

el corazón:— ¡Infeliz ¿qué buscas? ella es perfecta en otra morada.

Así cantó Sennuccio; y grande pena
de las gentiles damas y doncellas
los pechos oprimió; y por las frentes
bronceas de los guerreros una sombra
dolorosa vagaba, como si algo
grande y fatal en ese instante todas
las mentes preocupara;
y poco a poco se encendió la plática
sobre la oscura hora final del magno
Arrigo. — Al muerto emperador concédale
paz el Señor: gloria en sus altos cantos,
emperador de las toscanas rimas,
Dante Alighieri le dará: nosotros
la venganza. Flaméa todavía
en las torres pisanas a los vientos
el sacro signo, y Ugucione reúne
a su sombra la flor de los valientes.
Lombardía ruge; y un nuevo caballero
que desprecia el descanso y los peligros,
alza el escudo de los dos mastines
y del águila invicta. Con la ayuda
de Dios, Sennuccio, pronto volveremos
a verles las espaldas a los güelfos;
y veremos los rostros de las bellas
que el largo adiós llorando nos dijeron.
En los dulces castillos
del selvoso Mugel una me espera;
y de recuerdos vivo y de esperanzas.
Vengan alegres rimas. Trae, muchacho,
la vibrante mandora; si por Cino
y por Dante fué usada, ella y la bella
marquesa Malaspina el canto acojan. —
Dijo Gualfredo. Sus azules ojos
brillaban como el pomo de la espada;
y por la verde capa, descendiendo
debajo de la gorra blanca y roja,
caíale la rubia

juvenil cabellera, como nube
 áurea que espía tus ocultos valles
 desde el occiduo sol, yermo Apenino.

Sonrió la dama afablemente dando
 su asentimiento; y trajo listo el paje
 la pintada mandora. Por las cuatro
 filas corrían del trovador los dedos
 lentos, despacio, suaves; y de pronto
 rápidos flagelando resonaron.
 Como lluvia de abril en la campaña,
 que humedece las flores y en las frondas
 crepita: ríe el sol entre las nubes
 y en las péndulas gotas se refracta;
 echa la tierra olor; las alas moja
 el gorrioncillo, y alza el vuelo y trina:
 tal de Gualfredo el son era y el canto.
 ¿Quién de nuevo podría modularlo
 si al desbordante corazón la lengua
 infiel ya no responde?

Como ya hice con la balada anterior,
 sólo referiré de ésta el argumento, si-
 guiéndolo en lo esencial de su des-
 arrollo.

*Canta el poeta a su amada, de cuya risa irradia luz de amor.
 Dice cómo su alma yacía cansada en el umbral de la vida nue-
 va, y, abandonada de su antigua virtud, habíase extraviado, y
 huía de ella el caro tiempo juvenil, y todo en torno parecía
 mudo, cuando vino a confortarlo una celestial visión: una niña
 de belleza gentil; serena, sonriente y armoniosa.*

*La negra luz de sus ojos honestos y la dulzura de su mirada
 amorosa despertaron sus espíritus dormidos, y éstos gritáronle
 al corazón deshecho; el cual irguióse y dijo: — El alma que fa-
 llece, pongo en tus manos, criatura piadosa. —*

*Ella, al escuchar tales acentos dolientes, volvió sobre él la
 piedad de sus ojos, devolviéndole inteligencia de amor, y fe: ya
 un nuevo anhelo se asienta en su corazón, y pronto él deja de
 ser lo que fuera, pues que ve el glorioso triunfo del Amor, y en
 torno suyo, júbilo y luz, y claridad, y paz.*

Desde entonces una suave melodía suena en sus oídos, y siempre habla a su fantasía aquella bella criatura. Todo le habla de amor: el cielo abierto, el bosque oscuro, la verde campiña deleitosa, los silencios de la blanca luna; todo despierta en su corazón una alta voluptuosidad.

Así rompióse el hielo que aprisionaba su corazón: desde entonces se exalta por amarla; desde entonces se afana por la virtud y la gloria. Otra cosa no pide su espíritu, sino que dure el vital engaño.

Y concluye: — Vóyme lejos. Mas no me harán olvidar el bello rostro humano y mi amor solitario, y la tierra donde se abre la blanca flor y reina la virtud y la cortesía, ni extraños países, ni encantadoras damas, ni gentiles señores. ¡Oh, que la vea de nuevo! Que la risa anhelada arroje todo negro pensamiento de mi corazón; que cuando el mundo y el destino me sean adversos, me estreche ella entre sus brazos. Ccñido por lazos tan suaves, apartaré confiado toda mala fortuna.

Así cantó Gualfredo: y de los rojos
labios de las doncellas a él volaron
los deseos y besos, cual de flores
bellas, llenas de miel, roncadas abejas.

B. CONTRERAS.

EL "CUERPO" DE PLATEROS EN EL RIO DE LA PLATA

(1769-1809)

(Una comprobación histórica)

Se dijo tiempo hace, con razón, que la historia microscópica tiene un interés limitado; pero tampoco se debe, por esto, olvidar que la noción más precisa de hechos pequeños, aclara mejor algunas modalidades, revela puntos de vista y ofrece conclusiones generales de importancia capital.

Nadie podrá afirmar que no importa saber si hubo o no organización gremial, pues se trata de una cuestión de nuestra vida económica no despreciable.

Nunca se ha sostenido francamente la existencia de los gremios, y por ende, tampoco se los ha descrito con minuciosidad.

En una de mis últimas búsquedas como encargado de investigaciones históricas de la Facultad de Filosofía y Letras, dí con un expediente ⁽¹⁾ que no trepido en divulgarlo, por cuanto lo considero un aporte para aquellos que están empeñados en este género de estudios, aporte que puede serles útil. Pero dejemos los rodeos y entremos al asunto.

En el mes de noviembre de 1795, once «maestros plateros» se presentan reclamando de la contribución que, forzosamente se les impuso, de 6 pesos 2 reales para subvenir a la fiesta de su patrono San Eloy, fiesta que celebraron el 22 de noviembre; todo por una resolución «que ganó Juan Antonio Callexas y Sandoval, y que tiene los vicios de obrrepción y subrrrepción». Al mismo tiempo recusan al asesor del virrey, recusación que es el comienzo de una serie de tortuosidades de procedimientos, que es un ejemplo preciso de las costumbres de la época.

(1) Archivo General de la Nación, legajo *Hacienda*, N.º 73, expediente 1927. Copiado en la sección de historia de la F. de F. y Letras de la Universidad de Buenos Aires.

El virrey, dispone informe el alcalde de 1.^{er} voto, quien obedece diciendo que ha comisionado la cobranza al alguacil mayor, autorizado por una orden del virrey Arredondo de 22 de agosto de 1792, dictada en vista de lo expuesto por el apoderado del gremio de plateros para la percepción de «un real por cada semana», y en la que se faculta el uso de la justicia para apremiar a los que se resistiesen, con la misma pena aplicada a los que «tenían tienda sin ser maestros examinados ni provados». En ese mismo auto, disponía que «para que [tuviera] efecto la formación de una ordenanza completa que comprenda todos los puntos de buen gobierno y buena economía que el Gremio desea tanto tiempo hace ver arreglados, [encargaba] esta operación al Dr. Don Vicente García Grande y Cárdenas, a quien para que pueda evacuar con plena instrucción de todos los antecedentes se [pasarían]..... todos los expedientes que se [hallasen] formados». Primera prueba documental que aun no existía gremio formalizado de plateros. Pero sigamos la secuela del juicio.

Don Jorge Troncoso, como apoderado general del *cuerpo* — nótese bien — de plateros, se presenta por vez primera diciendo saber que hay algunos de este oficio «seducidos por el portugués ⁽¹⁾ Cayetano Cardoso», que quieren estorbar la cobranza de la contribución de los 6 pesos 2 reales, cuando el alcalde de 2.^o voto es el juez, en estas cuestiones, y es a él a quien corresponde se le de vista, principalmente si se tiene en cuenta que «los plateros de la oposición» reclaman contra algo que tiene autoridad de cosa juzgada, lo que hace que no deba suspenderse la recaudación. El 7 de diciembre de 1795, el virrey resuelve darle vista del expediente y el 22 se presentan de nuevo «los plateros de la oposición» insistiendo en la recusación del asesor, que se excusa en 17 de febrero de 1796; el 29 se le hace lugar por el virrey, nombrándose el 3 de marzo al Dr. Josef Pacheco, en su reemplazo, quien en 14 de abril pide el expediente principal, acordándosele el virrey por resolución de 28. Es decir, cinco meses transcurridos antes de trabarse propiamente el pleito.

El nuevo asesor, después de pedir el pago de honorarios, en 22 de octubre de 1795, se expide aconsejando se confiera traslado a los plateros actores para que lo evacúen y así se resuelve.

Estos, representados por Cardoso, exponen que hace cinco años

(1) Deteniéndonos un instante sobre los apellidos de los firmantes de la «oposición», se nota algo así como un recuerdo de nombres lusitanos.

han iniciado expediente contra el finado Antonio Callexas y Sandoval, que no presentó poder, lo mismo que su sucesor Jorge Troncoso, y que nunca se les dió traslado de las actuaciones (1). Como la parte demandada, agrega, ha acumulado falsedades alegando lo del «figurado gremio de Plateros», piden que la «Junta de la Hermandad de San Eloy — exhiba — el papel original en donde está sentado el acuerdo o Cabildo celebrado en seis de Agosto de el año de mil setecientos sesenta y nueve en que se resolvió la traslación de la fiesta de S.^a Eloy, y la limosna que habían de dar los artistas Plateros para costear su función. . . » Además, reclaman se adjunte la resolución del virrey Loreto «permitiendo las funciones de la Hermandad de S.^a Eloy, sin embargo de no estar fundada ni aprobada conforme a lo dispuesto por las Leyes de Indias, y posteriores Reales ordenes de Su Mag.^d». El virrey accede a este petitorio, y los plateros demandados lo cumplen, incorporando los antecedentes de hecho, importantes para el asunto. En primer término, se halla testimonio de 7 de enero de 1797 del escrito al virrey, de 25 de enero de 1786, de Callexa y Sandoval, «tesorero de la Congregación del gremio de Plateros para los cultos que anualmente rinden al Glorioso Obispo señor San Eloy en el Convento de Madres Catalinas», en el cual se hace historia de esta «Congregación», afirmando que su erección data de 1743, «a fin de tener por Tutelar y Patrono un Santo que quando estuvo en esta vida mortal exerció la misma arte», y a quien el 1.^{er} domingo de diciembre se le dedicara una misa cantada y sermón; y que para allegar fondos se recogieron limosnas los sábados, habiéndosele erigido «altar con su Retablo dorado», todo sin molestar al pueblo, además de existir ya «un Santo de bulto con su mitra y Baculo de plata». En la administración de los fondos, añade, había intervenido el gobernador a fin de evitar gastos superfluos; y que en mérito de ello solicita licencia para «recoger las limosnas», teniendo el mayordomo obligación de dar cuenta de las cantidades reunidas. El virrey dió vista del pedido al oidor que hacia el fiscal, Marqués de la Plata, quien se expidió diciendo que no era «verdadera y formal cofradía o congregación», es decir, de las que necesitaba real permiso, *sino una devoción*, cuya limosna la han convenido voluntariamente, razon por la cual puede auto-

(1) Debe existir un expediente anterior, que es el antecedente inmediato del que nos ocupa.

rízarsele a que la pidan. El virrey, en 23 de mayo de 1786, concede la licencia. A este antecedente se agrega testimoniado otro más importante y que es el punto de partida de esta cuestión, o sea el cabildo de plateros de 6 de agosto de 1769, que tuvo lugar en casa de Sebastian de Alzaga. En este cabildo ⁽¹⁾, se reunieron 16 plateros (según reza el número de firmas), para tratar el traslado de la fiesta del santo patrono; pero como la discusión, al parecer, se hiciera en un tono muy airado, se resolvió votar secretamente, y 13 sobre 16, sufragaron por el traspaso al último domingo de noviembre, fijándose la suma de 6 pesos 2 reales por cada año, como limosna para la fiesta, autorizando a los mayordomos para cobrarla y obligándose todos a oblarla forzosamente. Este acuerdo se halla en dos ejemplares: uno original y otro en copia, aunque Jorge Troncoso pidió se le devolviera uno de los agregados.

Los «Maestros Plateros del partido de la oposición», parte actora, representados como dije por Cayetano Cardoso, a fin de invalidar el cabildo de 1769, piden se citen a algunos firmantes del mismo para que «reconozcan bajo juramento la copia simple del acuerdo», declarando, además, si se celebró con su noticia, si lo firmaron y si fueron alguna vez a la casa de Sebastián de Alzaga ⁽²⁾.

Previo dictamen de conformidad del asesor, se toma la información, presentándose el 26 de mayo de 1794 ⁽³⁾ Juan Pereyra de Silva (portugués por su apellido), quien declara que la junta se celebró sin su noticia, que no concurrió a ella, ni recuerda haber firmado semejante cosa, y que sí, tiene memoria, haber suscrito un documento a Sandoval «sobre la forma en que se habían de tomar los aprendices en el arte de platería»; que se dieran limosnas voluntarias y no forzosas en vista de la pobreza de la fiesta; y que en aquella época había unas 16 tiendas de platería, mientras que ahora habrá unas 30. El 2 de marzo, comparece el testigo Fran-

(1) La expresión «cabildo» está usado en el sentido de «junta de hermanos de ciertas cofradías, aunque sean legos».

(2) Varias pruebas documentales que tengo, sobre asambleas de esta naturaleza, en otras agrupaciones, demuestran que muchas veces se hizo firmar a personas que no hicieron acto de presencia. Se cometieron, con ello, muchos abusos que revelan un precedente sintomático de la verdad de las juntas deliberantes.

(3) Queda demostrado que estaba preparada la prueba antes de la iniciación de este juicio.

cisco Josef Pereyra (de apellido portugués), quien dijo recordaba haber concurrido a casa de Sebastián de Alzaga con los otros plateros, pero que la limosna fué en el carácter de voluntaria y no forzosa. El 9 de mayo, el testigo Manuel Ignacio Ferreyra, manifiesta que no conoció a Sebastián de Alzaga, ni estuvo en la casa de éste para junta de plateros, aunque fueron varios a la propia para hácerle firmar un documento, sin leerlo, a fin de dar una limosna voluntaria y no forzosa, destinada a la función de San Eloy. El 24 de mayo el testigo Alonso Benitez manifestó que nunca concurrió a junta o acuerdo de artesanos plateros, ni conoció a Alzaga, y solo puede agregar que otro platero vecino le habló de la fiesta de San Eloy y de la limosna voluntaria y no forzosa, firmando involuntariamente el documento, sin leerlo; por otra parte, «nunca tuvo voluntad de asociarse en juntas congente desigual a su calidad como lo son muchos de los que exersen el Arte de la platería, en esta ciudad de calidad ordinaria como negros y mulatos». Por fin el 11 de junio, el testigo Juan de Cervera, declara que nunca fué artista platero y que 30 años hace, habiendo venido a Buenos Aires para ganarse la vida, «abrió obrador con oficiales», pero que lo cerró inmediatamente en vista de las exigencias del gobierno; y que no concurrió a la junta de 1769, ni firmó documento alguno.

Hasta aquí la información, agregada al expediente como prueba. Sigue un largo escrito de Acuña, en el que hace relación de los hechos demostrativos de como se quiso obligar a los plateros a pagar los 6 pesos 2 reales bajo pena de cerrarles la tienda, sin que nunca se escucharan las reclamaciones, pues todos los decretos habíanse limitado a «pedir informes a la titulada Junta de Plateros». Pero los vocales de la de 1769 — añade — «no hablan una sola palabra de Gremio de Plateros», ni concurrió a ella un ministro Real, quien, segun las leyes debe presidir toda junta que celebren hermandades, cofradías y congregaciones. Sin embargo, «es constante y cierto que esta constitución de San Eloy, no tiene ahora constituciones formadas con intervenc.^{on} del Prelado Eclesi.^{co} y aprobadas por el Soberano»; y como la «ley prohíbe las Juntas de Congregaciones y Hermandades aun p.^a fines espirituales cuos Estatutos y Constituciones no [tengan] la R.¹ aprobación», el que se presenta, Jorge Troncoso, no puede ser sino un supuesto apoderado de artífices plateros. Fundamenta aun más su opinión la del fiscal, en un expediente anterior al sostener que

«no [es] una verdadera cofradía o congregación la de los Plateros, sino una mera devoción para hacer la festividad de S.^o Eloy». En el análisis de la información precedente llega, fundado en la prueba, a las siguientes conclusiones: 1.^a que muchos firmantes no concurrieron a la casa de Alzaga, aunque se los haga figurar; 2.^a que no habían firmado ese compromiso y 3.^a que fué una contribución voluntaria y no forzosa. Levanta el cargo de alborotador y demuestra la confusión que se incurre en este asunto «porque si se trata de una cosa espiritual que es la festivi.^d del santo y de facilitar los medios suabes y regulares p.^a ella, no tiene relación y conexion con esto el arreglo de Platerias; ni nada concerniente al gremio, pues esto es distinto de la particular devocion que profesamos a dho. Santo».

Los hechos demuestran que no todos los plateros, desde 1786 ⁽¹⁾ a 1791, han dado limosna, sino los que quisieran. Y en cuanto a los fondos allegados para la festividad no se los ha podido destinar a difuntos plateros, viudas, aprendices, etc.; ahora, «si algun dia llega el caso de establecerse Gremio de Plateros en esta Capital, con reglamentos aprobados, entonces el fondo que tenga se aplicará a objetos piadosos. . . pero mientras no hay este Gremio no debe sonar semejante nombre, ni tomar su voz p.^a defraudar a la fiesta de S.^o Eloy el dinero que ha dado y da voluntariam.^{1o} con este solo fin la devocion de los Artifices Plateros, que si hasta aqui han reunido sus votos para solemnizar el culto de el Sto. no tiene propiamente el nombre de cofradia, Hermandad, u congregación, por que carece de constituciones aprovadas por el Rey, y para lo mismo no son obligatorios sus acuerdos y estatutos, antes lejos de esto las L. L. expresamente prohiven su uso, practica, y observancia.»

Al argumento que los plateros actores no tienen facultad para intervenir, contrariando reglamentos, constituciones, etc., por ser práctica que los represente el síndico procurador, lo refuta, diciendo que «Los cavildos de las Ciudades etc.; La universidad de Mercaderes y otros Cuerpos son establecidos por legitima autoridad y para lo mismo facultados para acordar y establecer las materias convenientes a todos los individuos, que representan, sin que cada uno del Pueblo, o comunidad puede mezclarse en sus funciones, por el contrario los Artistas Plateros de

(1) O sea la fecha de la resolución del virrey, ya citada.

esta Ciudad no tienen Gremio, y su devocion a San Eloy, no está vinculada en algun Cuerpo legitimamente congregado con nombre de Hermandad, cofradia, o congregacion y por lo mismo sus Juntas son sin autoridad, trasgresoras de la Ley, que prohíbe su uso, y ejercicio, hasta que no tengan sus constituciones formadas, y la soberana aprobacion de el Rey.»

Por último, que los demandados nunca han defendido lo que pretenden salvar, ni el tesorero ha rendido cuentas, lo que, por este motivo, «los plateros de la oposición» vienen a salvaguardar los intereses abandonados por la junta; y como jamás se les dió traslado de algo, vienen a alegar nulidad de todo lo actuado.

A continuacion de este escrito decisivo para nuestra comprobacion, se agregan un auto del Cabildo y un poder. Por el primero, se dispone que con motivo de los festejos por la exaltacion de Carlos IV al trono, en los días 12 a 16 de noviembre de 1790, se cite a la diputacion del gremio de plateros, agregándoseles los de relojeria; y por el segundo, se encarga, en 13 de septiembre de 1787, a Callexa y Sandobal, gestione ante el gobernador intendente y R.¹ Audiencia que no se reciba de «oy en adelante aprendices de Plateria, sino con el término de cinco años de aprendices y dos de oficiales, y que para abrir Tienda de Plateria haya de presentar el que lo pretendiere certificacion del maestro con quien hubiese aprendido y practicado los dichos siete años, y ademas de esto se ha de sugetar al examen de los que en la Junta se nombra para el efecto con una aprobacion se ha de presentar a la Junta para que se le tenga en el Gremio de los maestros y pueda habrir tienda publica y que qualesquiera que imbiertiendo este orden abriese tienda podamos por medio de nuestros diputados querrellarnos ante los Señores Alcaldes ordinarios y compe-lerlos a que la cierren con todo lo demas que combeniere a nuestro derecho representar, y difirimos en el cuerdo, y juicioso arbitrio de nuestro apoderado cuyos costos y gastos nos ofrecemos satisfacerlos a prorrata siempre que se nos instruya quenta jurada por ceder todo en nuestro beneficio».

Contesta Jorge Troncoso, apoderado general del *cuerpo de Plateros*, oponiéndose a la solicitud de los actores, por cuanto quieren subvertir el arte de la plateria, y las reglas que «se habían establecido [por] esta superioridad con las savias, y justificadisimas Providencias expedidas para el arreglo, y que habian evitado al Publico el grave perjuicio que recibia en la franquesa, con que cada

Platero mezclaba a su arvitrio los preciosos metales con los menos estimables, en aumento de sus sordidas utilidades».

Al considerar la afirmación que no hay Gremio, cofradía o hermandad, es decir «el falso supuesto de que en esta capital estubiere fundado un Gremio de Plateros», manifiesta que «es cierto que hasta ahora no esta fundada cofradia o hermandad de Santo Patrono de los Plateros, pero tambien lo es como se reconoce en todos los Expedientes actuados a solicitud de Dn. Juan Antonio Callejas, y a la mia, que nunca se ha dho. por el o por mi, que se haia fundado cofradia, ni puede esto inferirse de algunos de los muchos Escritos presentados por unos, y otro Apoderado del Cuerpo, ni en las juntas particulares que han tenido antes de tratarse del arreglo de las tiendas publicas, y labores de Plata, y Oro, se ha tratado asunto alguno espiritual ni temporal que tenga coneccion con cofradia, siendo el unico objeto de nuestras juntas anteriores elegir entre nosotros la persona que habia de encargarse de recoger el real por semana de cada maestro Platero, y de correr con la fiesta que el año siguiente debia hacer al Santo Patron Señor Eloy, y despues de formalisado el arreglo de la Plateria por las Superiores Providencias de este Gobierno ya las juntas se celebraron con expresa licencia de esta Superioridad, y con asistencia de un Juez Pe. que era el Alcalde de segundo voto, y en ellas no se trataba de otra cosa que el elegir del mismo modo, y para el mismo efecto la persona combeniente, tocandose algunos puntos de economia del cuerpo y nunca de materia espiritual.»

Mas para realizar lo que ellos pretenden no hacía falta autorización, esquivando de esta manera la tarea de refutar los hechos, conformándose, sin embargo, en que «es cierto que no hay fundado Gremio de Plateros en esta Capital aun que el Expediente sobre su fundacion esta actualmente corriendo los precisos tramites de sustanciación en fuersa de la Rl. Cedula que su Magestad se sirvió expedir, que se halla original en el. Pero pregunto yo a Cardoso, si porque no hay hasta ahora Gremio de Plateros fundado, falta el Cuerpo que componen todos los maestros de este arte, que tienen Tiendas publicas en esta Capital, y en otro lugar en la Provincia? ¿Si porque falte Gremio formalmente establecido puede cada Platero vivir a su arvitrio, mesclar y trabajar, como quiera los metales, y las obras de que ellos se construyen, y ultimamente si la falta del establecimiento, de Gremio, quita la au-

toridad Superior de V. E. para expedir las justas Providencias, que sean de su arvitrio dirigidas al arreglo, y mandar lo que guste conducente, a este fin en todos los puntos, y articulos, que a el consiernan?»

La cobranza de la exacción, por otra parte, está fundada en el decreto de 23 de agosto de 1792 y en tres autos confirmatorios emanados del virrey. Rechaza el cargo de usar la palabra *gremio en vez de cuerpo* «por ser un accidente, que nada influye en la substancia de las solicitudes, . . . p.^a el arreglo de la Platería», sobre todo si se considera que el cabildo adoptó también esta expresión cuando los festejos para Carlos IV. El virrey y otros funcionarios también la emplearon en muchos decretos, en sentido especial, en vez de cuerpo que es la que corresponde.

Ataca la prueba de la información y defiende el acuerdo del cobro forzoso de la contribución, de 1769, así como la validez de la junta, porque recoger las firmas en los domicilios de las personas que asistieron a ella no invalida el acto. La no rendición de cuentas no significa que se hayan substraído fondos, pues se sabe que hay un deficit debido a los festejos reales. Termina este escrito con la recusación del asesor Dr. Josef Gomez Pacheco, a la que se hace lugar el 27 de mayo de 1797, nombrando el virrey, en su reemplazo, al Dr. Julian de Leyba, quien aceptó el 31 del mismo mes. Y aquí se precipita el desenlace.

El dictamen del asesor Leyba, de 23 de diciembre de 1797, fundado en los hechos, sostiene que aun dando por admitido que el acuerdo de 1769, fuese un estatuto u ordenanza perpetuo por el que se quiso obligar al cuerpo de plateros en obsequio del santo Patrono, basta ver la ley final del tit.^o 4.^o, libro 1.^o de la Recopilación de Indias «para convencer la ilegalidad de este acuerdo y el ningun efecto que puede producir en juicio».

El asesor se refiere a la licencia que debe proceder del soberano para fundar cofradías, juntas, colegios o cabildos y a los estatutos que deben redactarse y presentarse al Real Consejo de las Indias para que se vean y provean. Por consiguiente, la declaración del cuerpo de plateros, de no existir la licencia previa, es suficiente para sostener que las resoluciones no pueden obligar a sus individuos. No hay que confundir un particular con un gremio, porque «los actos dispositivos de un Gremio, Cuerpo, Junta o Congregacion como que proceden de la voluntad de muchos o diferentes ánimos que deben reunirse aun propio fin, interesan de

otro modo, que el de un particular, la atención del Gobierno: Porque pudiendo degenerar en abusos que turben la quietud pública es de su incumbencia examinar las reglas con que se rigen para ver si de ellas puede resultar algún grave inconveniente. Estando pues prohibido que pueda formarse Cofradía, Junta o Asociación de cualesquiera personas, aunque sea para fines pios sin previa Real licencia y examen de sus constituciones es de dictamen el asesor que hay ni habido terminos hábiles para llevar ha debido efecto el referido acuerdo de el año de 79 por no haver precedido aquellos esenciales requisitos, y que quando mas deberá quedar la contribucion en clase de una voluntaria limosna segun lo resuelto por este superior Gobierno en 23 de Mayo de 86».

El 10 de Enero de 1798, el virrey declara estar conforme con el dictamen de Leyba, con lo cual se soluciona el pleito en contra del *cuerpo de plateros*, venciendo los «opositores», quienes piden inmediatamente la restitución de lo embargado y que se nombre un artista platero para que examine las cuentas. De este pedido se da traslado a la parte vencida, que en 27 de febrero de 1799 es apremiada para que conteste bajo apercibimiento de acusarle la rebeldía; esta pide, entonces, 20 días y se les acuerdan sólo 10. En seguida, en 16 de abril de 1799 solicitan se les de vista de otro expediente sobre embargo; pero desde este momento queda paralizado el asunto. A continuación siguen cosidos a estos autos otras actuaciones que también son importantes para nuestra demostración, sobre la no existencia del gremio que nos ocupa, y que voy a referir.

El 27 de septiembre de 1808, se presenta Pedro Nolasco Marron ante el alcalde de 1.^{er} voto como «maestro mayor de platería y examinador del gremio nombrado por [la] superioridad», manifestando haber mal comprado un platero llamado Román, oro, razón por la cual se le dió orden lo devolviese «previniendole que en lo sucesivo se abstuviese de semejantes tratos ⁽¹⁾, así con hijos de familias como con esclavos y personas sospechosas». Agrega, que Román lo echó de la casa, y por esto invoca el título que a él y a Cardoso había concedido el virrey Melo de Portugal, de cabezas de gremio, aunque en estos momentos se hallaba solo por

(1) Esto denota la existencia de casas de empeño durante la época colonial y de como los *chicos* ya habían aprendido la manera de obtener dinero ocurriendo a los *cambalaches*. He aquí demostrado que los plateros fueron precursores de los judíos prestamistas actuales.

haberse retirado el colega. Recuerda su dedicación al cargo, revelada en su acción de vigilar los plateros después de la invasión de 1807, persiguiendo a los que adulteraban la plata, enemistándose con los que ocultaban objetos y trabajaban la plata viciada; por todo lo cual viene a pedir medidas de protección. El asesor, Dr. Elía, en 14 de diciembre de 1808, dice que «El desorden que indica, y la corrupción de metales es un mal de gran trascendencia, o una estafa sorda imperceptible al público con el criminal abuso *de los artifices no sujetos a Gremio*, así al reconocimiento de sus labores por el sujeto que elija la Superioridad debiendo cada uno marcar sus obras para castigar el adulterador de la ley metálica. Son preciosas unas providencias prontas, energicas, y auxiliadas para elevar este arte al grado de confianza publica que precava cualquiera defraudacion: arreglar las piezas, y marcarlas, visitandose las platerias, (como se practica con las tiendas mercantiles) llevando a este fin las que pueden permanecer depositadas en este Iltre. Exmo. Ayuntamiento y hacerse anualmente un escrupuloso escrutinio, y cotejo bajo severas penas a los contraventores no menos que contra los que sin obtener aprobaciones de su idoneidad, y respectiva licencia se atreviesen a ejercer un oficio tan util y de tanta confianza.»

El alcalde de 1.^{er} voto, Alzaga, se conforma con el dictamen del asesor y eleva en 19 de diciembre de 1808 los pedidos de Marron al virrey, quien en 24 de diciembre los manda agregar con sus antecedentes, sin que se pudiera encontrar el título que Marron invocaba. Y aquí termina este segundo asunto, que con el primero viene a corroborar, indiscutiblemente, el hecho que en el Rio de la Plata, hasta 1809 — fines del virreinato —, no existía regularizado el *gremio* de plateros, y sólo se puede estar seguro que fuera un *cuervo*.

Creo, en consecuencia, mientras no surjan pruebas en contrario, que el estudio de los oficios y profesiones en Buenos Aires, durante el coloniaje, exigen un criterio especial y distinto del que se emplea para los de la metrópoli.

EMILIO RAVIGNANI.

CARTA ABIERTA

AL SEÑOR BENITO LYNCH

Esta carta que le dirijo — y abierta, por ignorar en un todo dónde pudiera hallarlo,—tiene el objeto, extraordinariamente grato para mí, de contarle la profunda emoción con que he leído «Los caranchos de La Florida». Debo ante todo decirle que no tengo el menor detalle sobre su persona, y desde luego sobre su personalidad — fuera del muy hondo que me ha proporcionado su libro.

Yo vivo en Misiones, en pleno bosque, y desde hace varios años. Conservo muy contado cambio de ideas con ésa, y paso asimismo meses enteros sin que me llegue un libro de allí.

Tal es el caso con «Los caranchos». Ha venido a mis manos anteayer, y pocos impulsos en mi vida han sido tan violentos como el que me hace escribirle en seguida, sin saber quién es usted, dónde vive, y aún si vive usted en realidad.— Vaya, pues, esta suposición idiota, para afirmar el absoluto desinterés de mi carta — cosa, dicha sea de paso, a que no estamos exageradamente acostumbrados.

En primer término, debo confesarle que muy pocas veces hallé en relatos de la vida de campo cosa alguna que me satisficiera. No es, como usted sabe, porque no se nos hubiera martillado los oídos con venganzas de jóvenes, rencores de viejos, idilios de una y otra edad, todo sobre un fondo de siestas, inundaciones y sequías.

Pero yo no veía en tales psicologías nada característico y pujante, ni en las enumeraciones (no me atrevería a decir *descripciones*) del fondo, veía el campo, que bien que mal conozco. ¿He sido yo el único descorazonado? Creo que no. Y aquí cobra cierto valor el grito *nuestro* — digamos — ante «Los caranchos de La Florida».

Las dos grandes sensaciones que me ha dado su libro son éstas: honradez muy grande y muy extraña para ver, y potencia igual para sostener un carácter. La primera virtud se traduce, desde luego, en la verdad del paisaje, y la brevedad concomitante de la impresión. Porque no se nos escapa, a los que tenemos ojos, que en toda brusca visión de campo o lo que fuere, sólo dos o tres cosas saltan vivamente a la vista, que son las que resumen y nos dan la sensación total del paisaje; de lo demás no vale la pena hablar. Y no creo que haya error en lo de *brusca*: Toda visión, a efectos de la ídem que se quiere sugerir al lector, es necesariamente brusca, u original, o instantánea — como se quiera. Y es por esto que los que leemos nos sentimos desagradados cuando el autor, trepado a una torre de molino, se empeña y suda en ver todo lo que está al alcance de su vista, para enumerárnoslo prolijamente. El, luego, llama a esto descripción — o lo que es más peregrino: *sensación* de campo.

Un solo ejemplo: el caballo enredado en la soga de sus «Caranchos», sugiere en sí más sensación de calor, sueño y negligencia de siesta, que cuanto haya leído en mi vida al respecto.

Después, la segunda potente virtud: la garra tenaz para trazar y sostener un carácter, bien marcado en «Don Panchito». El tipo le ha salido tal que, en mi opinión, ahoga completamente a los otros. Y no que éstos sean mayormente débiles; pero el aguilucho aquel es una cumbre.

La misma honradez aquí para sentir que para ver: siendo el cuento suficientemente brutal, nada le hubiera sido a usted más fácil que extremar la nota, y hacer una tragedia para los ojos. Pero usted evitó, como el fuego, dos cosas fundamentales: contar directamente el penúltimo encuentro de padre e hijo, y hacer que éste matara a aquél de un tiro, en la escena final. Tampoco se le escapará a usted cuán grande efecto de escenario se podía haber obtenido con un poco menos de pudor artístico.

El talento suyo para el diálogo — derivación de su virtud psicológica — no me ha sorprendido, por el mismo mérito. Pero sí su potencia de martillo es admirable. Y algunos trozos de la charla de los protagonistas — camino de la escuela — son de una verdad tal, y tan rara entre nosotros, que me recuerdan algún comentario de la literatura francesa sobre el primer diálogo de Wronsky y Ana Karenine: «¡pero si no se dicen otras cosas que las que se dice todo el mundo!».

Bien sé que quisiera extenderme sobre estas cosas, pues no impunemente se pasan los años esperando un libro como el suyo. Acaso muy pronto lo haga. Vaya, entre tanto, mi homenaje a su talento, inequívocamente de varón, con la seguridad en mí de que si algún día hemos de tener un gran novelista, ése va a ser usted.

HORACIO QUIROGA.

San Ignacio (Misiones).

LA VIDA DE BUENOS AIRES

Junto con la Primavera...

Junto con la Primavera, comienzan por las calles las colectas públicas de beneficencia. El ambiente está ya más tibio, con una tibieza que se entra a los corazones y los enternece en un raro deseo inconcreto. La caridad advierte el momento y para que nadie resista a su llamado, pone la bolsa pordiosera entre dos manitas blancas y delicadas, cargadas de anillos, ahogadas en puntillas.

Es el día de la Flor. De la mañana a la noche urgan las manitas infatigables en el bolsillo del rico, del pobre, del «clubman», del empleado, del comerciante. A veces, son mujercitas tímidas, sinceras, que piden con el corazón, todas llenas de amor por el prójimo. Otras se saben soberanas dentro de sus formas, que son parte misma del ritmo de la mañana azul. Y piden con audacia, como exigiendo, en una imposible provocación carnal. Otras, en fin, no saben sino jugar. Son las coquetas, las traviesas. Van probando la fuerza de sus seducciones, puesta la cabecita muy lejos, en otra más dulce empresa de seducción que siempre imaginaron.

Durante un día, todas ellas han hecho a todos — amigos e indiferentes — el regalo de sus sonrisas. Fué una jornada de amor, de bondad. Algún cochero se ha bajado de su pescante y ha comprado por diez centavos el contacto de una mano aristocrática sobre la solapa de su raída americana. Luego ha tomado de nuevo sus riendas, envuelto todavía en el perfume de la gentil mendicante. Y yo no sé bien dónde estuvo entonces la verdadera caridad. Porque el cochero, mientras se alejaba al paso perezoso de su caballo, se sonreía a sí mismo, absorto, deslumbrado, como advirtiendo quizá por vez primera una caricia de sol en su pequeño y mustio jardín interior.

.....

Junto con la Primavera, los estudiantes hicieron también su día de fiesta. Pocos ecos te habrán llegado de esta fiesta, lector. Es que los estudiantes de Buenos Aires no son precisamente estudiantes. Antes que eso, son otras muchas cosas. Son jóvenes de sociedad. Son empleados o políticos o literatos en ciernes. Suelen ser hombres de recia y cultivada musculatura. También, modestos provincianos de vida retraída. Pero nunca son únicamente, principalmente, estudiantes. Para serlo, no basta con estudiar en una Facultad. Tampoco basta concurrir a un baile donde hay unas cuantas modistillas de mentira, aburridas, insípidas, perdidas en el conjunto como los fideos de una sopa de cuartel. Ni basta tomar parte en una comparsa de enmascarados, dando la ilusión de una locura que resulta más grotesca que todas las locuras, porque no está en el alma. Todo eso no suma un estudiante. Un estudiante no señala una fecha dada a sus carcajadas. Se ríe por costumbre, porque tiene la risa en el alma. Y ríe mejor que nadie, porque hay siempre un coro que le acompaña. Estos son los estudiantes que faltan a Buenos Aires: el coro espectador y enorme de la ciudad, el coro que ríe todos los días de todo lo risible.

*

Lector: puede que tu buena suerte te haya apartado del horrible contacto de un Código, sobre todo si por casualidad no estás doctorado en derecho. Por eso, antes de adelantar mayormente en este pequeño paseo a que te invito por cierto lado de nuestra ciudad, has de permitirme que te ilustre en el punto.

Un Código Civil es... ¿Qué nos dijeron los maestros? No lo quieras saber, lector. Los maestros no son siempre claros. Por eso te lo diré yo: un Código Civil es algo así como un depósito de moral en pedacitos. Más claramente no puede decírtelo quien en esta misma materia de los códigos ha sufrido por seis años la petrificación intelectual de una universidad. Y que Triboniano, Cujas, Zachariæ y tantos otros me perdonen el desahogo, que otros peores de ellos he soportado yo.

Y bien; esta moral en pedacitos no sirve para nada. Porque así desmenuzadas las cosas, pierden su esencia y se alejan de su fin. Ganan en vista, es cierto, y se hacen más accesibles a los brutos, pero dentro de una absoluta inutilidad de cosas muertas, como las piezas separadas de un esqueleto atrás de las vidrieras

de un museo. Las cosas sin alma no se llegan nunca hasta nosotros; somos nosotros los que vamos hasta ellas. A la moral del Código se le fué el alma mientras el legislador la descuartizaba en 4051 artículos. Y fué así que quedó dura, rígida, sorda, muda. De esta moral de vidriera se ha servido últimamente un juez, en Buenos Aires. Si te interesa verla, en el fondo de su sentencia, acércate conmigo, lector. Porque, ya lo sabes: estas morales sin vida no saben llegar solas al corazón de los hombres.

Por cierto, que la moral de esa sentencia judicial no habrá llegado tampoco a convencer a los dos interesados. Dos jóvenes descubren que se quieren y —claro está— deciden explotar su feliz descubrimiento, cristalino manantial de agua pura brotado al pasar de sus dos vidas. Ya van a probarla; ya acercan sus labios. Mas entonces les llega, terrible, la voz del padre, que prohíbe. Pasan los días y, al fin, los enamorados piden justicia al Juez. Pero, ¿qué es un Juez? Un hombre que vive bajo las tapas de un Código. No sabe de la vida más de lo que las leyes le dejan saber. Cree que lo domina todo desde su altura y lo que ocurre es que sólo puede mirar para abajo, porque el dichoso librito le pesa tanto en la cabeza que le priva de levantarla para alzar su vista.

Por eso también el Juez prohibió quererse a los dos enamorados. Para sentenciar así ha echado al platillo de su simbólica balanza uno de esos 4051 pedacitos de moral conservados dentro del Código, como en un muestrario, disecados y embalsamados. Pero el asunto no ha terminado. El Amor mismo, frágil, rosado, menudo, ha pasado por los corredores de los Tribunales en trance de justicia. Iba con un Código bajo el brazo, dispuesto a ganar su causa en el más prosaico pleito judicial. Ha apelado y va a ser parte en juicio, él, que fué hasta ahora juez altísimo en todos los tiempos.

*

Se fué María Guerrero, pronto se nos irá Guitry y quedaremos solos en medio de las tonadilleras. Ya no hay diversión completa sin la tonadilla de una tonadillera. Asómate, lector, a un teatro y sigue asomándote a todos, que siempre has de acabar dando sobre una tonadillera. Es una mujer descarada que se entra al escenario mirando fijo al público con una mirada tal de desafío, que hay quien se recoge un instante como atemorizado pregun-

tándose: «¿qué le habré hecho yo a esta mujer para que me mire así?».

Tú conoces, lector, su juego que es siempre uno: mueve los brazos desesperadamente, como tocando el tambor y pone los hombros en alto, rígidos según lo exige la ley del «salero» profesional. Y luego de dar en esta extraña posición tres o cuatro vueltas por la escena, a grandes pasos bien marcados, se planta de golpe y con el mayor aire de picardía que puede arbitrar su inocencia artística, comienza a decir, en riña con la orquesta, un sucedido cualquiera de su vida, que acaba muy sentimentalmente, mientras cambia en tristeza e ingenuidad el aire picaresco del principio. Además, si se tiene por favorita del público, se hace acompañar por éste en su estribillo final y es de verse entonces a los burgueses calvos y panzones agitarse nerviosos dentro de sus butacas balbuceando en el colmo de su desenfreno:

«mas mi boca no se toca, no,
«ni mis labios no se besan, no...»

Porque el «tonadillerismo» es el teatro puesto en conventillo. Allí se conocen todos los inquilinos y la misma olla sirve para cocer el puchero de muchos. Hay la flor de la casa y el guapo que tiene privilegio en sus sonrisas. Hay también el coro que sigue aquellas relaciones en toda su evolución, con muchos comentarios y chismes. Por encima de la orquesta, desde que aparece la tonadillera, comienza el más dulce intercambio de palabras y sonrisas. Y en todo esto va creándose un ambiente familiar, entre la escena y la platea. De aquí a veinte años se encontrarán un día dos íntimos y recordarán los orígenes de su amistad: «¿No te acuerdas, hombre? Fué en el teatro Tal, en tiempos de Paquita Suárez».

*

A falta de genio, los hombres de letras suelen tener mal genio. Regularmente, ellos viven, quietos y solos, en el retiro de sus gabinetes. Y de cuando en cuando, para que el mundo no imagine que su silencio es sueño de haraganes, lanzan como desperezándose un libro que suele quedarse en bostezo. Pero, un buen día, sábense de ellos cosas más sabrosas que sus libros. Es un ir y venir de ironías y de blandos garrotazos. El mundo entonces presta oídos, más oídos que a todos los libros juntos. Es interés, por lo demás, de un minuto. Luego de enterado, vuelve la espalda sin

mayor preocupación. El asunto no le inquieta: es una riña de literatos.

Y a fe que hace mal, porque nada más rico en enseñanzas que las tales desavenencias de gente pensadora. Es el arte puesto al servicio, no ya del corazón, sino de los puños. El insulto cobra en tal caso una forma particularmente galana y literaria, porque no se puede olvidar que la cuestión de fondo es la cuestión de letras debatida, frente a la cual desaparece todo motivo de personal quisquillosidad. El espectador aprende también otras cosas: si sigue con conciencia la discusión acaba temblando por su propia suerte. Ha advertido toda la calamidad que puede haber atrás de una coma mal colocada o de una z empleada por c o de un 7 que no es 7 sino 17. Todo esto, si es grave para la literatura, es casi mortal para los literatos. Un literato de buena ley defiende un punto y coma y lo salva como salva un general a su ciudad. Hay, en uno y otro caso, una misma cuestión de vanidad profesional.

Los señores Rojas y Martínez Paz son esta vez los de los blandos, exquisitos garrotazos. Han disputado por un asunto de orden paleográfico. Yo no te tacho de ignorante, lector, pero, sin serlo, bien puedes ignorar lo que es Paleografía. Debo decirte, pues, que en ocasiones ella no es otra cosa que una literatura de microscópico. Se empeña entonces en descubrir cosas pequeñas a través de los paleógrafos, que son súis vidrios de aumento. Y claro es que con este sistema aquellas cosas pequeñas dejan de ser pequeñas. Tal diría — si los teólogos del asunto no lo toman a blasfemia — de las poesías del señor Tejeda que la Paleografía nos acaba de revelar, no sé bien todavía si por las manos del señor Rojas o del señor Martínez Paz. Es curioso que, siendo esto el objeto de la polémica aludida, sea también lo único que ella no ha dilucidado.

Porque todas las demás desesperantes dudas han quedado aclaradas: fué la Viuda Sarephana y no ninguna otra viuda la que tuvo en su poder el arca sagrada, allá, entre los israelitas, hace algo así como unos treinta siglos, hecho, como se ve, de fundamental importancia dentro de nuestra literatura. ¿Y qué decir del nombre del rey Ezequías? Buena ofensa le infería el señor Rojas al señor Tejeda, haciéndole decir Azequías por Ezequías! Se ve que ignora la genealogía de los reyes de Judá y esto está muy mal en un hombre que enseña literatura argentina. Bien se ve también que el señor Rojas no es doctor y que no tiene tampoco

la especial competencia que ciertos doctorados dan en Historia Sagrada.

Por lo demás, la polémica ha puesto al desnudo el sistema nervioso del señor Rojas, espectáculo ciertamente interesante para todos aquellos que conocían su talentosa labor literaria. También nos ha revelado que el señor Martínez Paz es un hombre de guerra, sociólogo para mayores datos, que ha pasado de Córdoba a París, sin pararse en Buenos Aires. Por eso, cuando las circunstancias le impusieron hablar en Buenos Aires, tuvo que comenzar presentándose y citando los nombres de los que aquí le conocían. Entre ellos, el mismo señor Rojas, de quien nos ha confiado una carta llena de simpatía para él, porque los literatos ponen en sus amabilidades casi tanto ingenio como en sus ofensas.

El señor Martínez Paz se ha defendido lealmente, en la casa de su contrario y con las armas que allí pudo encontrar. Como el señor Rojas, él ha contribuido también a poner un poco en moda a este señor Tejada tan ingratamente olvidado. No vale la pena revelar la poesía a un pueblo tan dado al olvido de sus benefactores. Es verdad que, en este caso, la poesía es de Babilonia y el pueblo está en América. Además, hay en el asunto un códice famoso que se tiene metido el doctor Pablo Cabrera abajo de su sotana. La obra de Tejada es Tejada mismo, ocultado a la admiración de sus compatriotas por un capricho de tierra adentro. Esperamos su revelación llenos de ansias y entretanto nos apartamos del tomo publicado, que ha resultado ser un lugar de perdición literaria.

*

A los pintores que exponen en el Salón de 1916 habrán llegado muchos elogios. Al salir de la exposición, la gente lleva del arte argentino una idea que no tenía al entrar. En esto del arte nacional es muy frecuente nuestra ignorancia: porque es arte y porque es nacional. Pero, por esta vez, los pintores deben estar satisfechos. Sus empeños no han caído en el vacío ni han tropezado con críticas de gente mala.

Esto, sin embargo, no quita que la gente se sonría delante de algunos cuadros. Algunas veces es la gente que no comprende a los pintores. Pero otras veces son los pintores que no han comprendido a la gente. Esta incompreensión se resuelve siempre en una sonrisa. Así, ante una vaca que está tomando el sol frente

a una casita. Una vaca y una casita pueden ser pintadas de muchas maneras. Puede estar ella delante de la casita. Puede la casita estar delante de la vaca, como escondiéndola. Pero lo que decididamente no puede ocurrir nunca es que la vaca y la casita estén en el mismo sitio. Es decir... Puede ocurrir, sí, tal como las vimos en el Salón: la vaca está pintada sobre la pared de la casita. Un muchacho travieso que volvía del colegio la dibujó con lápiz, al pasar. También ante otros cuadros ha sonreído la gente. Así, ante un merengue amarillo incorporado sobre un suelo azul o verde de enigmática composición. ¿Pasto? ¿Carneros? ¿Olas?

(La originalidad es buen manto para la ineptitud. Por nuevas y originales, nadie pudo enrostrar a Dios las imperfecciones de sus terrestres creaciones. Otro caso: el pobre diablo que no tiene con qué comprarse un sombrero de paja al llegar el verano, sale en cabeza a insinuar una moda. Si la moda cunde, el hombre es un elegante y no un pobre diablo. Esto es indudable. Sin embargo, más posible es que quede en pobre diablo, porque en esto de sombreros el mundo tiene una tradición de siglos, casi invencible. Tomen nota los originales de la pintura. Si no tienen sombrero, quédense en sus casas. Hay en el arte una tradición de muchos siglos a destruir antes de que un merengue pase por montaña).

En la originalidad no se fabrica el genio. Ella es, por el contrario, el efecto más fácil y espontáneo que deriva del genio. Sola, la originalidad no tiene, pues, ninguna significación, ninguna explicación. ¿Por qué empeñarse en buscarla? Si a fuerza de empeños se la halla, sólo puede empeorar nuestras obras, artificializándolas, quitándoles corazón. La fiebre de originalidad malogra muchas bellas inclinaciones artísticas. Las tuerce y las deforma. ¡Señor pintor del merengue amarillo! ¡Señores pintores de todos los merengues amarillos que se pintan en Buenos Aires!: los profanos no vamos a negar el noble talento de todos ustedes. Alguno entre ustedes nos ha dado ya muy bellas muestras del arte que su corazón sintió, sincero, sencillo, natural, humano. Fué algún paisaje de árboles verdaderos, de agua y cielo y montes verdaderos. Búsquense ustedes dentro de ustedes: van a encontrarse, al fin, tal como cada cual ha aspirado a ser. Y olvídense del genio, que mucho puede valer un hombre entre los hombres con sólo explotar bien su talento.

ROBERTO GACHE.

LETRAS ARGENTINAS

POESIA

De la ciudad y del campo, por Pedro González Castellú. Prólogo de Roberto F. Giusti. Edición de NOSOTROS.

La sola circunstancia de encontrarse prologado este libro por un escritor de tan sólidos prestigios intelectuales como Roberto F. Giusti, asegura, sin otros comentarios, que se trata de una obra realizada con sinceridad y belleza. Giusti ha visto, en efecto, cuanto hay de espontáneo, de humano y de noble en este libro de versos. No ha detenido su atención en los defectos de forma, en las vacilaciones de expresión que se advierten en la mayoría de los trabajos que constituyen el volumen: le ha bastado, para discernir al autor el elogio que se merece, adivinar en él la presencia de un poeta de verdad, cuya primera vendimia, si bien no muy rica en frutos excelentes, es por muchos conceptos promisoria de cosechas mejores.

«Para entonar los cantos del futuro serán menester corazones heroicos y sinceros», dice Giusti en el prólogo del libro que nos ocupa. Y, en realidad, González Castellú es un espíritu sincero. Colocado frente a la vida ha sabido vincularse a las cosas dolorosas y trágicas, para las cuales encuentra siempre una palabra de simpatía y de amor, que no supone, desde luego, una actitud literaria deliberadamente adoptada, sino un generoso impulso de su corazón.

Esta sinceridad, que se revela también en los momentos en que el poeta refiere sus intimidades, sus inquietudes y optimismos, nos fuerza a olvidar sus errores de técnica para fijarnos únicamente en la belleza de su contenido:

No eres tú, no, la que yo espero, es otra
que no conozco, pero sé que existe,
como una voz lejana que se añora,
como un vago suspiro que se extingue.

Y aunque comprendo que la misma gloria
 en tus labios de fuego me ofreciste,
 hoy te quiero dejar, ¡perdón, señora!,
 para correr en pos de mi imposible.

El resto de la composición no tiene el valor ni la fluidez de los dos períodos que acaban de leerse. Sin embargo, ha bastado, antes que la forma, el pensamiento que circula por esas ocho líneas para que sintamos la emoción conmovedora que de él se desprende. Y es en esto donde adivinamos el poeta que hay en González Castellú: en presentarnos el oro puro en el cuarzo roqueño, en mostrarnos a cada paso que es un verdadero artista, aún cuando tropiece con las dificultades anejas a toda iniciación literaria.

En otras ocasiones el poeta sabe ofrecernos pequeñas acuarelas, llenas de gracia y sencillez, entre las cuales escogemos la siguiente;

Vamos a hacer castillos en el aire...
 Nada mejor para matar las horas.
 Es la lluvia una dama sin donaire
 que cuenta cosas muy aburridoras.

En nuestro amor no lloverá el hastío;
 muy felices seremos, ¡muy felices!
 Cualquier capricho tuyo será el mío,
 y siempre diré yo: «Como tú dices».

Estos no son castillos; ¡verdad pura!...
 Pero mira, ya escampa, ¡qué fresca
 la que despide el húmedo terreno!

Bajemos a jugar: se va la lluvia
 y asoma el sol su cabezota rubia
 como un gañán tras el cercado ajeno.

Muchas de las composiciones del volumen han sido dedicadas a celebrar las cosas españolas, cuya belleza siente y comunica el poeta con íntima delectación.

«La España, dice Giusti, con su historia y su leyenda lo enamora, la pintoresca España de la manzanilla y las panderetas, la sensual de las mujeres de pie breve, cuerpo gitano y ojos negros, la atormentada de los místicos, la heroica de los conquistadores...» Pero es de advertir que este su gran amor hacia el alma y la vida españolas, no se manifiesta por medio de expresiones sonoras ni actitudes elocuentes. González Castellú sabe explicar con naturalidad espontánea las cosas peninsulares que tan vivamente han

herido su inteligencia, llegando en ciertas oportunidades a infundir a sus estrofas un genuino sabor español, como puede advertirse en los cantares que titula «Ojos negros», y que son, a nuestro juicio, uno de los trabajos más acertados de la obra.

«De la ciudad y del campo» es, pues, un libro bello, que se incorpora con méritos propios al reducido acervo de la poética argentina, al par que pone de relieve en su autor cualidades susceptibles de perfeccionarse.

Con las alas rotas, por Valentín De Pedro.

No es ciertamente en el teatro ni mucho menos realizando evocaciones históricas, que el señor Valentín De Pedro logrará imponerse al elogio de la crítica. Carece para ello de las aptitudes mentales que exige la reconstrucción fidedigna de las sociedades pasadas y de su correspondiente información documental. Si no aquellas, esta última podría ser alcanzada por el señor De Pedro con sólo remitirse a las historias y archivos nacionales; pero a juzgar por los errores de su trabajo, no parece muy inclinado a afrontar las fatigas tardíamente remuneradas del estudio. Pruébese ello recordando que en la carátula de su libro, el señor De Pedro nos asegura que ha urdido algunas «escenas de la vida colonial», cuando únicamente se nos muestran en él episodios ocurridos en 1815, en ocasión de la campaña al Alto Perú y la derrota de Sipe-Sipe. Es sabido que el período de la historia argentina que se conoce con el nombre de época colonial, se inicia en la primera fundación de Buenos Aires y termina con el alzamiento revolucionario del año diez.

Quien comete un error de esta naturaleza en la primera página de su libro, no se encuentra en condiciones de ahondar un trabajo de aliento, como sería el de presentarnos, con su relieve propio, los diversos aspectos que ofrecía la sociabilidad argentina en el segundo decenio del siglo pasado.

Agrava todavía más la circunstancia anterior, el hecho de aparecer estas «escenas de la vida colonial», escritas en versos francamente medianos, donde corren parejas la pobreza de imaginación y la debilidad del estilo. Si tales versos fueran hermosos y tradujesen con acierto los estados de ánimo en que el señor De Pedro coloca a sus personajes, nos inclinariamos a tratar con benevolen-

cia un trabajo cuya información histórica se apoya en textos escolares inevitablemente malos. Pero sucede que los versos del señor De Pedro, si bien correctamente medidos, no alcanzan en ningún momento a poner de manifiesto recónditas situaciones espirituales, capaces de infundir a su libro el calor de verdad y de vida que creemos indispensables a las realizaciones dramáticas.

El poema de las manos, por Lola S. B. de Bourguet

En los últimos juegos florales efectuados en Tucumán con motivo de las fiestas del centenario, obtuvo el primer premio una composición titulada «El poema de las manos», de la señora Lola S. B. de Bourguet. Publicado ahora en folleto hemos tenido oportunidad de apreciar la riqueza de inspiración, la emoción conmovedora y honda y el estilo armonioso y flexible que caracterizan al hermoso poema. No creemos que en nuestro país se hayan escrito, por mano de mujer, versos tan valiosos como estos. Todo en ellos concurre a suscitar la admiración y el entusiasmo de los lectores. Desde las palabras liminares del poema, que cantan las manos obreras, hasta las estrofas que lo epilogan, el trabajo de la señora de Bourguet tiene una extraordinaria fuerza de simpatía que nos obliga a vincularnos a él por el doble lazo de la emoción y la belleza. Cosas amargas y armoniosas se dicen en este poema, donde se expresan con alta y elocuente entonación las impresiones que han producido en el poeta las manos de los mendigos, de los artistas y de los sabios. En ocasiones la señora de Bourguet ha encontrado acentos que no desdeñaría de firmar el autor de «Los simples».

No resistimos a la tentación de transcribir algunos fragmentos de la obra, en la seguridad de que, con sólo presentarlos, rendimos a la señora de Bourguet nuestro mejor elogio:

Ni la señal dejasteis de una caricia amable
 Sobre ninguna vida marchita o miserable,
 Ni con un gesto suave de bondad o cariño
 Bendijisteis la cuna o la frente de un niño,
 Ni al caído tendidas ni en el bien apoyadas,
 Ni en busca de hermano movidas y alargadas
 ¿Qué misión es la vuestra, sembradoras de escombros
 Que así llenáis la vida de trágicos asombros?
 Manos de Apocalipsis ¿quién os echó a la tierra
 Para encender la hoguera del crimen y la guerra?

Caín, Caín, tus manos, fratricidas y crueles
 Van goteando en los siglos sus afrentosas hieles
 Y brotan de su riego venenosas simientes
 Que cuajan en Estrago y espigan en Serpientes.
 Ellas son las que esconden el horror imprevisto;
 Las que llevan absintio a los labios de Cristo;
 Ellas son las que empujan la lanza de Longino
 Para rasgar traidoras el costado divino.
 ¡Caín! ¡Caín! ¡Tú reinas! Son tus malditas manos
 Las que ahondan en todos los rencores humanos.

Como puede apreciarse por el fragmento transcrito, que hemos escogido al azar, se trata de un poema realizado por un noble corazón de poeta, para quien no son indiferentes los dolores ni las miserias ajenas, cuyos dramas sabe cantar con palabras bellas y hondas.

Trovas de amor y de pena, por Cipriano Pons Lezica.

El señor Cipriano Pons Lezica ha reunido, con el título común de «Trovas de amor y de pena», una serie de composiciones poéticas que, en realidad, sólo pueden ser consideradas como simples ensayos juveniles. Sin embargo, no faltan en este volumen algunas estrofas bien realizadas, que muestran en el señor Pons Lezica estimables condiciones de poeta que tal vez se manifiesten con mayor eficacia en un libro próximo.

Libros recibidos:

«Invocación a Don Quijote» y «Oda augural a la patria», por Arturo Vázquez Cey; «Las voces del camino», por J. Z. Agüero Vera; «La gruta de las calaveras», por Félix B. Visillac; «Flores silvestres», por Blanca Ç. de Hume; «La Haya», por José María César; «Aire de fuego», por Eduardo Talero.

NICOLÁS CORONADO.

LETRAS AMERICANAS

CHILE

Las inquietudes de Ana María, por **Januario Espinosa**.

Si las novelas anteriores del señor Januario Espinosa contienen los mismos defectos que pueden notarse en la que ahora nos ocupa, no serán muchos, ciertamente, los laureles por él recogidos en su azarosa carrera literaria. Ignoramos el valor de aquellas producciones, puesto que no hemos tenido el placer de leerlas; pero podemos inferir su importancia por un ligero examen de «Las inquietudes de Ana María». Sería fácil combatir este procedimiento de lógica elemental, argumentando que el pésimo libro de un escritor no autoriza a pronunciarse sobre la totalidad de su obra. Ello es exacto, y tanto más lo es para nosotros que abominamos de las estériles generalizaciones. Sin embargo, deseamos poner de relieve la circunstancia que, en el caso actual, nos coloca en condiciones de apreciar por «Las inquietudes de Ana María» el resto de la tarea literaria del señor Espinosa.

Todas las producciones de un mismo espíritu superior, por desiguales que sean, denuncian en un solo rasgo, en una belleza de estilo o en un detalle psicológico, la categoría del talento que nos las depara. Y cuando en un libro que nos llega a las manos, por casualidad o por obligación, como el del señor Espinosa, no existen tales rasgos demostrativos de las cualidades de su autor, es lícito suponer y manifestar, sin temor de caer en falsas afirmaciones, que todos sus trabajos anteriores son análogos al que tenemos a la vista.

Queda demostrado, pues, que las novelas que ha dado a la publicidad antes de ahora el señor Espinosa, no le han proporcionado mucha gloria.

Pero, volviendo a «Las inquietudes de Ana María», diremos que se trata de una novela superficial, escrita en un estilo pedestre y monótono, sin ninguno de los elementos indispensables para constituir un trabajo de mérito. El autor, que hace actuar a sus personajes en un fundo situado a orillas del mar, no consigue por más que se empeña en ello con verdadero ahinco, darnos la impresión de que es capaz de sentir y comunicar la emoción honda y conmovedora de la Naturaleza.

La psicología de los personajes aparece siempre borrosa y falsa; y los episodios que forman la obra son más o menos los mismos que han hecho célebre el novelario de Carlota Braemé. Agréguese, para terminar, que en el último capítulo de «Las inquietudes de Ana María» asoma cierto afán de ironía que, dada la pésima exposición de la novela, resulta lamentablemente inocua, y se tendrá una idea aproximada de los valores que faltan a este libro para constituir un trabajo de mérito.

Las pagodas ocultas, por Vicente Huidobro.

El joven escritor chileno Vicente Huidobro, ha dado a la publicidad el *interesante* libro «Las pagodas ocultas», en cuya última página se lee la advertencia que transcribimos a continuación:

«Este libro, a excepción de «El patio de los niños», fué escrito en el tiempo que corre entre Noviembre de mil novecientos trece y Marzo de mil novecientos catorce. Desde entonces lo conocen casi todos mis amigos».

Como se vé, las pagodas no han estado tan ocultas como lo deja suponer el título de la obra; han tenido acceso a ellas los complacientes camaradas del señor Huidobro.

Las docientas páginas de nutrida prosa que forman este libro, giran alrededor de un motivo bastante zarandeado en los círculos de la «bohemia sentimental». Se trata aquí de exaltar el alma de los poetas, a quienes la muchedumbre desdeña por su falta de equilibrio y de sentido práctico. Dicho se está que «Las pagodas ocultas», abundan en líricos arranques y en ensoñaciones un tanto cursis y empalagosas, que recuerdan en algo a los peores libros de Vargas Vila.

Pensamos que todo escritor debe sentir lo que podría llamarse la «dignidad de la prosa». En este medio de expresión sólo deben

decirse cosas reposadas y sinceras, dejando para el verso la tarea de comunicar intimidades o fantasías. No obstante, el señor Huidobro ha elegido la prosa para explicar imágenes como esta:

«Arbol de Invierno, en medio del paisaje melancólico, eres una plegaria de melancolía que se levanta a Dios».

En resumen: «Las pagodas ocultas» es un libro cursi, en el cual es posible advertir de vez en cuando que su autor posee un verdadero espíritu de poeta que, bien cultivado y mejor dirigido, construirá obras de mayor importancia.

Yo iba solo... , por J. Lagos Lisboa.

Antes de examinar algunas de las composiciones que el poeta señor J. Lagos Lisboa nos ofrece en este libro de versos, queremos poner de relieve que se trata de un espíritu bellamente dotado para encerrar en el armonioso mecanismo de la estrofa sus sentimientos e ideas, pero que no ha logrado aun conquistar su verdadera personalidad artística. A medida que se adelanta en la lectura de este libro, vamos advirtiendo que sus primeras composiciones — seguramente las más modernas — aventajan en mucho a las últimas, donde el pensamiento es menos vigoroso y la forma se resiente de influencias románticas. Los trabajos que constituyen la mitad del volumen carecen de inspiración, de vuelo lírico, de profundidad espiritual, abundando en cambio los defectos de expresión y las transposiciones violentas y ásperas. Tal diversidad entre la primera y segunda partes del libro muestran que el poeta no ha logrado aun su personalidad propia ni su manera definitiva. En esa misma primera parte, que hemos elogiado, se observan defectos y vacilaciones; se advierte que el escritor no encuentra la palabra adecuada para manifestar su pensamiento y que, muchas veces, sus composiciones carecen de *línea*, es decir, que no desarrollan con propiedad, en sus diversos períodos, el motivo central.

Sin embargo, al lado de esas vacilaciones y defectos, asoma en tal cual estrofa un hallazgo de estilo, de gracia y de poesía, que denuncian en el señor Lagos Lisboa la presencia de un poeta que ha de realizar con el tiempo las hermosas promesas de su libro.

El artista, que se siente vinculado a las cosas apacibles y familiares, tocadas de una honda melancolía, sabe en ocasiones

expresarlas con sencillez, dando a sus palabras cierta emoción comunicativa y espontánea, como en «Las noches de mi pueblo» y alguna otra, en que la observación es siempre acertada y el tono ajustado a la naturaleza del asunto.

No carece tampoco este poeta, de verdaderos aciertos de expresión que, al asomar en una que otra estrofa, nos permiten admirar la valiosa tarea que realizará en lo futuro. Véase, por ejemplo, el fragmento que damos a continuación:

Y seguimos
 en la paz del sendero....
 ¿Dónde una vez mi bien nos conocimos?
 ¡Yo hace ya mucho tiempo que te quiero!

¿Cuándo te ví? Y en dónde?... ¡Quién señala
 la linde a la verdad o a la quimera!
 Hay en mi corazón resabios de ala...
 y en ti un secreto afán de enredadera!

Quizás yo en otra edad colgué mi nido
 de tus ramas fragantes... Y es por eso
 que un olor de jazmín desvanecido
 suele resucitar cuando te beso!

O este otro:

Seguimos a la viña. Del estero
 se va el ruido apagando y nos parece
 que se orilla de hados el sendero...
 ¡Siempre a la orilla del amor florece!

Corta de pronto nuestros pasos una
 vid sarmentosa que a otra vid se amarra,
 y apunta como lágrima de luna
 un gusano de luz bajo la parra!

Rumorean las hojas, y a la vera,
 fingen estremecerse los racimos
 como si hasta la viña compartiera
 la emoción que sentimos.

Los chicos gritan a lo lejos, juegan...
 Nelly me dice su inquietud por ellos,
 y cuando vamos a buscarlos, llegan
 coronados de rosas los cabellos.

Aun en los mismos versos que acaban de leerse, pueden notarse los defectos a que hacíamos referencia. Sin embargo, es justo que elogiemos la obra de quien sabe decir con sinceridad todas estas cosas, y de quien tiene el espíritu abierto a la emoción íntima de la belleza.

Vivir, por Eduardo Barrios — Prólogo de Domingo Melfi.

En fuerza de repetirse — aun cuando no haya perdido por eso toda su eficacia — ha llegado a ser uno de los lugares comunes de la crítica teatral, el pensamiento de que la obra dramática sólo puede apreciarse en el marco a que ha sido destinada: el escenario. Las producciones de este género artístico, consideradas fuera del dominio que les corresponde, nos parecen edificios a medio construir: la imaginación no alcanza a trazar las líneas que le faltan, ni a forjar, en su amplio mundo fantástico, la armonía de la obra total. Claro está que no siempre el principio enunciado se encuentra de acuerdo con la realidad de las cosas, y que muchas veces la lectura de un drama de Shakespeare, por ejemplo, nos interesa y nos conmueve, sin que para ello necesitemos la presencia del aparato escénico. Pero es que en tales producciones el calor de vida que emerge de sus episodios, la profundidad del pensamiento y la agudeza de la observación, tienen valores propios, que no precisan el elemento complementario de las tablas para destacarse en su integridad maravillosa. Sin embargo, no sucede lo mismo cuando se trata de realizaciones menores, que caen dentro del principio enunciado, siendo de notar que sólo el genio, que aparece por excepción en la naturaleza humana, escapa siempre a las observaciones generales.

Y si hemos formulado las declaraciones que acaban de leerse, ha sido con el propósito de puntualizar nuestra situación respecto a la obra dramática en tres actos «Vivir», que acaba de dar a la publicidad el distinguido escritor chileno señor Eduardo Barrios. Como producción teatral, realizada con el pensamiento fijo en los espectadores y en las exigencias del escenario, no podríamos adelantar definitivamente si ella resistiría a la prueba difícil y peligrosa de las tablas. Sin embargo, pensamos que su acción es excesivamente lenta, y que sus episodios carecen de verdadero interés dramático como para despertar el entusiasmo, la simpatía o la admiración del auditorio.

Pero en todo trabajo de esta índole es posible observar dos elementos fundamentales: la acción, el movimiento dramático, y la psicología de los personajes. Aquél elemento determina principalmente en el teatro el éxito de la obra; este último evidencia las cualidades que distinguen al talento que la ha construído.

Los dramas de Maeterlinck, verbi gracia, carecen en absoluto de vivacidad y de interés escénico, siendo casi imposible trasladarlos al teatro; las obras de Nicodemi — y le citamos para recordar un escritor que nos ofrece episodios violentos, sin reciedumbre psicológica — se caracterizan por el aspecto anterior.

Queda dicho con esto que la conciliación de ambos elementos constituye el grado más alto de perfección a que es posible aspirar en el género literario que nos ocupa; conciliación pocas veces realizada, equilibrio que se consigue con algo más de lo que no puede depararnos la Salamanca del proverbio...

Volviendo al drama del señor Barrios, cabe manifestar, que no obstante la ausencia en él de verdadero interés dramático, su lectura se impone al elogio por la verdad de sus personajes y por el pensamiento central de la obra. El señor Barrios muestra en su trabajo condiciones poco comunes de observador. Por lo demás, su estilo es correcto, sin floripondios excesivos ni elocuencias inútiles; su realismo descarnado y hondo y su visión del medio en que actúan sus personajes, penetrante y segura.

A pesar de todo, creemos que no es en el teatro donde el señor Barrios encontrará sus mejores triunfos: le faltan para lograrlos — sin que con esto pretendamos disminuir su valiosa personalidad literaria — cualidades que creemos indispensables. Las condiciones que le distinguen, podría aplicarlas con mejores resultados en la novela o el cuento, que ha cultivado ya en forma muchas veces admirable. Dígalo si no, ese hermoso libro de cuentos que se titula «El niño que enloqueció de amor», en el cual el señor Barrios ha puesto de relieve el punto de perfección a que es capaz de llegar en ese género literario.

Anotemos para terminar que «Vivir» es una obra estimable, que posee valores realmente positivos, aunque nos deje la impresión de que no es, ciertamente en el teatro, donde el señor Barrios debe aplicar las aptitudes de su talento.

PERÚ

Devocionario, por Augusto Aguirre Morales — Prólogo de Federico More.

En un pequeño volumen, que recuerda por su impresión y tamaño a las ediciones de los «libros de horas», el escritor peruano señor Augusto Aguirre Morales nos ofrece una serie de composiciones en prosa, que ha prologado, con escasa fortuna, el señor Federico More.

Este libro, que su autor subtitula «Oraciones, saudades y homilias», pertenece a un indefinido género literario, que vienen cultivando con singular delectación algunos escritores americanos. Género híbrido que, sin participar del verso ni de la prosa, permite a sus numerosos partidarios decir cosas poéticas y cursis, remojadas en un falso sentimentalismo religioso, que tiene su procedencia en las «Floreillas» del santo de Asís o en «Las Moradas» de Teresa de Jesús.

Las ventajas que presenta el «sistema» que nos ocupa son, desde luego, considerables: su adopción comporta, en primer término, la ventajosa inclusión de quien lo practica en el número de los literatos incomprensidos y, en segundo, otorga al escritor una credencial que le autoriza a decir todos los contrasentidos y sandeces imaginables. La responsabilidad no existe en el género a que hacemos referencia: no existe la responsabilidad del estilo — toda vez que se nos muestran los errores gramaticales como sabrosos arcaísmos — ni la responsabilidad del pensamiento, que es allí ilógico e insustancial.

Dentro de esa literatura el señor Augusto Aguirre Morales, autor de «Devocionario: Oraciones, saudades y homilias», ha conquistado un lugar prominente, que conservará hasta que se extingan los hermanos de la «pálida luna».

URUGUAY

Salmos a la vida, por Alberto Lasplaces.

Los versos que el señor Alberto Lasplaces ha reunido en este volumen, no contienen en realidad ningún elemento que los re-

comiende, si no al elogio, a la benevolencia de la crítica. Se trata, en efecto, de composiciones triviales y anodinas en las que, ni por casualidad, se nota un pensamiento original ni una belleza de estilo, a no ser que se consideren como tales las cuatro líneas aconsonantadas que damos a continuación:

No conozco el dolor ni los agravios,
es una fiesta azul la vida mía;
la risa se prendó de mis dos labios,
justo es pues, a los menos, que sonría.

El señor Lasplaces, que con tanta gracia acaba de comunicarnos que tiene «dos labios», es un escritor que hace versos, más que por sincera vocación, por el deseo de entregarse a un ejercicio mental bastante difícil...

LIBROS RECIBIDOS:

Hemos recibido los siguientes libros de autores americanos:

«Las letanías extrañas», por Emilio Oribe; «Primicias juveniles», por José Elías Florio Palacios y J. C. Castro García; «Gemas primaverales», por A. de Madrid y Campos; «Discursos y conferencias», por J. D. Moscote; «Rebeldía», por Ricardo Mimenza Castillo; «La sombra inquieta», Por Alone; «Cinco meses de guerra» y «Las ciencias económicas y sociales», por Alberto Lasplaces; «Los optimistas», por Jesús Castellanos; «Poesías», por Nieves Xenos; «La literatura dominicana», por F. García Godoy.

NICOLÁS CORONADO.

CIENCIAS SOCIALES

La intervención en la provincia de Buenos Aires, por Julio Sánchez Viamonte. La Plata, talleres Sesé, 1916.

El doctor Sánchez Viamonte, cuya tenaz defensa de sus derechos de ciudadano habitante de la provincia de Buenos Aires le cuesta la pérdida de su tranquilidad y de buena parte de su hacienda, recuerda a aquel hombre libre que se llamaba John Hampden, que sufrió prisión y toda clase de violencias porque se negó a tolerar una arbitrariedad del rey de Inglaterra Carlos I. Sabido es que Hampden determinó, en cierto modo, la revolución que derrocó a aquel monarca, y fundó la teoría de donde derivaron su derecho a la revolución los americanos del Norte.

El doctor Sánchez Viamonte, tomando como cabeza de proceso una serie larga de abusos, de los que fué testigo o víctima, presentó al Congreso un pedido de intervención nacional en Buenos Aires, fundando su proyecto con el discurso que se publica en el folleto que comentamos y que debe leer todo el que quiera tener una opinión basada en la realidad de la política bonaerense.

Los impuestos municipales y las empresas ferroviarias, por Teodoro Becú. Buenos Aires, 1915.

El doctor Becú ha escrito, con la valentía que lo caracteriza, el más franco, el más profundo y el más amplio de los comentarios a la ley llamada Mitre, que regula, en cierto modo, la vida económica de las empresas de ferrocarriles establecidas en el país. El doctor Becú se pone por encima de todos los pequeños intereses, invoca tan sólo las legítimas necesidades del país y con abundante e inteligente acopio de doctrina y antecedentes, expresa su opinión de que en la República no existen impuestos

municipales y que la ley Mitre es contraria a la Constitución Nacional y a intereses fundamentales de nuestra organización política y económica. Señala, además, los móviles y finalidad de los autores de la ley y aplaude la tendencia, manifestada en fallos recientes de la Suprema Corte Nacional, de restringir los efectos de la ley en cuanto ella exime a las empresas de ferrocarril del pago de contribuciones municipales.

Legislación industrial. Anotaciones elementales. Trabajo. (1 volumen) y **Contratos.** (1 volumen), por Telasco Castellanos. Librería Dante. Córdoba, 1916.

Son dos libritos escritos por un señor que, a pesar de ser «profesor suplente de legislación industrial de la Universidad de Córdoba», carece en absoluto de criterio científico, aptitudes didácticas, método y corrección de lenguaje.

El autor había hecho algunas lecturas sobre cuestiones de derecho industrial y no se le ocurrió nada mejor que publicar una mala *rapsodia* de ellas en que muestra y luce su incomprensión de los problemas y su infantilismo.

No puede pasarse en silencio la hórrida literatura en que se complace el autor de estos libros que no honran, con seguridad, la universidad mediterránea.

No obstante los defectos comunes, se nota cierta pequeña superioridad en el volumen titulado: *Contratos*, en el cual el autor sólo se refiere a leyes y conceptos hechos.

La delincuencia en la ciudad de Buenos Aires, de 1904 a 1913, por Clodomiro Cordero. Buenos Aires. L. J. Rosso y Cia. 1915. 1 folleto de 44 páginas

El doctor Clodomiro Cordero, ha presentado a la Facultad de derecho este pequeño libro como tesis doctoral. Hecho, sin duda, con premura, — defecto común de todas las obras de esta índole, — el libro trasunta un hombre inteligente e ilustrado que sabe escribir pero que no ha podido ni informarse debidamente, ni pensar con tranquilidad, ni desarrollar con método el vasto tema que se propuso estudiar.

El autor sostiene que la vida social de nuestro país, durante la Colonia y la Independencia, hasta que llegó el alud inmigratorio

se «caracteriza por una moralidad acentuada. La vida es simple, modesta, tranquila, provinciana» (pág. 13). Pero viene el extranjero: «El extranjero ha sido para el nativo un «hombre de presa» que amparado por leyes imprevisoras, ha explotado su hidalguía y generosidad características. El despojo inicuo, la usura, la falsedad en los contratos, han sido las armas del «gringo»... que ha importado los vicios y las perversiones morales y físicas de un continente decrepito» (pág. 15).

• En una obra de ciencia como pretende ser ésta, dado su destino, no es admisible que se arriesguen opiniones como la transcripta sin justificarlas con documentos o estadísticas. Nos permitirá, pues, el distinguido autor que disintamos en la opinión y en el método.

Crimen y herencia, por el doctor Alejandro Gancedo (hijo). Buenos Aires, L. J. Rosso y Cía. 1916. 1 vol. de 275 páginas.

Se trata de una serie de observaciones, generalmente ajenas, que el autor reproduce, coordina y glosa en una forma ligera y superficial, sobre materias que, por el contrario, exigirían o explicación mediante labor mental intensa o investigación trabajosa y profunda: la justicia, la vida, el medio, el organismo, la herencia biológica, el crimen, la responsabilidad.

He aquí un párrafo característico del autor, que, a la vez, enuncia la tesis del libro comentado: «Que los Códigos miren en el criminal como en el ladrón, mero instrumento con el que trabaja la fatalidad del tiempo, del lugar, de la naturaleza; para él sea la cárcel, hospital, fragua y escuela; y la moral tenga para sus actos el perdón que le dispensa la ciencia bajo la sonrisa del cortesano...» (pág. 274)

Es un libro *chirle*, y al terminar su lectura se busca en vano cuál pudo ser el motivo que indujo a escribirlo. El doctor Gancedo no aumenta con este libro, sin duda, la buena fama que haya podido adquirir con libros tan importantes, a juzgar por los títulos, como *Sociología Zoológica*, *Nueva teoría de la ciencia*, *El derecho administrativo en la democracia*. *Un fenómeno cósmico*, *La Argentina: su evolución*, *Conflictos jurídicos*, *Julio César y la guerra actual* y tantos otros como ha escrito.

TEATRO NACIONAL

Heme aquí perplejo, ante la hoja de papel en blanco. Debo hablar de la producción teatral de estos dos últimos meses y son tantas las obras estrenadas, que el espacio de que dispongo me resulta insuficiente para extenderme en consideraciones sobre cada una de ellas. Pero, en realidad, son todas merecedoras de un largo comentario? Estaría por decir que sí, pues cuando no es la obra misma que lo sugiere, es el autor, por sus antecedentes literarios o... sociales, quien lo reclama.

Aunque con suerte desigual, aun se sostienen en pie las tres compañías nacionales que iniciaron este año la temporada teatral.

En el Apolo, desde el 28 de Julio, noche en que se estrenó, para felicidad de la empresa, *El movimiento continuo*, de los señores Armando Discepolo y Rafael José de Rosa, no se renueva el cartel, manteniéndose esta obra con éxito cada día mayor. Y en verdad que lo merece, porque dentro del género inferior a que pertenece, de comedia hilarante, es una pieza bien construída, de recios caracteres y sana alegría desbordante, que se comunica al público y justifica su triunfo.

En cambio, el teatro Buenos Aires, en el mismo espacio de tiempo lleva estrenadas cinco obras. ¿Débese ello a la inferioridad de la producción? Sería injusto afirmarlo. Raro caso en verdad el de este teatro. Con una compañía más que discreta, dirigida por el selecto espíritu de Angelina Pagano, quien se ha propuesto — con tenacidad merecedora de aplauso — mantener la dignidad del cartel, no ha conseguido que su público sostenga, siquiera quince días, alguna de estas obras.

Así han pasado fugitivamente por el escenario, *Los árbitros*, bella comedia de Raúl Casariego, que no pudo repetir el sonado triunfo de su anterior obra *El distinguido ciudadano*, a pesar de ser ésta una tentativa de arte superior; *Los astros*, nuevo error dramático del reputado escritor José León Pagano, inexplic-

cable traspíe de un autor de su cultura y experiencia teatral; *Rozas*, cómico drama histórico de Belisario Roldán, escrito en pedestres versos, sin otra preocupación artística que la de interesar la cursilería literaria de cierto público, y aun así no lograda; *La túnica de fuego*, fuerte y sobria comedia de Samuel Linig, joven escritor al que veíamos con dolor actuar en ciertos escenarios indignos de su talento, pero que con esta obra serenamente pensada y bellamente escrita, se rehabilita de sus yerros anteriores; y por último *Rejas de oro*, valiente y hermosa comedia en tres actos de Alberto E. Uriburu, que nos ha revelado un novel autor, del que mucho bueno puede esperarse.

Este extraño resultado, desorienta, y con razón, a empresarios y a autores. Porque si bien es cierto que a veces se justifica la preferencia del público por una buena obra cómica, y su desdén por un drama mal realizado, hay casos, como el de *La túnica de fuego*, por ejemplo, en que es necesario convenir, que sólo la incapacidad del público para apreciar sutilezas psicológicas, explica su fracaso. Bella prueba de que únicamente el más puro esnobismo sostiene las temporadas extranjeras del Odeón. Seguramente no prestan nunca atención a lo que pasa en el escenario, porque en tal caso, el teatro francés contemporáneo, por fuerza habría acostumbrado a esa sociedad a gustar y preferir las obras que no están cortadas por el patrón de *Amores y amorios*.

El estreno de *Rejas de oro*, nos ha permitido observar varios hechos curiosos, y entre éstos, como principal, la actitud de críticos y autores. Pero, señores, ¿no nos han estado moliendo la paciencia hasta ayer, con el estribillo de que en nuestro medio en formación no se puede ni se debe ser muy exigente con los escritores y que todas las obras deben juzgarse con un criterio relativo, no olvidando que son *cosas de América*? ¿Por qué entonces tanta severidad con los pequeños defectos que contiene esta obra primeriza, escrita por un joven de 20 años, y muy superior, sin embargo, a muchas de los colegas que peinan o están a punto de peinar canas?

Para calificarlos, se me viene a los puntos de la pluma el título de una obra, que precisamente se estrenaba la misma noche que *Rejas de oro*. Y a propósito, no ha faltado quien dijera esa noche, que felizmente venía de asistir al estreno de ese intenso drama criollo, cuyo recuerdo le resarcía de las banalidades que estaba oyendo.

Por curiosidad, hemos ido a conocer esa pequeña obra maestra. No bien se alzó el telón y pronunciaron los personajes visibles, media docena de palabras, pude anticipar a los amigos que me acompañaban, el desenlace de la obrita. Con todos los defectos de las obras gauchescas relegadas al olvido hace rato, carece en absoluto de las cualidades que a algunas de aquellas hizo tolerables.

Mala como realización escénica, pésima en la forma literaria, precisamente porque el autor quiso hacer literatura cuando no debía. En efecto, pocas veces hemos visto en el teatro escena más falsa que aquella en que el protagonista de la obra, al descubrir la traición de su mujer, se pone a discurrir, con su hijo en brazos, sobre las diversas clases de *víboras* existentes. ¿No sabe ese señor que el gaucho es hombre de hechos y no de palabras inútiles?

Y nada digamos de las ideas de la obra, en la que se maldice el triunfo de la civilización y se llora la muerte de la barbarie gaucha. Bien es cierto que la civilización está tan lamentablemente representada en este drama, que en nada se diferencia de la barbarie.

En el teatro Argentino, tres son las obras que han desfilado por el cartel: *24 horas dictador*, nueva y feliz creación del más fecundo de nuestros comediógrafos, don Enrique García Velloso, sirvió para poner una vez más de manifiesto las geniales condiciones de intérprete del popular actor Florencio Parravicini. En esta obra nos ha confirmado en nuestra vieja creencia de que en él hay pasta para un actor trágico, tan grande como el cómico que conocemos. Siempre recordaré con sentimiento su oposición, cuando hace tres años le propuse, en nombre de Joaquín V. González, la interpretación del *Nerón* de Crawford, traducido por él. González veía también un trágico en Parravicini. Pero éste tuvo miedo de que el público se riera, sólo al verlo aparecer en escena y que la obra fracasara. Mantengo mi opinión en contra, y no desconfío de verla justificada algún día.

24 horas dictador, puede anotarse entre los aciertos escénicos de García Velloso. Y no viene mal aquí lo de acierto, porque este fenomenal autor, escribe sus innumerables obras tan sin reposo y reflexión, que es verdaderamente cosa de milagro que le resulten después tan bien construídas. Pero es que ninguno entre nuestros autores, posee como él el dominio de las tablas. Conoce

a la perfección el manejo de sus títeres. Lástima grande que con este conocimiento de la escena y su cultura, tan superior a la de la mayoría de sus colegas, no nos haya dado aun su obra maestra. Siempre sus comedias, aun siendo muy buenas, resultan inferiores a lo que él es capaz de dar. Esperamos pues, que, pasada ya la época de las necesidades perentorias, sosiegue un poco su móvil espíritu y escriba por fin el drama que lo coloque por consenso unánime, en el lugar que le corresponde en nuestra historia del teatro.

Las otras dos obras estrenadas en el Argentino, fueron *Papá y mamá* de Ricardo Hicken, comedia jocosa del mismo autor de la tan celebrada *Maridos caseros*, y *Don Pancho Varela*, malísima comedia en tres actos del señor Alberto Vacarezza y que no nos explicamos por qué oculta razón pudo elegirla para su beneficio el primer actor don Pablo Podestá.

Resumiendo, pues, nos encontramos con un haber de diez obras en dos meses, lo que nos puede enorgullecer por la cantidad, si es que juzgamos estas cosas estadísticamente, como es costumbre en este país, sin importársenos de que la calidad haya sido inferior.

ALFREDO A. BIANCHI.

A PROPOSITO DE "HUEMAC"

Hemos recibido y publicamos :

Señores Directores de NOSOTROS.

Me permito enviarles estas líneas que no tienen la pretensión de ser «un artículo». Son el resultado de algunas ideas sugeridas por la lectura de la crónica musical de «Huemac», firmada por G. Talamón.

No espero que ellas sean publicadas en el próximo número de NOSOTROS, pero en cambio estaría muy satisfecho si el autor del artículo quisiera explicar y precisar esta «alma india» con la cual nos quiere dotar a todos los argentinos.

«El drama musical americano es un hecho»

El drama. — Si cambiamos los trajes y los nombres, la historia de Huemac es una leyenda de un país cualquiera. El rey enamorado, una reina celosa, su desvanecimiento (por qué?), un coro de vestales, sacerdotes, soldados, danzas desenfrenadas. Una bella hechicera que usa de un filtro para cautivar al rey, y que, como Salomé, danza para fascinarlo; el duelo, el incendio del palacio, las quejas del rey, todo eso no es esencialmente indio. El conquistador español podemos transformarlo en el conquistador de una región de Europa, de Asia o de América. La leyenda es banal y en su esencia, universal.

Las decoraciones. — «Obra original y bella», según la opinión del señor Talamón, no pueden tampoco tener la pretensión de crear una escuela.

En su conjunto, dan la impresión de la escuela rusa, debido

al atrevimiento y contraste del colorido. La gruta en la roca, el palacio incrustado en otra roca con su tradicional escalinata, el templo en forma de pirámide precedido por otra escalinata, hacen pensar, involuntariamente, en cosas ya vistas, «vieux jeu» en el teatro: Aída, Salomé, etc., etc... Solamente algunos jerglíficos y dos o tres dioses género Budha, dan un poco la impresión de un indianismo más o menos convencional. Estamos, pues, muy lejos de una creación. Los trajes, con sus consabidas plumas, es lo único que ayuda la imaginación del espectador para transportarse a tiempos remotos.

La música... americana?...

El *Preludio* no hace presentir un drama indio.

Las escenas de *Amor* y de *Encantamiento* tienen el espíritu y la forma de las escenas de ese género en todas las obras líricas.

La escena del *Filtro* es, musicalmente, una imitación de lo que hemos convenido en llamar «arabe».

Todas las partes *Sinfónicas* pueden aplicarse a cualquier tema dramático aunque no sea americano. Pues no basta usar algunos temas indios, cuyo origen cierto se desconoce, para dar a la obra un «alma india». El autor de la crónica habla de «emoción nueva, rasgo personal»: cierto, porque el músico tendrá un temperamento, una personalidad, en su manera de sentir, pero «emoción muy americana», no. Está dominada por la influencia europea de la cual es imposible escaparse, cosa que sucede a todo argentino, hijo o descendiente de europeos, que ha ejecutado, oído y sentido obras europeas, y que no ha oído, no ha visto ni sentido nada indio. El músico se apoya forzosamente en principios europeos, fundamentales e indiscutibles. No hay que confundir «inspirado del indio» y «sentido en indio». Para esto sería necesario que los autores de «Huemac» fueran descendientes de indios, y que para evitar todo contagio europeo hubiesen continuado a vivir en indio. ¿Poseen Puccini y Mascagni el alma americana o japonesa cuando escriben: «La fanciulla del West» o «Iris», o «Madame Butterfly»? Posee Rymsky Korsakof el alma persa cuando escribe «Sheherezada»?

La *Instrumentación*, tiene cierto color exótico, inspirada en instrumentaciones ya oídas, en obras pertenecientes a las escuelas

modernas rusa y francesa. Entre paréntesis, el señor Talamón debería estar mejor informado y sobre todo más directamente, de la opinión del maestro Messenger, el cual sería el primero en sorprenderse de lo que le hace decir en su crónica de NOSOTROS.

El *Resumen*, «Huemac» oído en *Concierto*; para el auditor que ignorara el libreto, jamás sabría que se trata de un drama indio. Tendría algunas impresiones exóticas con las danzas y los cantos populares, pero sin precisar su indianismo. Bien dice el autor de la crónica, «la obra no pierde nada de su interés», sí, el musical, pero desaparece su americanismo.

La música... Nueva escuela?...

Citando todavía la crónica: «amenazado por una esterilidad y una falta de personalidad».

Eso llegaría fatalmente si desde ahora, siguiendo esa llamada nueva escuela, los compositores argentinos escribieran sobre temas indios, con una llamada «alma india», que yo llamaría «alma postiza». ¡Qué monotonía! Los músicos no podrían avanzar ni perfeccionar su arte, estarían condenados a dar vuelta siempre dentro del mismo círculo, limitando las expansiones del temperamento.

El señor Talamón habla de «falta de sinceridad», «imitación». Creo que es más sincero, siendo de raza blanca, escribir y sentir con el alma de esa raza.

Continúo citando: «definitiva bancarrota de la raza». Como descendiente de europeos, protesto. La raza argentina no es la raza india, el conquistador blanco, mencionado y aparecido en «Huemac», nos ha dejado el sello inmortal de su raza.

El autor de la crónica podrá decir que yo no he sentido el americanismo (indianismo?) de la obra, el alma con la cual quiere vestir a «Huemac»; me juzgará que pertenezco al número de «los ciertos intelectuales europeizantes», de «los mediocres»; yo le responderé que me felicito de ello, porque eso es una prueba de que yo, argentino, que amo a mi país lo mismo que mis hermanos, también argentinos, nada tengo que ver con esa raza india.

Un amigo de NOSOTROS.

LIBROS VARIOS

Ideas e Ideales, por Enrique Dickmann. — 1 vol. de 235 págs. Editorial Prometeo. Valencia, 1915.

Para elevar sobre seguros cimientos un edificio, es indispensable el material sólido y son necesarios los elementos de juntura, de enlace: el ladrillo o la piedra y la mezcla.

En la construcción, además de una ideología, con su basamento teórico y sus finalidades prácticas, es indispensable también el material sólido, de terca consistencia, y son necesarios, muy necesarios los elementos de fusión, de juntura, de enlace.

El libro de Dickmann es un libro-mezcla.

Contiene una treintena de artículos sobre diversos temas desarrollados con simplicidad ágil y atrayente. Abarcan desde la nota íntima, desde el cálido relato personal hasta el estudio de los problemas demográficos y de nuestro régimen impositivo, haciendo bien visible la inclinación del autor al análisis amplio de las actuales cuestiones sociales.

Hay trabajos en que la feliz expresión o la certera forma gráfica usada, esquematizan un criterio, un concepto o un método.

El estilo es sencillo, abundoso en gradaciones, repleto de adjetivos. Al leer estas páginas parece que se oyera a su autor. Hay en ellas sinceridad y espontáneo ingenio.

Una amarga ironía adereza ciertos pasajes, y el gesto hiriente y combativo presta recia expresión a las notorias opiniones del conocido parlamentario.

«Ideas e ideales» es un volumen de divulgación de los principios socialistas, de los claros propósitos y de la actividad constante de este Partido en nuestro país. En él, a consideraciones políticas de fondo, se unen apreciaciones de táctica, reveladoras

de un temperamento en que el dogmatismo de la doctrina se ductiliza con la observación real de la vida y se complementa con un estimable caudal de experiencias.

Los conglomerados criollos tradicionales — llámense demócrata-progresista, conservador o radical — son atacados por Dickmann en su único carácter de facciones inorgánicas con fines exclusivamente electorales. Opone a la politiquería astuta, vacua, palabarrera, a la politiquería picaresca, la política sensata, encauzadora de potentes movimientos sociales y con funciones de equilibrio en el juego de los diferentes y contrapuestos intereses económicos.

Este libro trata, reducida y nítidamente, de un sinnúmero de asuntos. Es amena e interesante su lectura. *J. M. Monner Sans.*

El ideal argentino y el socialismo, por el diputado nacional doctor Augusto Bunge. Librería de «La Vanguardia». Buenos Aires, 1916.

El doctor Augusto Bunge, fecundo hombre de ciencia y de acción, acaba de publicar en un folleto de 85 páginas, «como tributo de un socialista a la memoria del Congreso de Tucumán», un ensayo sobre *El ideal argentino y el socialismo*, rico de ideas y por tanto digno de ser leído. El autor en él defiende a los socialistas del cargo de antipatriotas y antiargentinos que suelen dirigirles sus adversarios, y muestra por oposición a tan infundado juicio, cómo «la acción socialista es en la Argentina heredera de los pensadores que más decisiva influencia han ejercido sobre su progreso...» No que los estadistas a que él se refiere, empezando por Rivadavia, hayan sido socialistas (acaso fueron enemigos de tal doctrina), sino que «sus aspiraciones nacionales se actualizan en la realidad política argentina, como parte de los ideales de la democracia social». Como en aquellos grandes forjadores de la nacionalidad hubo una voluntad constructiva y la tradujeron en hechos, así la hay ahora en la clase trabajadora organizada que lucha por forjarse ella misma su destino.

Todo esto lo explica ampliamente el autor en varios capítulos en los cuales es analizado el pensamiento social argentino en las diversas etapas de nuestra vida independiente, para llegar a la conclusión de que lo argentino es internacionalista — en la más alta acepción del vocablo, y «por consiguiente, puede y debe decirse que el ideal argentino es *integralmente* socialista».

Un folleto que merece ser leído: contiene más vistas personales e interesantes desarrollos de las mismas, que muchos libros de grande aparato.

Ensayo de Hagiografía Argentina, por Clemente Onelli, Buenos Aires, MDCCCXVI.

Alfombras-Tapices y Tejidos criollos, por Clemente Onelli, Buenos Aires, MDCMXVI.

Don Clemente Onelli, simpático y singular espíritu de investigador y rebuscador, trata en estos opúsculos, editados con el mejor gusto, de dos distintos temas igualmente gratos al espíritu de los que aman las viejas cosas de nuestra tierra.

El primero es una rápida revista hagiográfica colonial y de los primeros lustros de la independencia. Con espíritu, no ya de creyente, sino de estudioso, el señor Onelli ha recogido por toda la República un cuantioso número de interesantísimas reliquias de culto familiar, estatuas de vírgenes y santos, grandes y chicas, y más o menos toscamente talladas en diversas maderas, cuando no en yeso; crucifijos, telas, medallones, etc., y en este opúsculo las describe ahora, con cariñosa atención de coleccionista y sonriente benevolencia de artista. Poco o nada se ha hecho en este terreno entre nosotros; por eso el señor Onelli que abre de par en par la puerta a estas investigaciones, que aportan valiosos materiales a las ciencias arqueológicas, y aún a las sociales, se ha hecho acreedor al aplauso de quienes no desdeñamos ninguna contribución al pleno conocimiento del hombre, de sus aciertos y de sus errores.

Diez láminas con cerca de cincuenta *clichés*, ilustran este estudio.

En el otro opúsculo describe el autor los tejidos criollos que ha venido reuniendo poco a poco desde muchos años con aquel mismo espíritu de anticuario y de artista, al que nos hemos referido más arriba. Su colección se compone de poco más de doscientas piezas, reunidas lentamente en más de veinte años: de ellas ha elegido una corta serie como tipos principales de la industria criolla, y examinándolas y describiéndolas con amor, como cosa propia, sin pretensiones de técnico, ni de arqueólogo, ni de etnólogo — dice — ha compuesto esta monografía. Diez tablas en negro, con 38 figuras, y ocho en colores, con 28 tricromías, ilustran acabadamente la descripción, mostrándonos telares, mo-

mias, moldes, instrumentos de tejer, alfombras, sobrecamas, encajes de randa, frazadas, sombreros, matras, ponchos, tapices, tejidos de toda clase, algunos de ellos magníficos. Con razón quiere el autor que esta industria criolla resurja y vuelvan a trabajar los telares a mano; con razón encuentra en su prosa, no muy correcta por extranjeriza, acentos inspirados cuando alaba las iniciativas del ex gobernador Cárcano, de Córdoba, y del gobernador Padilla, de Tucumán, en el sentido de rehabilitar al calor oficial aquellos primitivos telares, haciendo que las viejitas criollas transmitan su técnica sencilla, pero casi desconocida, a las jóvenes, a fin de que se conserve tan excelente tradición, acaso futura fuente de riqueza para las provincias interiores.

Introducción al estudio del Derecho Indiano, por Ricardo Levene, Buenos Aires, 1916.

El doctor Ricardo Levene ha publicado en un folleto su conferencia inaugural del curso complementario de introducción a las ciencias sociales y jurídicas, leída en nuestra Facultad de Derecho el pasado 3 de Agosto. El activo historiador y catedrático, se ha propuesto, y lo está realizando, estudiar en su curso el Derecho Indiano, no ya exclusivamente a través de la legislación, sino en la viva realidad. Expone a este respecto, en dicha conferencia inaugural, sus ideas: La necesidad de hacer la historia colonial, hasta hace poco despreciada y arrumbada, como explicación de la historia del último siglo; la dificultad suma que encuentra el estudioso para orientarse en aquel mar de hechos, que debe seleccionar y clasificar; la inconveniencia de analizar aisladamente el fenómeno jurídico, puesto que éste, y lo mismo los demás fenómenos sociales, arrancan de los hechos económicos; la obligación de remontar los fenómenos jurídicos hasta sus orígenes. Así se verá como toda la legislación indiana es un complejo proceso «que se produce a impulsos de necesidades y aspiraciones que se renuevan sin cesar»; como «al término de la dominación española era un enorme organismo por cuyas entrañas ha corrido vida y calor»; «el fruto de los siglos: árbol frondoso, alimentado y fecundado por la tierra».

«Así, pues, mucho antes que Savigny demostrara a Thibaut los errores sobre su pensamiento relativo a la legislación cerrada y uniforme, España había enseñado a América, cómo se elabora, con el concurso de los tiempos y las costumbres, el Código de una

nación... La pátina de los tiempos ha descubierto reluciente el genio jurídico de España, que nace en la legislación foral y culmina en las leyes de Indias».

A continuación expone el doctor Levene el plan de trabajo que seguirá en su curso, estudiando a la vez la función social: política y económica, y la organización jurídica; y si él reconoce que tendrá que vencer grandes dificultades en su breve curso, y declara que poco podrán hacer profesor y alumnos ante la vastedad de la materia, nosotros, tomando en cuenta todo ello, hemos de felicitarlo por su iniciativa de catedrático moderno que conoce su obligación y justifica su honroso título.

Las facultades extraordinarias y la suma del poder público, por Joaquín Rubianes, Buenos Aires, 1916.

El doctor Joaquín Rubianes, distinguido jurisconsulto muy versado en cuestiones constitucionales, explica históricamente y defiende en este folleto antes publicado en la *Revista Argentina de Ciencias Políticas*, el artículo 29 de nuestra constitución, que prohíbe al congreso otorgar al poder ejecutivo, facultades extraordinarias o la suma del poder público u otras sumisiones y supremacías.

El doctor Rubianes, en una exposición clara y metódica, va siguiendo paso a paso tanto la historia de los gobiernos argentinos que fueron investidos, antes de Rosas, con facultades extraordinarias, como las tentativas para impedir su otorgamiento en lo sucesivo, anteriores a la convención de 1853. Demuestra así «que la dictadura ha sido el estado normal de los gobiernos que se sucedieron desde 1810 hasta 1852»; declara «que podría también demostrarse que los ejecutivos posteriores a esta fecha, no se han independizado de la influencia de esos antecedentes dictatoriales», y saca como deducción «la necesidad de la existencia de la cláusula constitucional que tan enérgicamente condena el retorno a las exageraciones despóticas de tan dolorosa memoria» — contra todos aquellos que consideran dicha cláusula superflua y anacrónica.

El trabajo femenino, por Carolina Muzilli. Buenos Aires, 1916.

Solicitada en 1912 por el Museo Social Argentino, la señorita Carolina Muzilli, conocida propagandista de los ideales de elevación material y moral de la mujer y del niño, escribió una va-

liosa monografía sobre *El trabajo femenino* en nuestro país, a fin de concurrir con ella a la Exposición de Gante de 1913. La presente monografía no es más que un extracto de la citada, que fué premiada con diploma y medalla de plata en la sección Economía Social de dicha Exposición. «No quiero hacer de este estudio una página sentimental; he dejado a los números toda su fría elocuencia» — dice la autora, y por cierto que esos números hablan al corazón. ¿Analizarlos aquí? No es posible; pero sí indicamos al lector la atenta lectura de ese folleto con sus interesantísimas estadísticas y las breves pero sabrosas notas que las comentan.

La educación en la campaña. Proyecciones técnicas y sociológicas, por J. Barcón Olesa. Buenos Aires, 1916.

El señor J. Barcón Olesa, que fué subinspector de escuelas de la provincia de Entre Ríos, expone en un volumen de más de doscientas páginas, una serie de interesantes observaciones y acertadas ideas que aquéllas le han sugerido, respecto a nuestras escuelas rurales, a lo que son y a lo que deben ser.

Comprende el libro tres partes. En la primera estudia el autor las actuales escuelas de la campaña de Entre Ríos, así las provinciales como las ruso-alemanas y judías, señala sus inconvenientes e indica las más inmediatas reformas que en ellas deberían introducirse; expone en la segunda una síntesis de la pedagogía «Montessori», cuya aplicación en nuestras escuelas rurales cree que daría excelentes resultados; y en la tercera plantea y resuelve la cuestión de cual ha de ser la nueva escuela y el futuro maestro, manifestándose partidario decidido de una escuela que eduque en primer término la voluntad y el carácter.

Es un libro que pueden leer con provecho quienes se ocupan de estos problemas.

NOTAS Y COMENTARIOS

«Nosotros» y la prensa.

Nuestro noveno aniversario, celebrado con el último número, cuya aceptación por el público ha sido completa, así por la variedad y selección de las colaboraciones, como por la abundancia de la información crítica, también ha merecido el aplauso unánime de nuestra prensa.

Todos los diarios han tenido para NOSOTROS una buena palabra de elogio y de estímulo, y la mayoría ha transcritto nuestra nota sobre el aniversario, reconociendo la exactitud de su contenido. *La Prensa, La Argentina, La Mañana, La Vanguardia, Diario Español, La Patria degli Italiani, Il Giornale d'Italia, El Diario, La Razón, La Epoca, La Unión, Tribuna, Ultima Hora, Crítica, Roma*, todos nos han enviado su fraternal saludo, que agradecemos sinceramente. La autorizada *Revista Argentina de Ciencias Políticas* nos declara, «nuestra mejor revista literaria»; la importante *Revista de Ciencias Económicas*, también nos ha dicho su caluroso elogio con la firma de su director; igualmente *Nuevos Tiempos, Proteo* y *El Hogar*.

Del exterior, de donde continuamente nos llegan honrosísimas voces de aplauso, han llegado ya a nuestra mesa de redacción dos notables comentarios de *La Razón* y *El Tiempo* de Montevideo acerca de nuestro noveno aniversario.

En la imposibilidad material de transcribir todos los sueltos mencionados, sólo lo haremos con uno, el de *El Diario*, que una vez más define por boca ajena — y eso nos complace vivamente — el criterio que siempre nos ha guiado en la orientación de esta revista. Dice:

«Las revistas literario-científicas tienen entre nosotros vida poco amplia y generalmente poco larga. Las causas no es de este

momento analizarlas. Viene, pues, a ser una excepción y una excepción muy simpática, la existencia de NOSOTROS, incorporada ya con vigor propio a la marcha del periodismo de ese orden, y vinculada en todos los centros intelectuales.

NOSOTROS acaba de cumplir nueve años, y con ese motivo ha editado un ejemplar muy completo y nutrido con material de verdadera selección.

La robustez de NOSOTROS, — pues nueve años de vida propia, revelan robustez en estos fenómenos del periodismo argentino, — responde a la habilidad, al tesón, al empeño con que sus directores saben encaminar esa publicación, ajena a circulillos, a pequeñeces, apartada de vanidades personales y no creada para utilidad de determinados intereses mezquinos sino para prestar servicio a las letras nacionales, dar tribuna a los espíritus salientes de la juventud, alentar nobles impulsos de estudio, poner en contacto las inteligencias.

Todo esto, decimos, ha sido realizado con verdadero tacto y eficacia. El noveno aniversario de su aparición, lo celebra por tanto NOSOTROS en medio de estas legítimas satisfacciones.»

Importante advertencia.

La carestía del papel, que se acentúa de día en día y es ya en todo el mundo, singularmente para el periodismo, un grave problema, ha acabado por afectarnos también a nosotros, y no podía ser de otro modo. El papel en que invariablemente hemos impreso la revista durante su ya larga vida, se ha terminado en plaza; como consecuencia de la susodicha carestía todos los tipos de papel de lujo similares han cuadruplicado su precio, sin que se vea por el momento la posibilidad de que la situación mejore, sino muy al contrario; esto nos ha obligado, como por lo demás ha obligado a casi todas las empresas periodísticas, a afrontar el problema económico que dicho encarecimiento nos crea, imprimiendo la revista en un papel de calidad inferior al usado hasta el presente fascículo. En compensación, la revista aumentará el número de sus páginas, de 112 que ahora tiene cada número, a 128 ó 134, con lo cual el lector que en estas páginas busca antes que nada una amplia información sobre la vida intelectual argentina, saldrá ganando.

No cabía otra solución, y el lector no se sorprenderá sin duda de ella.

José Echegaray.

Ninguna personalidad del ochocientos español más inquietante. Político activísimo, hombre de ciencia, poeta, dramaturgo; no podía abarcar más un solo hombre. Y en los más de esos aspectos de su vida, siempre audaz, siempre fecundo, siempre discutido y no pocas veces admirado como un verdadero emperador de los espíritus. De aquí la inquietud que produce en toda alma cauta. Se quisiera por momentos darle por enterrado en los siglos con toda aquella obra suya inmensa y disparatada; pero otras veces, un vuelco de la conciencia, una reflexión, suscitan la duda, y el juicio, por lo menos, queda en suspenso. ¿Quién fué Echegaray? ¿qué hizo Echegaray? ¿cuál es su valor, sus méritos? Algunos, muchos, ya dieron su fallo en el pleito. Es una mentalidad de primer orden — dijeron unos; — es un mediocre estupendo — corrigieron otros, y al afirmar esto último era como si dijesen, que don José, aquel don José fabuloso y arrobador había elevado a primera categoría la mediocracia. Ni con unos, ni con otros por hoy. Su obra de político no podemos juzgarla aquí; su ciencia, tal vez nos resulte un poco simplista, obra de vulgarizador; quizá su teatro choque reciamente a nuestra sensibilidad; pero Echegaray, dramaturgo, llena toda una época de la historia española, y esto requiere meditación. De qué modo ocupa esa época de la historia de su patria, es lo que se ha de estudiar. A nosotros, por lo pronto, se nos ocurre que está fuera del cauce lógico de la escena dramática española; su teatro nos llega como una prolongación forzada del teatro romántico iniciado en España por Martínez de la Rosa, y no aseguraremos que supere al de todos sus antecesores. Tamayo, poco anterior a él, y Feliú y Codina, coetáneo suyo, le superan en modernidad, en progreso. En estas dos figuras y no en Echegaray, están más bien los precursores inmediatos españoles de Benavente, que es decir, del teatro español novecentista. Sintetizando, podría decirse que la tendencia romántica es el tronco común de donde arrancan, Ayala, Tamayo y Codina, por un lado, y Echegaray, por otro, y que Echegaray, si tuvo tanto talento como aquellos

no dejó de ser, por eso, más atrasado. Sólo así se llega a comprender la enorme contradicción de opiniones respecto de la obra de Echegaray, que surge en España desde que éste da a conocer su primer composición dramática. José Ixart, crítico novísimo, culto, medido, al lado del autor de «Mariana», no se explica de otro modo. Y si a pesar de todo, Echegaray marca época, es probable que haya que ubicar su puesto prominente en la historia de la sociedad española; como representante de un estado de esa sociedad, y perteneciente a ella, ya que parecen ser un postulado las palabras del autor de «La Malquerida»: «sólo convence el que predica a convencidos». Y don José Echegaray predicó mucho y convenció a muchos también... Muere a los 84 años, ahito de honores, de ditirambos, de censuras; habiendo visto casi el apuntar de una generación literaria posterior a la que le sucedió. No parece que hubiera sido hombre de una sola vida.

Felipe Trigo.

Otro de los escritores españoles muerto en estos días fué don Felipe Trigo, discutidísimo también y muy popular. En veinticinco años de sus cincuenta, que llevaba de escritor (se dedicó ya mozo a la literatura), compuso numerosas novelas; la primera de ellas, si no recordamos mal, fué «Las ingenuas», obra que cayó en gracia en seguida a una inmensa mayoría, y dió popularidad en poco tiempo a su autor. Después, «La sed de amar», «En la carrera», «La Bruta», «Sor Demonio», «La de los ojos de color de uva», «Del frío al fuego», «Los abismos» y muchas más que conocen muy bien los lectores de novelas y las mujeres, particularmente. Todas ellas sujetas siempre a un estilo invariable; un estilo comunmente censurado, pero gustado también (aunque a hurtadillas), por muchos, si se ha de decir verdad. Es el punto interesante de la obra de Felipe Trigo. Se trata, sin duda alguna, de un novelista de talento; lo atestiguan así algunas de sus novelas (*La clave*, *La sed de amar* y *Sor Demonio* entre ellas). No se comprende muy bien, sin embargo, cómo se dejó caer demasiado frecuentemente en lo que pudiéramos llamar la impericia del escritor novel; en ese afán de ruda franqueza que muestra de ordinario el joven autor que por fingirse valiente suele no ser más que un ingenuo. Tratando él mismo de esta

característica de su obra, quiere explicarla y dice, que es, precisamente, un producto de su acendrada aversión al vicio, a la lujuria, a las costumbres pervertidas, y que exponiendo estos males los condena porque hará que inspiren terror. Es la misma explicación de los naturalistas. Un poco pueril, ciertamente; como traída más para disculpar los propios yerros que para razonar una intención que, a lo mejor, ni existió. Algo así como aquello de Beaumarchais cuando se empeña en volver hondamente psicológico su «Barbero» artificial. Es que acaso faltaba a Felipe Trigo un poco de sensibilidad, de esa serena, elegante, armoniosa medida que comunica a la inteligencia la sensibilidad. Su condición de médico, por otra parte, ¿no habrá influido también en esa modalidad suya de escritor sensualista, nada recatado? De todos modos, quedan siempre de sus novelas aquellas buenas cualidades de sagaz observador y buen pintor de almas (no importa qué almas), que le eran propias, y que darán a su nombre un lugar importante en la historia de las letras españolas de hoy.

Enrique Giordano.

¡ Todos los años tener que anunciar la muerte de uno de los nuestros, de los compañeros de la primera hora! ¡Piña en 1914, Achával el año pasado, ahora Giordano...

Enrique Giordano fué uno de los más nobles espíritus que hayamos conocido. Bueno, leal, caballeresco; entusiasta hasta parecer ingenuo; originalísimo, dentro de su cordial bonhomía. Recordó, al estallar la guerra, que, aunque radicado desde niño en el país, era italiano, y como sentía correr ardiente por sus venas la sangre de la raza, sin afectación, como quien cumple sin esfuerzo su deber y nada más, se votó a la muerte, por su patria, y partió para la guerra. Comunicaciones oficiales acá llegadas dicen que nada se ha sabido de él desde el comienzo de la formidable ofensiva austriaca del mes de Mayo. No nos habíamos engañado al tenerlo por un alma heroica, sencilla y serenamente heroica.

Amaba la música con pasión. Había compuesto varias piezas delicadas y originales, entre ellas un fino tango que lleva por título el nombre de esta revista, NOSOTROS, y que tuvo su boga;

escribió bastante de crítica musical, algunas veces en estas mismas páginas. Bohemio de alma, aunque de una impecable distinción en su vida, soñó más de lo que hizo, no por impotencia, sino por abandono, y porque estaba en plena juventud, en la edad de la elaboración interior; poseía sin duda singulares aptitudes de compositor que su desaparición temprana ha impedido realizarse en obras de aliento.

¡ Ah si una de las tantas sorpresas de la guerra nos lo devolviese!

Ediciones de «Nosotros».

Al número de libros editados por esta revista en el año actual, debemos agregar ahora dos interesantísimas publicaciones literarias. De una de ellas es autor el distinguido escritor argentino señor Carlos Muzzio Sáenz Peña, quien ha reunido con el título de «Las veladas de Ramadán», una serie de cuentos de la Persia islámica. A estas hermosas narraciones el señor Muzzio Sáenz Peña ha infundido todo el color y el relieve de las cosas de oriente, mostrando una vez más las altas cualidades que le valieran en otras ocasiones el elogio unánime de la crítica. Acompañan a «Las veladas de Ramadán» seis magníficas ilustraciones de Gregorio López Naguil que comentan con verdadero acierto los pasajes más sobresalientes de la obra.

— La otra publicación a que hacíamos referencia es la versión italiana de «La Sulamita», de Arturo Capdevila, efectuada por el prestigioso escritor señor Folco Testena. El nombre de Testena es harto conocido entre nosotros para que intentemos señalar el valor de la tarea que, con sus traducciones de libros argentinos, viene realizando en nuestro país. Bástenos manifestar que el trabajo que hoy nos ofrece es, al par que una bella manifestación de arte, una prueba más de la franca simpatía intelectual hacia la joven literatura argentina, evidenciada en tantas oportunidades por Folco Testena.

— Ambos libros están en venta en la administración de NOSOTROS y en todas las librerías.

“Un camino en la selva”.

Una importante novedad literaria, que ha de constituir sin duda uno de los grandes éxitos de librería del año, es el libro de versos, *Un camino en la selva*, del poeta Ernesto Mario Barreda, que será puesto en venta en estos mismos días. Barreda es un escritor de sólida reputación; su obra es vasta y notoria; este su último libro responde a un valiente, robusto, humano concepto del arte, tiene sus fuentes de inspiración en la vida y la naturaleza, y viene en buen hora a traernos la palabra varonil y sana de un poeta de verdad, hombre de su tiempo, que así desdén las viejas galas retóricas como las coqueterías de decadencia.

Ha editado el libro NOSOTROS, y calurosamente se lo recomendamos al lector.

La pensión a Almafuerte.

Nuestro Congreso ha votado una pensión a Almafuerte. Felicitémonos por ello. Al fin se comprende que los poetas, cuando son de noble pensar y de vida purísima, merecen — por lo menos como las nietas de los héroes ignorados — una pensión graciable.

Saben nuestros lectores que no nos contamos entre los admiradores a ultranza del poeta. Alguna vez han publicado las páginas de NOSOTROS juicios adversos a Almafuerte, y no creemos, con franqueza, que el *Apóstrofe* tan conocido, sea, ni de cerca, una buena obra. Reconocemos, sin embargo, la vigorosa personalidad intelectual de su autor y admiramos sin restricciones su vida nobilísima. El Congreso al votar la pensión que hará menos difícil la vida del poeta, se ha dignificado.

Lástima, de veras, que su bello gesto haya sido en parte malogrado por el descosido señor Oyhanarte. Payador insubstancial y orador de papel *maché*, el inefable diputado de los radicales ha creído conveniente recitar a la cámara, para admiración de sus colegas y del país, uno de los discursos a que nos tiene acostumbrados, pero que en esta ocasión ha resultado particularmente insoportable.

Lo que ha dicho de la poesía y de los poetas, las tonteras que

ha imaginado sobre el sol, el viento y el mar, las vulgaridades histéricas y lloronas que ha dicho sobre Almafuerte, todo su discurso, en fin, ha malogrado la seriedad del homenaje.

Lástima que el poeta del *Misionero* tenga entre sus admiradores a «literatos» como el señor Oyhanarte. Porque, francamente, no está muy bien que ante el Congreso de la nación se elogie la labor de un poeta con el mismo gusto e igual criterio con que los charlatanes de plaza pública venden a los bobos sus artículos maravillosos.

Nuestro homenaje a Rubén Darío.

A los comentarios que ha suscitado en el extranjero el número especial que en el mes de Febrero dedicamos a la memoria de Darío, debemos agregar hoy el extenso *compte-rendu* que en el número de Mayo del *Bulletin de la Bibliothèque Américaine*, hace el señor Hugues Galls, en la sección «Revue des revues de l'Amérique Latine». Dice así:

Nos llegan de todos los países de la América española, numerosas publicaciones necrológicas sobre el gran poeta Rubén Darío, que, para acabar el ciclo de sus peregrinaciones, fué a morir a León, en Nicaragua, pequeño pueblo de su país natal, en el que había dejado un hogar.

Una mención especial debemos a la revista *Nosotros* de Buenos Aires, que, en un volumen de 195 páginas, enteramente consagrado al autor de *Azul* y de *Prosas profanas*, nos da diversos estudios sobre el Maestro, firmados por Rodó, Groussac, Angel de Estrada, Alberto del Solar, David Peña, Manuel Ugarte, Melián Lafinur, Luis Berisso, Roberto Barrios, etc...

A la cabeza se encuentra un hermoso retrato del poeta, trazado por el eminente pensador montevideano que, en uno de sus primeros libros, escribió sobre Rubén Darío un ensayo que quedará. Es una joya literaria, que estaríamos tentados de transcribir por entero, si dispusiéramos del espacio necesario. Contentémonos, pues, con reproducir el párrafo que le sirve de introducción.

«La grandeza de los destinos literarios. — declara Rodó — como de todos los destinos humanos, tiene una parte que procede de circunstancias exteriores, independientes de la voluntad y del genio. Es la armonía dichosa entre el momento en que se llega y el género de obra de que se es capaz; es la cumplida adecuación de la índole de las propias facultades a la oportunidad del tiempo y del lugar en que ellas han de revelarse, lo que asegura al escritor y al artista la plenitud de su destino y la culminación de su gloria. Aquellos que llegaron demasiado temprano o demasiado tarde; aquellos que, nacidos en el seno de otra generación, hubieran sido grandes y gloriosos, y vieron rebajada su talla por la discordia entre la naturaleza de su genio y el carácter de la obra artística o social que la necesidad de su época reclamaba, forman legión entre los incomprensidos

y los fracasados a medias. En cambio, hay seres de elección que vienen cuando son esperados; que traen dentro de sí la respuesta para la pregunta que encuentran en los labios de todos; la manera de verdad o belleza en que han de reconocer sus contemporáneos la parte de ideal que les estaba reservada en el tiempo. El gran poeta que hoy lloramos fué de estos bienvenidos a la realidad del mundo. Llegó a la hora en que su portentosa fuerza personal podía realizar obra más oportuna y conquistar fama más excelsa».

Sin hablar de las últimas producciones en prosa y en verso de Darío, ni de su *Historia de mis libros (Azul, Prosas profanas, Cantos de Vida y Esperanza)*, ya publicada en Julio de 1913 por *La Nación* de Buenos Aires, es necesario leer en el volumen de que hablamos, un estudio analítico de W. Jaime Molins, sobre *Primeras notas*, el primer libro publicado por Rubén Darío en Managua en 1888, así como la respuesta del poeta a Paul Groussac, que en 1896 hizo la crítica de *Los Raros* y de *Prosas profanas*.

La muerte de Rubén, como lo llamaban sus familiares — sus amigos de todos los instantes, los que no trataron de disimular su envidia insistiendo sobre sus defectos, — había sido, quizás, presentida por un joven escritor de Guatemala, a quien el poeta contaba los detalles de su última enfermedad, mientras acariciaba a su hijo con sus manos de príncipe. «Verdaderamente, dice el testigo de esta escena, este cuadro refrescaba el corazón. Había allí un poeta que se cambiaba en hombre, que descendía de los planos de la idea a las regiones radiosas del sentimiento».

El descendía allí, en efecto, después de haber terminado su misión, y dedicado al país que le rinde hoy este merecido homenaje, el canto más viril de su inmortal repertorio, el *Canto a la Argentina*, en el momento mismo en que la prensa acababa de esparcir su autobiografía a través de todo un continente.

Y por último, para terminar el retrato de aquel que toda su vida fué un artista atraído por el más allá, agreguemos un rasgo que la revista *Nosotros* no ha podido recoger en sus columnas. Lo debemos a la amabilidad del publicista hispano-americano Gómez Carrillo. He aquí lo que, algunos meses antes de su muerte, Darío le escribía: «Me alejo de Guatemala en busca del cementerio de mi país natal.»

El también, presintió pues su fin, y arrancándose al mundo ideal de su ensueño siempre latente, vuelto a la realidad, se dijo, quizás, a sí mismo, sus versos titulados *Lo fatal*, que pueden servir de epílogo a su vida:

Ser, y no saber nada, y ser sin rumbo cierto,
Y el temor de haber sido y un futuro terror...
Y el espanto seguro de estar mañana muerto,
Y sufrir por la vida y por la sombra y por

Lo que no conocemos y apenas sospechamos,
Y la carne que tienta con sus frescos racimos,
Y la tumba que aguarda con sus fúnebres ramos,
Y no saber adónde vamos,
Ni de dónde venimos...!

Como el *pobre Lelián*, cuya biografía se confunde en más de un punto con la suya, Rubén Darío, libre pensador, rogó delante de las imágenes santas, y al borde de la tumba, pudo decir, con esa voz solemne que le conocíamos: «Sí. Mi creencia en Dios se ha acentuado».

El N.º 10 de esta misma revista, correspondiente al mes de Julio —trae un muy elogioso comentario de los *Sonetos solariegos* publicados por Juan Burghi en el N.º 84 de NOSOTROS, acompañado de la traducción del francés de dos de ellos: *El cura de la aldea* y *Tierra de América*.

Nos es grato, ciertamente, ver como despiertan interés en los extraños los jóvenes poetas argentinos de talento.

“El Espectador”.

José Ortega y Gasset es «el espectador». Todos nuestros lectores lo conocen: lo conocían antes que nos visitara, por su pensamiento y su acción en España; lo han escuchado encantados, lo han seguido conmovidos, lo han comentado, discutido acaso en sus hermosas conferencias de la Facultad de Filosofía y Letras; desde ahora lo tendrán por confidente y amigo con su revista *El Espectador*. No quiere Ortega y Gasset que se la llame «revista». Como le plazca: confesiones, dietario, apuntes, historia de su alma... Sea lo que sea, una obra personalísima, escrita en aquel estilo del joven maestro español, agudo e insinuante, elegante y vario, siempre inquietante, el mismo de sus conferencias. No es una nota como ésta, lugar y momento oportuno para el análisis atento de este libro, o revista, o lo que sea... El lector inteligente, a quien Ortega y Gasset expone la intimidad de su alma, a quien toma por confidente, a quien hace partícipe de su verdad, es quien debe hablar de este libro, referir las ideas que le haya sugerido, expresar los sentimientos que haya despertado en él.

“Revista Argentina de Ciencias Políticas”.

Con el número 72, del pasado 12 de Setiembre, cerró la *Revista Argentina de Ciencias Políticas* el tomo duodécimo, y el sexto año de su existencia.

Muy seria publicación, de las más autorizadas del continente, dirigida con firmeza por un espíritu elevado y sereno como es el de su director, el doctor Rodolfo Rivarola, no ha perseguido otro fin, desde el 12 de Octubre de 1910, en que vió la luz su primer

número, que discutir todos los problemas políticos y sociales argentinos, con absoluta independencia e imparcialidad de criterio en la redacción, con el de una recíproca tolerancia en la expresión de las ideas de los colaboradores.

Al comentar su sexto aniversario la *Revista* examina, en un bello artículo de síntesis, la evolución realizada por la República en su vida institucional, precisamente desde el 12 de Octubre de 1910; y así como entonces, aun advirtiendo que sus palabras no significaban relación alguna con el nuevo gobierno, tuvo fe en él, y no estuvo mal empleada esa fe, ahora, repitiendo dicha advertencia, presente todavía «una era nueva y una vida nueva para el país». . . Así sea, y dan ganas de creer en eso cuando se escuchan palabras tan noblemente inspiradas como las que orientan con su consejo la vida de esta revista.

“Nuevos Tiempos”.

La revista quincenal *Nuevos Tiempos*, de la cual ya nos ocupamos en el número pasado, fundada cinco meses atrás por los periodistas Esteban Jiménez y Bernardo Delom, ha pasado a ser propiedad de una sociedad cooperativa. Forman parte de la cooperativa los señores Augusto Bunge, E. Dagnino, B. Delom, Antonio de Tomaso, Adolfo Dickmann, Enrique Dickmann, Alfredo French, Angel M. Jiménez, Roberto F. Giusti, Héctor González Iramain, Arturo Havaux, Esteban Jiménez, Artemio Moreno, José L. Pena, Federico Pinedo (hijo), Nicolás Repetto, José Rouco Oliva, Alfredo L. Spinetto y Basilio Vidal.

En una reunión de cooperadores fué designado presidente de la sociedad, Roberto F. Giusti, director de la revista Esteban Jiménez, y administrador Bernardo Delom.

Se propone la sociedad dar un vivo impulso a dicha publicación, haciendo de ella, a la vez que el órgano quincenal del pensamiento y orientación socialista en la Argentina, una revista de amplia crítica y discusión de todas nuestras cuestiones sociales, no desdeñando, antes bien, prestando especial atención a las manifestaciones literarias y artísticas. Tendrá como *mínimum* 32 páginas de excelente papel, y aparecerá profusamente ilustrada.

El próximo número — el 11 — será puesto en circulación el sábado 7 de Octubre.

“Plus ultra”.

El deber de hacer justicia a un notable esfuerzo periodístico, que es honra y orgullo de las artes gráficas nacionales, nos mueve a tributar nuestro aplauso a la revista *Plus ultra*, que edita el popular semanario *Caras y Caretas* y se imprime en sus talleres propios.

Los cinco números hasta la fecha aparecidos de esta publicación mensual, se equivalen por la excelencia de su presentación: revista mundana, *Plus ultra*, es trabajada con arte exquisito y excepcional esmero, resultando cada una de sus páginas, singularmente desde el punto de vista gráfico, un elocuente documento de los progresos realizados por la República Argentina en este terreno.

«NOSOTROS».

NOSOTROS

Año X - Tomo XXIII

ÍNDICE

	<u>Páginas</u>
B	
Baqué Santiago.....	Ciencias Sociales..... 339
Barreda Ernesto Mario.....	Nueva era, canto nuevo..... 15
Bianchi Alfredo A.....	Teatro Nacional..... 97, 342
Bianco Marcos M.....	Impresión..... 187
Bonet Carmelo M.....	Malthus y la guerra..... 49
C	
Carrasquilla Eduardo.....	Rosas de Mayo (poesías)..... 13
Colmo Alfredo.....	El Congreso Americano de Ciencias Sociales..... 191
Contreras B.....	Poetas gibelinos (traducción de Carducci)..... 298
Coronado Nicolás.....	Letras americanas..... 76, 331
» ».....	» argentinas: poesía..... 326
Corvalán Mendilaharsu D.....	Bibliografía histórica..... 86
D	
Delheye Pedro M.....	Alabemos a Dios (versos)..... 29
Dellepiane Antonio.....	El Panamericanismo..... 5
Dickman Enrique.....	Discurso..... 244
Dirección La.....	Nuestro noveno aniversario..... 113
» ».....	La demostración de Nosotros a los huéspedes españoles..... 244
F	
François P. Enrique.....	Canción (versos)..... 47
Frugoni Emilio.....	Ante una página que espera (versos)..... 268
G	
Gabriel José.....	Tres ensayos..... 277
Gache Roberto.....	Nuestras dueñas (comedia en tres actos)..... 135
» ».....	La vida de Buenos Aires..... 222, 319
Giusti Roberto.....	Educación..... 241

		<u>Páginas</u>
M		
Mazza Salvador	E. Metchnikoff	73
Melián Lafinur Alvaro	Discurso.....	244
Molinari Diego Luis	Groussac y el método.....	257
Monner Sans J. M.	Libros varios	349
Morales Ernesto	Panteísmo (poesía).....	130
Muzilli Carolina.....	Congreso americano del niño...	64
N		
Nervo Amado	Inaccesible (poesía).....	289
Noé Julio.....	Letras argentinas: prosa.....	207
«Nosotros»	Notas y Comentarios.... 107, 251,	355
P		
Palcos Alberto	Ortega y Gasset.—El sentido de la filosofía.....	202
Palomeque Alberto	Mi madre y Alejandro Magari- ños Cervantes.....	35
Q		
Quesada Ernesto	Don José Ortega Munilla.....	270
Quiroga Horacio.....	Carta abierta al Sr. Benito Lynch	816
R		
Ravignani Emilio.....	Importancia de la sociología pa- ra los estudios jurídicos	115
» »	El «cuerpo» de plateros en el Río de la Plata.....	305
Rinaldini Rinaldo	Crónica de arte.....	213
Rodríguez Mendoza E.....	Santa Colonia (fragmento de no- vela).....	59
T		
Talamón Gastón O.....	Crónica musical	103, 228
» »	Por el folk-lore	290
W		
W. W.....	Groussac	31
X		
X. X.....	A propósito de «Huemac»	346
» »	Libros varios	349